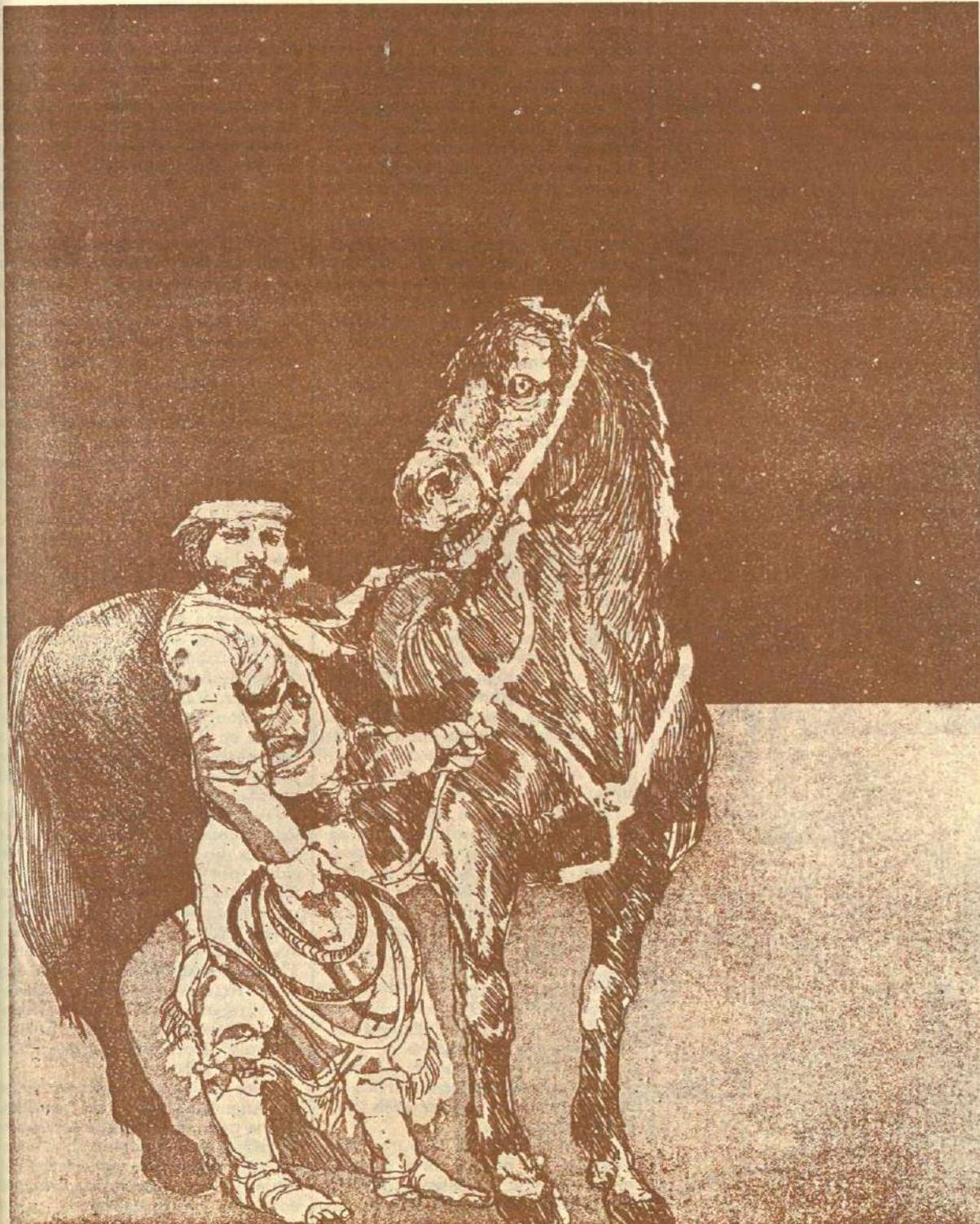


Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA



*David Viñas.
Unidos y
preparándonos*

*López.
Los militares en
cifras*

*Susana Aguad.
Ni olvido ni
venganza: justicia*

*Caletti.
Peronismo
revolucionario*

*Bernetti.
El pensamiento de
Galimberti*

*Nudelman.
Conflictos de
hegemonías*

*Oscar González.
IS: el
descubrimiento
de América*

*Béjar.
Latinoamérica
ayer y hoy*

*Diani, De Ípola.
Sobre Poulantzas*

Propiedad Intelectual en trámite.

Director: Jorge Tula.

Editor responsable: Hugo Vargas C.

Consejo de redacción: José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán.

Diagramación: María Cristina Ocos y Hugo Vargas C.

Las ilustraciones de Carlos Alonso fueron tomadas de *Martín Fierro*, Buenos Aires, Ediciones Tiempo, 1976.

Índice

COYUNTURA	
Los vericuetos del diálogo	2
POLEMICA	
Izquierdistas, esos brujos, <i>por</i> Sergio Bufano	4
Ni olvido ni venganza: JUSTICIA, <i>por</i> Susana Aguad	5
Lo que no desaparecerá en Argentina	5
Borges: "el fin no justifica los medios"	5
Argentina: los militares en cifras, <i>por</i> Ernesto López	6
PERONISMO REVOLUCIONARIO	
Para entendernos mejor, <i>por</i> Rubén Sergio Caletti	8
El pensamiento vivo de Rodolfo Galimberti, <i>por</i> Jorge Luis Bernetti	11
BLOQUES Y ESTRATEGIAS	
Algo más sobre el conflicto de hegemonías, <i>por</i> Ricardo Nudelman	15
AMERICA LATINA	
Internacional Socialista: el descubrimiento de América, <i>por</i> Oscar González	17
Declaración de Santo Domingo. Introducción	18
La izquierda latinoamericana ayer y hoy, <i>por</i> Héctor Béjar	20
LA DESAPARICION DE NICOS POULANTZAS	
La respuesta que es difícil de encontrar, <i>por</i> Marco Diani	23
La presencia de Poulantzas en América Latina, <i>por</i> Emilio de Ipola	24
LA CRISIS DEL MARXISMO	
Respuesta a Paramio y Reverte, <i>por</i> Oscar del Barco	27
Unidos y preparándonos, <i>por</i> David Viñas	29
Información bibliográfica	31
COYUNTURA	
Declaración de la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS)	32

Suscripción

Envío a ustedes la cantidad de
importe de mi suscripción a *Controversia* por seis números - doce números,
a partir del número

Pago mediante cheque bancario o giro postal a la orden de Hugo Vargas C.

Suscripción México por seis-doce números \$ 200 o \$ 400

Suscripción Europa por seis-doce números US\$ 20 o US\$ 40

Suscripción Sudamérica por seis-doce números US\$ 16 o US\$ 32

Suscripción América Central y Norteamérica US\$ 15 o US\$ 30

Nombre

Dirección

Dirigir toda la correspondencia a : Jorge Tula, Apdo. postal 20-619,
México 20, D.F.

Los vericuetos del diálogo

Desde unos días antes del formal y reiterativo discurso pronunciado por el general Videla el 6 de marzo último, el tema del diálogo ocupaba buena parte de la actividad que venía desarrollándose en la superficie política argentina. A partir de ese día, y por algunas semanas, ocupó de un modo aún más decidido.

En realidad, y en esto coincidieron prácticamente todos los dirigentes políticos que no juegan a ser el futuro *caballo del comisario*, el discurso —así como las precisiones que posteriormente añadirán los tres comandantes en jefe— aportó poco y nada. Algunas confirmaciones quizás, acerca de cuáles son las intenciones del régimen, por si cabían dudas que en este diálogo habrá exclusiones (subversivos, corruptos, adyacentes y los que se automarginen), que las figuras representativas o meritorias que vayan siendo convocadas a dialogar lo harán sin embargo a título personal (es decir, que no se confiere ningún tipo de reconocimiento como tales a las autoridades partidarias), que el diálogo no significa poner en marcha ninguna cuenta regresiva hacia salidas electorales y que, inclusive, en su primer etapa, abarcará únicamente las líneas generales del futuro nacional, sin entrar en aspectos concretos de instrumentación.

Un pequeño detalle significativo: la mención a los que se automarginan entre los excluidos del diálogo, casi una tautología, en realidad no lo es y puede pensarse que fue agregada al texto poco antes de su difusión. La prensa lo entendió como una alusión al comunicado que firmaron Deolindo Felipe Bittel y Lázaro Roca, autoridades en ejercicio del Justicialismo, y que se había dado a conocer poco antes. En esta declaración, el Justicialismo deploraba el contenido de las Bases Políticas (en las que el diálogo se inscribe) y reclamaba, además, por la libertad de Isabel Perón.

Las reacciones que produjo la propuesta dialoguista en los sectores políticos abundaron en objeciones y gestos de inconformidad, así como de optimismo de parte de otros, los menos. Todo ocurrió como si se hubiese tratado de un involuntario (o voluntario test).

De una parte, la propuesta oficial sirvió para consolidar la formación de una especie de frente opositor integrado por los seis partidos que ya han aparecido juntos en otras ocasiones: Justicialista, Popular Cristiano (sector de Vedia), Intransigente, Socialista Unificado, Socialista Popular y Conservador Popular.

En el otro flanco del tablero, los de siempre: FUFPEPO, federalista de Manrique, socialistas democráticos, conservadores tradicionales (que por enésima vez anuncian la formación de un nuevo, eterno partido de centro, González Bergez incluido), demoprogresistas.

En el medio, el desarrollismo continúa su propia, casi solitaria oposición, y el radicalismo puso en evidencia la heterogeneidad de sus posiciones internas.

Tal vez más importante que la posición que adopten distintos partidos menores, el centro de la batalla que se está librando radica en el

ordenamiento de las corrientes internas de los partidos grandes. En este sentido, fue notoria en el radicalismo la distancia que separó las mesuradas declaraciones de Ricardo Balbín respecto a las que formularon otros dirigentes partidarios de relieve nacional, como Luis León o Raúl Alfonsín, o incluso el líder cordobés Angeloz. Los tres criticaron acerbamente el diálogo propuesto.

Otro tanto ocurre en la fractura de la democracia cristiana, donde la política oficial logró ya, aparentemente, arrancar una franja para su propia alianza: mientras el sector De Vedia-Néstor Vicente avanza hacia una franca oposición, la línea Allende-Busacca, en cambio, se aproxima al diálogo.

El peronismo presenta una dinámica similar. Raúl Mittera, resueto, se ha convertido en uno de los númenes del antiverticalismo, cobertura política que, en la práctica, es la que adopta hoy el sector más emparentado a las negociaciones con el régimen militar. Mittera, desde ya, se adelantó a anunciar públicamente su disposición a dialogar si era invitado, calificando positivamente la tarea emprendida por el gobierno. También como resultado de la iniciativa oficial, presumiblemente, el antiverticalismo acaba de dar los más serios pasos desde el 24 de marzo del 76 por organizarse como corriente y prepararse para la batalla interna en el justicialismo.

Distintas iniciativas internas apuntaron en las últimas semanas a promover la realización de un Congreso nacional del justicialismo, que se autoconvocaría en el caso de no convocarlo su presidente, Eloy Camus. El encuentro se realizaría en el exterior, según las versiones, para salvar los inconvenientes legales, y su propósito sería designar nuevas autoridades.

Inscripto en esta maniobra se encontraría el ex diputado nacional por Córdoba, Carlos Palacio Deheza, dedicado en los últimos meses a atacar frontalmente a Bittel, bajo la acusación de prosoviético. Su insistencia en el tema le ha valido ya la recomendación de expulsión por parte del Tribunal de Disciplina del partido.

Para jugar un papel en esta batalla, se formalizó, semanas atrás, la Fuerza de Unidad Justicialista, presidida por el ex gobernador de Corrientes, Julio Romero, y en la que coexisten, además, figuras como Angel Federico Robledo, Francisco José Figuerola, Ferdinando Pedrini, Manuel de Anchorena, Alberto Corvalán Nanclares y los más connotados dirigentes de la llamada Generación Intermedia, como Roberto Grabois, Norberto Agrelo, Pablo Frenkel y otros.

Pero a ningún observador escapa en Argentina, sea o no peronista, que la preocupación que actualmente parece generalizarse en el llamado antiverticalismo por hacerse visible en el escenario político nacional coincide, no casualmente, con el afianzamiento del peronismo (y de aquellos que han tenido la responsabilidad de conducirlo en los últimos 4 años) como cabeza real de la oposición al régimen, y no precisamen-

te oposición a su majestad.

En este sentido, cabe mencionar dos hechos relevantes. Por una parte, en la declaración que promovió el peronismo y firmaron los otros 5 partidos en repuesta al discurso de Videla, por primera vez de forma pública en los últimos 4 años, se califica al régimen como "dictadura militar".

Por el otro lado, las reuniones multipartidarias que llevaron a la redacción del texto común, sirvieron también para llegar a otros acuerdos que pueden tener singular trascendencia en los próximos meses. Según afirmó la prensa, los dirigentes de los 6 partidos concordaron en la necesidad de retomar la *iniciativa política* luego del discurso presidencial y, en este espíritu, resolvieron tres pasos concretos: uno, la constitución de un llamado foro en defensa del patrimonio nacional, destinado —según se explicó— a sistematizar la oposición a la política económica de Martínez de Hoz; dos, la formación de otro foro, en este caso en defensa de la democracia, dirigido a reclamar y presionar por el restablecimiento de las instituciones políticas democráticas; tres, y eventualmente el que puede llegar a ser más importante, la iniciación de un llamado *diálogo con la civilidad*, bautizado por los diarios como "diálogo paralelo" al del gobierno.

Este diálogo *bis* tendría dos interlocutores privilegiados en el campo político: el radicalismo y el desarrollismo, las dos fuerzas significativas que se mantienen relativamente aisladas. Más allá de ambas, no se ha fijado límites y podría llegar a involucrar en su dinámica a otros sectores políticos así como, incluso, empresariales.

Este "diálogo paralelo" que, en el caso de implementarse, significaría sentar las bases para la edifi-

cación de un polo político ajeno y enfrentado al gobierno, permitiría reformular las condiciones globales de la negociación política que el régimen se apresta a comenzar.

Dos de los temas posibles de esta negociación ya están sobre la mesa: la línea económica y la futura participación de las fuerzas armadas en las decisiones políticas del estado cuando éste haya regresado a la normalidad constitucional. Otros, como la normatividad específica que regirá la vida de los partidos, distintos aspectos de la legislación sindical y laboral, etc., parecen todavía lejanos.

Por cierto, la situación no permite fáciles optimismos. Contra viento y marea, el gobierno de la junta ha logrado perdurar sin sobresaltos más que cualquier otro gobierno argentino en los últimos 25 años. Y, más aún, cuando después de casi cuatro años de hostilidades diplomáticas parece estar logrando, por fin, un giro de parte del gobierno de los Estados Unidos, como lo indican las públicas y conjuntas declaraciones con que concluyeron las sucesivas misiones norteamericanas de los últimos tiempos, empezando por la que encabezó Goodpaster. Optimismos fáciles a un lado, empero, lo cierto es que algo ha comenzado a deteriorarse en el olimpo argentino.

El más fuerte golpe sufrido hasta ahora por el equipo económico ocurrió precisamente en estas últimas semanas y no se lo propinó ningún adversario político: el escándalo financiero provocado por la

quiebra del Banco de Intercambio Regional y de Promosur ha puesto en cuestión la infalibilidad del esquema seguido ortodoxamente hasta ahora por Martínez de Hoz. Y si bien es cierto que, en plena crisis, Videla confirmó en sus cargos por cuatro años más a los altos responsables de la política financiera y monetaria, los directivos del Banco Central, también es verdad que algunas dudas han comenzado a filtrarse en el medio oficial sobre la mil veces prometida continuidad económica a partir de marzo de 1981, fecha del recambio presidencial.

Los interrogantes sobre este recambio han arreciado en los últimos tiempos. No tanto sobre quién sucederá a Videla (por ahora nadie discute que el general Viola es el hombre) sino más bien acerca de las consecuencias políticas que aparejará. Las tres fuerzas han insistido —y las insistencias suelen ser llamativas— en que el proceso de reorganización seguirá su curso establecido por encima de los hombres que lo protagonicen. Pero el tema económico puede convertirse en el primer punto serio de discordia entre los hombres.

Mientras tanto, la oposición, y en particular el peronismo, se han anotado un triunfo con la ya concedida libertad a Lorenzo Miguel. Más allá de las negociaciones que concluirán con su reclusión, es posible

prever que su regreso a la tarea sindical genere nuevos elementos para sacar de su crisis actual a la CUTA. Algunos trascendidos aseguran que el Movimiento Sindical Peronista será revigorizado o, inclusive, que reaparecerán las 62 Organizaciones. Vale recordar, en este sentido, que a principios de marzo habían sido sobreesidos los 6 dirigentes de la Comisión de los 25 todavía detenidos por el paro del 27 de abril del año pasado.

Mientras Videla ingresaba al Club de Leones (primer presidente en ejercicio que hace semejante cosa), mientras Balbín viajaba a España para participar en un programa de televisión sobre problemas culturales y tecnológicos de Iberoamérica y unos 350 mil ahorristas veían defraudados sus mil millones de dólares depositados en las financieras quebradas, el frente opositor parecía preparar sus fuerzas para una moderada ofensiva política. La libertad de Isabel Perón, resuelto el caso Cámpora (no así el de su hijo ni el de Juan Manuel Abal Medina), y ya finiquitado el de Lorenzo Miguel, estaría —según se afirma en Buenos Aires— entre los objetivos prioritarios.



Izquierdistas, esos brujos

Sergio Bufano

A medida que el tiempo pasa y se prolonga el exilio surgen nuevos planteamientos que buscan resolver los interrogantes políticos de todo aquel que debió abandonar la Argentina ante la ofensiva terrorista de estado. Eso es saludable. Independientemente de los diversos proyectos políticos implícitos en cada interpretación de la derrota, existe la intención de rastrear las causas, evaluar la actuación de las fuerzas sociales y establecer —para evitar después— los errores que indudablemente fueron cometidos desde el campo popular. Esta tarea es ímproba porque resulta difícil desligarse de un cúmulo de preconceptos o dogmas que fueron *verdades-guías* durante un período que abarcó largos años. Ímproba pero beneficiosa, la labor se inició tímidamente a partir de 1976 y hoy ha cobrado un ímpetu que conducirá, si el buen tino nos acompaña, a delinear nuevas políticas de acción.

No obstante, esta polémica que se abrió con un fracaso político corre el riesgo de ingresar en el pantanoso terreno del escepticismo crítico individualista, punto de partida para que *los demás* carguen con las culpas. La “izquierda argentina”, en sus diversas variantes, se ha convertido en la bruja medieval autora de epidemias y catástrofes. Y graciosamente, son algunos *izquierdistas argentinos* los que se han erigido en tribunal inquisitorio que envía a la hoguera a todo aquel sospechoso de haber tenido contacto con Satán, personificado en este caso por la guerrilla.

Esta tendencia es peligrosa. Porque ya no se trata de demostrar las desviaciones militaristas, autoritarias y vanguardistas de las organizaciones armadas —cuestionamiento válido y necesario—, sino de convencernos que esas organizaciones fueron las verdaderas autoras del golpe militar de 1976. Ellas nos robaron la democracia.

Si acaso fuera cierto, podríamos entender que algunos sectores de la clase obrera argentina piensen así: están sometidos a la penetración ideológica más fabulosa de toda la historia. Pero que el lavado de cerebro no nos alcance a nosotros, aunque sea por una cuestión de distancia.

Con el nombre de Javier Roberto Eliecer, un exiliado argentino tituló su artículo, precisamente, “Juicios y Responsabilidades: ¿Pero, quién nos quitó la democracia?”¹ Eliecer intenta demostrar que la “intelectualidad” en primer lugar y la “guerrilla totalitaria” en segundo término, no protegieron los postulados de la democracia liberal; por el contrario, le dieron la espalda. Por “pereza intelectual” en aquellos y por “una especie de deformación delictiva” de los otros, la democracia ha sido estigmatizada en todas sus manifestaciones.

Los guerrilleros y los militares que hoy ocupan el poder “tienen la desgracia de comulgar en criterios autoritarios, violentos y fatalistas”. No obstante, a pesar de esa identidad de pensamiento, no son los militares los principales responsables de la falta de democracia, pues “la *responsabilidad mayor* por su ausencia (de la democracia) no reside en fuerzas reaccionarias de actitud previsible, sino de aquellas pretendidamente progresistas [...]” (las cursivas son mías).

Para que no queden dudas, insiste en las últimas líneas en que “la democracia que ahora no tienen los argentinos no nos fue quitada tanto por los enemigos de siempre sino por la esencia antidemocrática de muchos planteos formalmente revolucionarios”. Por lo tanto, a la pregunta inicial de ¿quién nos quitó la democracia?, Eliecer responde explícitamente: los guerrilleros, todos los guerrilleros antidemocráticos y autoritarios que comulgan con ideas similares a las del ejército argentino tienen la culpa. Si no hubiera sido por la

“provocación” de ellos, seguramente Argentina gozaría de una democracia que la ubicaría “a la altura de las exigencias mundiales”.

Este razonamiento, aun planteado desde cualquier perspectiva política, excede el saludable cuestionamiento antes referido. Porque si bien la revisión y comprensión de errores es una tarea insoslayable, sólo es posible realizarla desde el propio campo del pueblo, y no fuera de él. Eliecer ha elegido el camino del observador imparcial, ascético, que desde fuera critica a los intelectuales, los izquierdistas, los peronistas y hasta a los argentinos (“los argentinos nunca se equivocan”, ironiza). Al parecer sin haber sido protago-



nista de nada, deja a los demás la tarea de criticar su pasado “en público y a viva voz”.

Pero seguramente no es su exclusión lo más importante. Lo fundamental del pensamiento del autor es que luego de invertir la historia y satanizar a la izquierda como la principal responsable de la actual dictadura, hace una recomendación bastante ingenua —si esa es la palabra— a los sectores dominantes de Argentina: “[...] la derecha argentina en general, y las fuerzas armadas en particular, deberán reorientar de *manera sensible su conducta* [...]” (las cursivas son mías).

¿Para qué? nos preguntamos. Y Eliecer responde: para que “pueda surgir y afianzarse un nuevo nivel de tolerancia y una efectiva pluralidad de opiniones”.

Creemos que el autor se equivoca. Desde 1955 hasta la fecha, la tendencia de la derecha y las fuerzas armadas no ha sido precisamente la de *sensibilizar su conducta*. Por el contrario, a medida que la clase obrera ha avanzado en sus reivindicaciones sociales, la burguesía ha endurecido su política. Y el breve período democrático de 1973 no fue producto de una presunta *sensibilización* del sector dominante sino un repliegue temporario frente a la ofensiva de masas, en combinación también con una hábil maniobra política. Pero su *conducta* ante las contradicciones de clase no se ha modificado y no existe ningún dato que indique lo contrario. Ahora bien, una “fuerza de salvación nacional”, como la denomina Eliecer, ¿puede proponer como estrategia a la clase obrera un “nuevo nivel de tolerancia [...]” para que la Argentina se ubique “a la altura de las exigencias mundiales”?

Si, claro que se puede. Pero es probable que en ese proyecto los trabajadores no participen de ninguna “pluralidad de opiniones”. Sencillamente porque no los van a dejar.

Eliecer olvida, en el mejor de los casos, que el golpe militar de 1976 no respondió expresamente a la “guerrilla totalitaria”, tal como manifiesta Videla en su discurso, sino

a la necesidad de establecer un proyecto económico que la gran burguesía terrateniente y financiera no podía postergar ni un día más. Ese sector necesitaba producir un reordenamiento capitalista en la Argentina que le devolviera la cuota de ganancia perdida, o mejor dicho disminuida, durante el proyecto populista iniciado en 1973. ¿Era Gelbard, acaso, un hombre *potable* para el proyecto de esa gran burguesía? La prueba de que no lo era fue brindada por la propia Isabel Perón cuando se deshizo de su ministro en un último y desesperado esfuerzo por reconciliar el proyecto peronista con el reordenamiento económico mundial. El golpe es producto, pues, de la urgencia de un sector de la clase dominante por unificar bajo su propio liderazgo al conjunto de la sociedad civil e imponerle un programa que se adecue a las nuevas modalidades del mercado mundial.

¿Cómo vamos a convencer a los sectores populares de que es necesario un “nuevo nivel de tolerancia”, cuando el problema central de esos sectores es recuperar su salario real, evitar la despolitización obligada a que están sometidos, frenar el desmantelamiento del aparato sindical y tratar de sobrevivir, por lo tanto, como fuerza social? Porque independientemente de que el plan económico de Martínez de Hoz logre o no imponerse, el hecho es que los militares tomaron el poder para que ese plan se lleve a cabo en forma irreversible. La cuestión, entonces, no es alcanzar la tolerancia, sino evitarla. Porque la tolerancia estará asentada en la derrota histórica de la clase obrera.

Eliecer, en su artículo, olvida a los sectores populares. Y en particular a la clase obrera. Centrado en demostrar la presunta soberbia y falta de vocación política de dirigentes y activistas del campo popular, el autor no menciona la insubordinación obrera en las fábricas, el grado de organización alcanzado en algunas zonas y las constantes movilizaciones realizadas durante 1975. Esos sucesos políticos, espontáneos en algunos casos y organizados en otros, rebasaron los límites tolerados por la democracia liberal. Porque, aunque el poder no estaba en juego, la propia dinámica del proceso de masas ponía en cuestión —de continuar en aumento las contradicciones de clase— las bases de la estructura de dominación. ¿Podemos reprocharle a esos trabajadores haber despreciado la democracia y haber liquidado las conquistas que gozaban durante ese período?

Si fue la izquierda autoritaria y provocadora la que nos quitó la paz democrática, tendríamos que concluir que la clase obrera ha cumplido el mismo lamentable papel en la historia argentina. Pues en los últimos veinticinco años se produjeron cinco golpes de estado “por culpa” de los obreros peronistas, y cuando los guerrilleros no existían.

Volvamos entonces al principio; es un proyecto político y económico cuidadosamente planificado por la clase dominante el que nos “quitó la democracia”, y no la esencia antidemocrática de la izquierda.

Claro, las organizaciones revolucionarias no se salvan de su responsabilidad. Ninguna se salva. Ni los Montoneros y el PRT en su ciega ofensiva militarista, ni el PB en su basismo de hombre a hombre, ni la ultraizquierda con sus dogmáticos principios. Haber confundido un proceso de apertura democrática con una guerra popular —grosera confusión, por cierto—, nos ha costado bastante caro.

Pero el balance que nos corresponde a los intelectuales, izquierdistas, peronistas y argentinos dista mucho de un “*público mea culpa*”, propio de una confesión litúrgica. Tampoco vamos a asumir la responsabilidad por el terror que desataron las fuerzas armadas. Porque una cosa es la derrota y otra la capitulación; aceptamos la primera con todo lo que ello implica: nuestros propios errores, nuestra confusión, el cuestionamiento de todas las *verdades-guías* que nos impusimos y que nos condujeron a ella. De allí tenemos que extraer una conclusión crítica que nos llevará a la elaboración de nuevas propuestas. Pero no le aceptamos *ninguna* razón al enemigo ni esperamos la sensibilización de su conducta. Sencillamente porque toda estrategia dirigida a las clases populares estará basada en la derrota de la junta militar y en su exclusión del proceso de democracia popular.

1. Véase *Controversia* núm. 4, pp. 20-22

Ni olvido ni venganza: JUSTICIA

Susana Aguad

Es sólo con la llegada de la CIDH y la revelación del problema mediante miles de personas que en larga hilera aguardaron pacientemente fuera de las oficinas de la OEA para relatar sus tragedias personales, que se está conociendo la verdad.

Buenos Aires Herald, 11-9-79

En el número 4 de *Controversia*, refiriéndose a la Argentina de adentro y de afuera, Héctor Schmucler afirma: "Cada jueves, en Plaza de Mayo, el espectáculo de las madres es observado por una sociedad que no participa de la manifestación. Es parte —dice— de un capítulo que para la mayoría se ha cerrado para que comience otro, con nuevos y viejos protagonistas, si los viejos saben entender a los nuevos."

Yo pregunto a Héctor Schmucler si el "capítulo cerrado para la mayoría" es el del destino de los hijos de esas madres cuyas detenciones nunca fueron reconocidas oficialmente.

... si el capítulo cerrado es el que motivó la decisión de la Corte Suprema de Justicia de la Nación de fecha 21 de diciembre de 1978 en la presentación directa "Pérez de Smith, A. M. y otros" donde el Supremo Tribunal afirma en el tercer considerando de su pronunciamiento: "[...] que es una situación generalizada que los jueces deban rechazar los recursos de habeas corpus en razón de que las autoridades pertinentes han informado, sin más, que las personas a cuyo favor se interpusieron no se registran como

detenidas, y exhorta al Poder Ejecutivo Nacional a que urja las medidas necesarias para que el Poder Judicial pueda llevar a cabal término la decisión de las causas que le son sometidas en salvaguarda de la libertad individual."

... si el capítulo cerrado es el que dio lugar al petitorio que, con 45 000 firmas de argentinos, se presentó el 16 de septiembre de 1979 al Ministerio del Interior reclamando por los desaparecidos, produciendo ese mismo día la congregación de medio millar de personas ante la Casa Rosada.

... si el capítulo cerrado fue el origen de la preocupación creciente de los países de la región, manifestada a través de la efectivización de la misión de la OEA en septiembre de 1979, ante la cual miles de argentinos desfilaron sin temor a represalias, de lo cual dará cuenta el informe rendido.

... si el capítulo cerrado es aquel al que hace referencia uno de los reclamos de la CUTA en su programa, cuando pide el esclarecimiento de las desapariciones.

... si el capítulo cerrado es el que urgió la salida del país de Robert Cox, director del *Buenos Ai-*

res Herald, a causa de haber dado cuenta en su periódico de la dramática situación de los miles de detenidos desaparecidos.

... si el capítulo cerrado es el que evoca la solicitada financiada por obreros y empleados de Mercedes Benz en oportunidad de la visita de la CIDH, en la que pide el esclarecimiento de las desapariciones de los operarios de dicha fábrica (desapariciones que también se registraron en el cinturón de Buenos Aires en el curso de los años 1977-1978 en las empresas De Carlo, Martín Amato, Tensa y Santa Rosa, Astilleros Río Santiago, 3M Ferrania, Kolynos, Massuh y Propulsora Siderúrgica).

... si el capítulo cerrado es el que invocan los mecánicos de Renault-Córdoba al reclamar el esclarecimiento de la suerte corrida por René Salamanca; los ferroviarios firmantes de los petitorios exigiendo el esclarecimiento de la desaparición de Víctor Vázquez y otros; y los dirigentes de Luz y Fuerza al abordar el caso de Oscar Smith.

... si el capítulo cerrado es el aludido por el documento entregado a la CIDH por el Consejo Superior Justicialista, cuando en los puntos b) y c) denuncia "la muerte y/o desaparición de miles de ciudadanos, lo que insólitamente se pretende justificar con la presunción de fallecimiento que no significa otra cosa más que el reconocimiento de las arbitrariedades cometidas" y "el padecimiento de quienes se han atrevido o se atreven a levantar su voz y que han llevado o llevarán como pena desde un silencio impuesto hasta la muerte".

... si el capítulo cerrado es aquel por cuya memoria clama el obispo de Viedma, Miguel Esteban Hesayne en diciembre de 1979 (*Le Monde*, 25-3-80). "Yo propongo y yo demando —dice el prelado— una

adhesión clara y precisa del Episcopado argentino, al inequívoco reclamo de S.S. Juan Pablo II para que en nuestro país el caso de los desaparecidos sea esclarecido con lealtad."

Haciendo alusión al peronismo, Schmucler lo retrotrae a una época que no tiene similitud con la actual, ya que los protagonistas han invertido los símbolos, y los que entonces eran válidos para las minorías hoy lo son para la mayoría, salvo que una mística y alucinante bola de cristal nos permita avizorar un futuro donde esa mayoría se adecue a la proscripción o se autoprosciba.

"En la Argentina de adentro el tema dominante no es el de los derechos humanos como lo entendemos en el exilio [...]" Qué otra cosa es sino el tema de la vigencia de los derechos humanos el eje alrededor del cual gira la contestación del Partido Justicialista a la pretoriana actitud aventurada por la dictadura de pretender digitar las ideas y los diálogos. Dicho partido, en efecto, enumera los cinco puntos básicos, imprescindibles para crear en el país un clima "de paz y conciliación": "liberar a los detenidos políticos sin causa y finalizar con los procesos abiertos contra dirigentes políticos y gremiales por razones de oportunismo revolucionario; derogar las actas institucionales que condenan sin causa y sin jueces a numerosos ciudadanos; dejar sin efecto la legislación que atomiza y sojuzga al movimiento obrero, intentando disolver la CGT; asegurar el libre ejercicio de todos los derechos que consagra la Constitución Nacional para los habitantes del país; y modificar la política económica que tiende sólo a una regulación formal de la competencia, a facilitar la especulación y a beneficiar intereses internacionales [...]"

Lo que no desaparecerá en Argentina

No es una sorpresa que los líderes militares argentinos rechazaran categóricamente el nuevo informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Pero aun estos expertos defensores de lo indefinible encontrarán dificultades en hacer desaparecer las últimas denuncias de sus violaciones a los derechos humanos.

La comisión es el brazo de los derechos humanos de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y visitó Argentina en septiembre pasado respondiendo a una invitación de la junta militar. Recibió el testimonio no sólo de las víctimas de los ultrajes sino también de altos funcionarios del gobierno y de oficiales de seguridad. El informe toma buena nota del argumento oficial de que estos hechos deben ser considerados a la luz del terrorismo generalizado que provocó a los militares para hacerse cargo del poder, hace cuatro años. Y reconoce que, desde su visita de septiembre pasado, la represión parece haber aflojado algo.

Pero estas concesiones sólo endurecen las conclusiones del informe: la guerra contra la subversión ha devenido en terrorismo de estado. La comisión encuentra a la junta y a los comandantes militares di-

rectamente responsables de miles de muertes, no sólo de prisioneros reconocidos sino también de la inmensa mayoría de más de 5800 personas "desaparecidas". Describe una cantidad de arrestos indiscriminados, de denegaciones de justicia y de torturas sádicas. Los derechos políticos han sido suspendidos, los periodistas intimidados, la libertad de opinión comprometida, los derechos laborales pisoteados, las minorías religiosas perseguidas.

La mayoría de estos abusos han sido denunciados anteriormente, pero nunca con tanta autoridad. La junta ha sido, en efecto, acusada por un gran jurado del hemisferio, distinguidos juristas y diplomáticos de todos los países americanos. Dentro de poco tiempo, la comisión presentará su caso ante un jurado compuesto por los gobiernos de la OEA. A diferencia de casi todos los prisioneros políticos argentinos, la junta tendrá derecho a la defensa. Serán necesarios cambios mucho mayores si los dirigentes argentinos quieren entonces alardear de progresos en la restauración de la vigencia del derecho.

Editorial del *New York Times*, 27 de abril de 1980

[Traducción de Ricardo Nudelman.]

Borges: "el fin no justifica los medios"

Borges, de quien alguien dijo que era un excelente escritor y un pésimo ciudadano, esta vez, dejando de lado sus boutades, desmintió, no importa que parcialmente, la segunda parte de aquella afirmación. En una entrevista concedida al corresponsal de La Prensa en Madrid, Jesús Iglesias Rouco, habló sobre los "desaparecidos" y sobre el plan de Martínez de Hoz. Sus declamaciones fueron las siguientes:

"Yo no soy político. Mi posición sobre lo ocurrido en Argentina es exclusivamente ética. Cuando escriba, insista en eso, por favor: ética. Por lo tanto, no puedo ignorar el grave problema moral que se ha planteado en el país, tanto con el terrorismo como con la represión. De ninguna manera puedo callar ante esas muertes, esos desaparecidos. No. No apruebo esas formas de lucha, según la cual el fin justifica los medios. Dígalos así, por favor [...]"

"En muchos aspectos, nada ha cambiado en Argentina [...]" Dicen que la economía marcha mejor. No, no, es un verdadero caos. Cada vez que habla Martínez de Hoz, todos sabemos que el costo de la vida volverá a dispararse. Hace poco, en Buenos Aires sugirieron que Inglaterra va a pedirle a Martínez de Hoz que vaya a arreglar la economía. Pobres ingleses [...]" Quizás Inglaterra esté en decadencia, pero pienso que no es para tanto [...]"

"A mí me parece que en la Argentina se están haciendo muy mal las cosas. Algunos escritores, en verdad, han protestado por la represión y los desaparecidos. Pero

creo que unos y otros han hablado, más o menos, por motivos políticos. Se trata, sin embargo, de un problema ético. Y lo que no se puede decir es que al comunismo hay que combatirlo con sus propios métodos. En cuanto a la política [...]" Difícilmente un escritor se siente comprendido. Si se sintiese comprendido, quizá no escribiría. Claro, ahora, en la Argentina, parecen muy entusiasmados conmigo. Allí todos quieren que me den el Premio Nobel, el gobierno primero. Pero yo sospecho que lo que quieren en realidad, es que el Nobel se lo den a ellos, a la Argentina, a cada argentino. Borges no les importa demasiado [...]"

"No represento a ningún gobierno. No pertenezco a ningún partido político y no he hecho política activa. Quizás yo no sea más que un tranquilo, silencioso anarquista (spenceriano), que en su casa sueña con que desaparezcan los gobiernos. Yo descreo de las fronteras y también de los países, ese mito tan peligroso. Espero que algún día haya un mundo sin fronteras y sin injusticias."

Argentina: los militares en cifras

Ernesto López

No ha dejado de flotar en el ambiente de la opinión pública nacional, desde que los militares avanzaron sobre el estado en 1976, la sensación de que existirían diferencias de opiniones en el ejército respecto de cómo conducir lo que aquellos han llamado el proceso de Reorganización Nacional. Episodios como el del ex ministro Díaz Bessone en su oportunidad, o como los más recientes de Timmerman y de Menéndez, han dejado traslucir la discrepancia. Sin embargo, la identificación de las diferentes posturas, o incluso la de sus sustentadores concretos, no ha trascendido más que a través de unas pocas situaciones insoslayables. Sucede que la institución militar, valoradora de la autoridad, la jerarquía y la disciplina, suele ser hermética. Y que por esta razón, los militares —a diferencia de lo que con frecuencia ocurre con los políticos— no son proclives a hacer públicas sus posiciones; tanto menos, sus desavenencias.

He tratado de superar la penumbra siguiendo el rastro de los datos empíricos disponibles en materia de organización militar: distribución de los mandos de las grandes unidades, configuración de las sucesivas cúpulas militares, composición de los ascensos. En procura de encontrar elementos de juicio objetivos que echen alguna luz sobre las cuestiones anteriores. No obstante, quienes con buena voluntad lean las páginas que siguen, encontrarán que en ellas las fronteras entre la fantasía y la realidad no siempre están claramente delimitadas. Pues si bien, mirando hacia el pasado, es posible reconstruir historias o desarrollar hipótesis y tratar de demostrarlas con éxito, en la coyuntura, en lo que se refiere

al comportamiento político *intra*institucional de los militares, es virtualmente imposible superar el nivel de la conjetura. De ésta, pues, seremos tributarios en adelante. A pesar de lo cual creo que tiene sentido explorar el terreno militar, aun a riesgo de aventurar interpretaciones.

La infantería avanza, la caballería retrocede

A comienzos de 1978 sólo un general de división originariamente del arma de infantería se desempeñaba como jefe de una de las cinco grandes unidades en las que se desagrega organizativamente el ejército argentino.¹ En tanto que dos de aquellas cinco eran comandadas por generales provenientes de la caballería. Al inicio de 1980, por el contrario, la infantería comanda tres de los cuatro cuerpos de ejército y sólo en el restante, el II^o, hace pie la caballería. Al frente del comando de IIMM se halla un general proveniente del arma de ingenieros.

La cúpula militar (comandante en jefe y generales de división en actividad) se componía a comienzos de 1978 de un 30% de infantes, un 40% de oficiales de caballería, quedando el 30% restante en manos de las otras armas. En 1980, la infantería participa con un 42.8% y la caballería con un 14.3% de los grados superiores; el resto se reparte entre las demás armas.

Los ascensos a general de división de fines de 1979 revelan que sobre un total de siete generales de brigada ascendidos (un número singularmente alto), no hay ninguno de caballería, mien-

tras que tres son de infantería.

La tendencia al predominio de la infantería y, paralelamente, el retroceso de la caballería parecen evidentes. La comprobación de la tendencia señalada, ¿habilita para trascender el nivel meramente profesional e instalarse en el político? ¿No será el resultado natural de un ejército que, desde 1976 hasta la promoción del general Galtieri, ha sido comandado por infantes (los generales Videla y Viola)? ¿Las presumibles pequeñas lealtades de armas serán sólo eso o cobijarán proyecciones políticas distintas? La asonada del general Menéndez (caballería) parecería indicar que hay tensiones internas en el ejército que reconocen una causalidad extraprofesional. Dicho pronunciamiento, más que un hecho aislado, podría ser un emergente explícito de diferencias internas más abarcadoras. Diferencias que podrían coincidir con el recorte por armas apuntado. Por lo demás, con razón o sin ella, los rumores y versiones que habitan la opinión pública nacional han tendido a identificar los focos militares de oposición al proyecto que encabeza el general Videla con oficiales de caballería: el citado Menéndez, el general Suárez Mason, el gobernador Saint Jean. Y por el contrario, reconocen sus apoyos en los oficiales de infantería.

Parecería posible, pues, hablar de un "proyecto de infantería", diferente de otros que florecerían en ejército. Es decir, que en el interior del ejército, por alguna razón difícil de encontrar, las diferencias de intencionalidad política coincidirían con una diferenciación por armas.

Este "proyecto de infantería", aunque homogéneo frente al "exterior"—finalmente el tandem Videla-Viola se ha mantenido—, no estaría exento de alternativas en su seno. Empero antes, de analizar este último aspecto, es menester referirse a un hecho que parece desmentir la tendencia al predominio de la infantería: el acceso del general Galtieri a la Comandancia en Jefe del Ejército. En efecto, Galtieri es originariamente del arma de ingenieros. (Hecho de por sí novedoso. Viola, Videla, Laplane, Anaya, Carcagno, Lanusse, Alsogaray, Pistarini, Labayru—hasta donde llega mi memoria—, ninguno de ellos era del arma de ingenieros). ¿Cómo se explica su nombramiento? En primer lugar, puede ser un producto del escalafón militar estrictamente. Era el tercero en orden de antigüedad. El primero era Suárez Mason y el segundo el general Riveros, cuyo retiro, a partir de su designación en la Junta Interamericana de Defensa a comienzos del año pasado, se presumía inevitable. De manera que, en rigor, a Galtieri sólo lo antecedía el ex jefe del Estado Mayor General. El general Viola pudo haber tenido en cuenta, entonces, motivos estrictamente profesionales para la designación de su sucesor. En segundo lugar, no es descartable que más allá del arma de origen del general Galtieri, existan entre éste y el ex comandante en jefe afinidades personales, profesionales y/o políticas. La prensa argentina, hacia finales del año pasado, se encargó de hacer manifiesta alguna información al respecto.

Obviamente, las dos conjeturas anteriores no son excluyentes; bien pueden ser complementarias: afinidad y escalafón podrían llevarse, en este caso, de la mano. Hay una tercera conjetura, sin embargo, que merece consideración. Presumiblemente, el general Viola madurara la elección de su sucesor con anterioridad a septiembre del año pasado. Es decir, cuando el general Menéndez estaba todavía en actividad. En este caso, Galtieri hubiera ocupado el cuarto puesto en orden de antigüedad. Sólo en el quinto lugar—compartido con un oficial de caballería (el actual ministro del Interior)— se ubicaba un infante, el general Vaquero. El hecho de que éste fuera más moderno que los anteriores no hubiera imposibilitado su nombramiento. Pero evidentemente había encontrado mayor resistencia: cuatro generales de división—entre ellos dos de caballería con méritos suficientes para alcanzar la Comandancia en Jefe—hubieran debido pasar a retiro. De manera que Galtieri aparecería, en aquel contexto, como una figura más potable para sortear el escollo de la caballería, sin distanciarse mucho de la cuestión escalafonaria. El pase a retiro de Menéndez, facilitaría luego las cosas.

Los ascensos recientes y la nueva cúpula militar

El general Viola, en su discurso de despedida



del personal del EMGE del 26 de diciembre pasado, decía: "Tal modelo [económico] debe permitir el máximo aprovechamiento de los recursos del país y de su capacidad productiva, estableciendo un perfil que incluye tanto las actividades en las cuales tenemos ventajas comparativas como aquellas que por su grado de tecnología, alto valor agregado o importancia estratégica el país pueda y deba emprender" (cursivas mías: E.L.) Si por ventajas comparativas, entendemos actividades agropecuarias, las otras, necesariamente, deben aludir al sector industrial. Aunque el plan Martínez de Hoz no es "antindustrialista" sino en todo caso "redimensionista" respecto de la industria, el énfasis de Viola en el señalamiento de la necesidad de alentar cierta dinámica industrial, no puede pasar desapercibido.

Al mismo tiempo, las composiciones de los recientes ascensos a general de división y de la nueva cúpula militar ofrecen aristas singulares. La distribución entre armas de los ascensos a general de división —que muestra la declinación de la caballería y la consolidación en términos comparativos de la infantería, exhibe, además, una preponderancia de armas técnicas. Si a éstas se las toma en conjunto, hay cuatro "técnicos": un ingeniero militar, un ingeniero, un comunicaciones y un artillero, junto a tres infantes. A fines de 1977, por el contrario, ascendieron sólo dos generales de brigada al grado inmediato superior: Harguindeguy (cab.) y Vaquero (inf.). Y a fines de 1978, solamente cuatro: Montes (inf.), Gallino (ing. mil.), Jáuregui (cab.) y Bussi (inf.). Es decir, a diferencia de los dos años anteriores, a fines de 1979 la promoción de generales provenientes de armas técnicas es notoria.

Asimismo, la cúpula militar, en 1980, en comparación con años anteriores, muestra una presencia relativamente alta de armas técnicas: seis técnicas (dos ingenieros, dos ingenieros militares, un comunicaciones y un artillero) junto a seis infantes y dos de caballería. A comienzos de 1979, en cambio, había cuatro oficiales de caballería, cuatro infantes y cuatro de armas técnicas (dos ingenieros militares y dos ingenieros). Y a comienzos de 1978, cuatro de caballe-

ría, tres infantes y tres de armas técnicas (dos del arma de ingenieros y un ingeniero militar).

Esta presencia, alta en términos relativos, de las armas técnicas en los recientes ascensos y en la nueva cúpula militar, ¿se debe simplemente a razones profesionales o encierra una intencionalidad política? Si aceptamos lo último, ¿cuál sería ésta? Conjeturemos nuevamente. Primera conjetura: infantería reajustaría su proyecto tras la sucesión presidencial. En la alternativa menos drástica —o sea, siempre dentro del cauce agroproductor abierto por Videla-Martínez de Hoz— se buscaría recuperar cierta dinámica industrial que, en la actualidad, parece haber perdido nuestro país. Segunda conjetura: la presencia de armas técnicas en la nueva cúpula militar contribuiría a generar condiciones intrasistémicas para una eventual y siempre limitada recuperación industrial. (Tradicionalmente, se adjudica una mayor tendencia a asumir orientaciones industrialistas a las armas técnicas. Aunque, en rigor, no puede postularse ninguna relación de necesidad entre arma y orientación.)

¿Viola presidente?

Buena parte de la armazón hipotética expuesta hasta aquí reposa en un supuesto que le da sentido: que el general Viola sea el sucesor del actual presidente. Examinemos esta cuestión para finalizar. El próximo presidente deberá cumplir dos requisitos formales: ser un oficial retirado y, al mismo tiempo, ser un "hombre del proceso". (Esta última condición fue explicitada por el ex comandante en jefe poco antes de pasar a retiro, y no ha sido desmentida.) ¿Quién, de entre los "hombres del proceso", podría postularse con mejores antecedentes que Viola? ¿Quién, además, del arma de infantería, conforme el predominio de esta arma ya señalado? Pero, por otra parte, ¿cómo se decide la sucesión presidencial? Habría, dentro del ejército, cuatro factores de decisión: 1] la opinión del comandante en jefe; 2] la opinión de los altos mandos (generales de división); 3] la opinión de los generales de brigada; 4] la opinión del resto de la oficialidad. Los factores 3] y 4], son imponderables por el amplio universo que cubren. Pero,

en cierto modo, pueden inferirse sus actitudes a partir de la opinión, tanto del comandante en jefe, como de la de los generales de división. Estas últimas son, dentro de ciertos límites, cautivas de las de aquellos: difícilmente prescindirían del consenso del conjunto de la oficialidad. Es decir, aunque los mandos superiores cuentan con márgenes de autonomía para sus decisiones políticas, éstas no pueden ser arbitrarias ni carecer de la legitimación informal del cuadro de oficiales.

Supuesto entonces, por lo ya dicho, que la designación del general Viola no sería vivida ni más ni menos arbitraria o ilegítima que la de cualquier otro "hombre del proceso", veamos cómo podrían comportarse los factores 1] y 2]. El actual comandante en jefe, sobre el que recaerá la decisión última de ejército, debe su cargo al propio general Viola. Y de los trece generales de división en actividad actualmente, siete —es decir, más de la mitad— han pasado recientemente por el tamiz de la Junta Superior de Calificaciones y han sido refrendados por el ex comandante en jefe. Ciertamente, las lealtades personales no necesariamente van a determinar una decisión política. Pero, con seguridad tendrán su peso cuando llegue la hora.

1. El ejército argentino se desagrega organizativamente en cinco grandes unidades. Estas son los Cuerpos de Ejército I^o, II^o, III^o y V^o. (No existe IV^o Cuerpo, pues originalmente se preveía que con el tiempo se subdividiría el III^o, cosa que a la fecha aún no ha sucedido.) Como quinta gran unidad puede considerarse el Comando de Institutos Militares —también llamado Acantonamiento de Campo de Mayo— que si bien se halla instalado en jurisdicción del I^o Cuerpo, es absolutamente autónomo respecto de éste.

Por otra parte, en rigor, el grado de general supone la anulación de la diferencia por armas (infantería, caballería, artillería, comunicaciones e ingenieros, que se optan en el Colegio Militar). Por ejemplo, un general de brigada originariamente artillero puede comandar tanto una brigada de caballería blindada como una de infantería. La única arma para la que sí hay restricciones alcanzado el generalato, es la de ingenieros militares (capitanes egresados de la Escuela Superior Técnica). Los ingenieros militares no pueden, por ejemplo, ser comandantes de cuerpo o comandantes en jefe. En este trabajo se especifica el arma de origen de los generales, pues parecería existir una curiosa coincidencia entre arma y orientaciones políticas.

alianza editorial mexicana, s. a.

NOVEDADES.-

EL LIBRO DE BOLSILLO.-

- 729° FRIEDRICH HOLDERLIN
EL ARCHIPIÉLAGO.
- 730°° PIERRE FEDIDA
DICCIONARIO DE
PSICOANÁLISIS.
- 733° JACK LONDON
RELATOS DE LOS MARES
DEL SUR.
- 739 GUSTAVO ADOLFO BECQUER
RIMAS Y OTROS POEMAS.
- 741° GUY DE MAUPASSANT
LA VENDETTA Y OTROS
CUENTOS DE HORROR.
- 742°° LUIS DE GONGORA
ROMANCES.

Volumen sencillo.

° Volumen intermedio.

°° Volumen doble.

ALIANZA UNIVERSIDAD.-

- 243 JHON F. COVERDALE
LA INTERVENCIÓN FASCISTA
EN LA GUERRA CIVIL
ESPAÑOLA.
392 págs.
- 244 STEPHEN E. TOULMIN
EL PUESTO DE LA RAZÓN
EN LA ÉTICA.
252 págs.
- 247 A. J. AYER.
LOS PROBLEMAS CENTRALES
DE LA FILOSOFÍA.
264 págs.
- 250 MICHAEL RUSE
LA FILOSOFÍA DE LA
BIOLOGÍA.
272 págs.
- 252 ERVING GOFFMAN
RELACIONES EN PÚBLICO.
MICROESTUDIOS DE
ORDEN PÚBLICO.
380 págs.

253 JOSEPH KI-ZERBO.
HISTORIA DEL ÁFRICA
NEGRA. I. DE LOS ORÍGENES
AL SIGLO XIX.
524 págs.

254 JOSEPH KI-ZERBO.
HISTORIA DEL ÁFRICA
NEGRA. II. DEL SIGLO XIX A
LA ÉPOCA ACTUAL.
576 págs.

ALIANZA TRES.-

- 48 JORGE LUIS BORGES
OBRA POÉTICA.
(1923-1976).
512 págs.
- 49 THOMAS HARDY
TESS, LA DE LOS
D'URBERVILLE.
504 págs.
- 50 ERNESTO CARDENAL
ANTOLOGÍA DE POESÍA
PRIMITIVA.
174 págs.
- 51 SAUL BELLOW
LA VÍCTIMA.
286 págs.
- 52 ADOLFO BIOY CASARES
DORMIR AL SOL.
168 págs.

Para entendernos mejor

Rubén Sergio Caletti

Una discusión necesaria

¿Cuál es la validez que tiene hoy una propuesta de reactualización del llamado peronismo revolucionario?

Durante 1979, dos hechos independientes y paralelos han dado, en el exilio, especial interés y vigor a la pregunta. El primero de esos hechos fue la firme reaparición del movimiento peronista como única figura y fuerza real de oposición a la dictadura.

Con todas las acotaciones que quieran añadirse, esta reaparición vino a ratificar la vigencia social y política del peronismo cuando, en estos territorios *ex patria*, la voz de orden parecía para muchos pasar por los augurios de fractura y fenecimiento, o por la certeza de que la crisis sufrida por el peronismo permitía, de una vez por todas, abrir las puertas a una organización más "racional" de la clase obrera.

El segundo de los hechos mencionados lo constituyó la percepción definitiva que muchos tuvieron de Montoneros como un dato del pasado en términos políticos y como un grupo en extinción en términos organizativos. La ruptura encabezada por Rodolfo Galimberti, la más reciente de los Montoneros 17 de Octubre (que incluye a más de una tercera parte de sus dirigentes) así como los signos ofrecidos durante el transcurso del año (atentados contra Soldati, Klein, etc., el fracaso de la anunciada contraofensiva) indicaban a los más cautos que aquella organización era ya, en todo caso, la negación de sí misma como proyecto histórico.

La revisualización del peronismo como fuerza social efectiva (y no sólo folclórico-telúrica) y la extinción de Montoneros actúan hoy como una suerte de operación ideológica de pinzas que pone al peronismo revolucionario sobre la mesa del exilio como fórmula relativamente rápida y probablemente exitosa para adquirir un marco ideológico y superar la orfandad reinante. El mercado potencial de consumidores: los que hasta ayer tenían alguna esperanza en Montoneros, los que insistían en la conveniencia del partido obrero, y también los muchos peronistas que, como uno mismo, nos quedamos desde hace varios años sin libreto.

Por cierto, muchos de aquellos que en otras épocas militamos en agrupaciones del ala izquierda del peronismo (y que nos fuimos separando de ellas en la medida en que ellas se iban separando del movimiento) nos planteamos en voz más alta o más baja, con distintas palabras, la misma pregunta: ¿qué posibilidades de actuar, de incidir en el conjunto podrá tener en un futuro no excesivamente lejano una corriente interna del peronismo que vuelva por los fueros del socialismo nacional?

Desde nuestra perspectiva, la pregunta viene al caso en tanto continuamos dando legitimidad a la misma afirmación de fondo: cualquier batalla actual o futura por la construcción de un auténtico poder político y económico de las mayorías en la Argentina (y no importa cómo quede clasificado en la nomenclatura teórica el modelo resultante) debe plantearse, desarrollarse y realizarse desde los espacios concretos en los que viven la experiencia, la cultura y la identidad políticas del movimiento popular, es decir y hasta nuevo aviso, una identidad, una cultura y una experiencia centralmente peronistas.

Pero repetir este ya viejo discurso (casi tan viejo como la lucha de clases) no implica en absoluto preparar el camino para un rescate del peronismo revolucionario cuya historia vista desde las aspiraciones que contenía ha estado más cargado hacia las impotencias que hacia las conquistas. Por el contrario, nuestra intención es advertir con qué vehemencia este discurso fue innumerables veces pregonado y cuántas menos, en cambio, fue protagonizado.

Las luchas transcurridas desde 1955 demuestran a las claras que los contenidos *objetivamente* transformadores (revolucionarios, si se quie-

re) de esta historia fueron aportados por la clase obrera peronista más que por cualquier grupo, partido u organización de izquierda, munida de sus respectivas y perfectas "verdades". Pero estas mismas luchas, debemos reconocerlo, han demostrado también la incapacidad final del llamado peronismo revolucionario para contener en su cuerpo político aquellos elementos efectivamente revolucionarios de la subjetividad del movimiento obrero, tanto como para sintetizar políticamente las condiciones objetivas de la sociedad argentina que vienen alimentando la conciencia obrera desde entonces, y conducir su potencialidad transformadora.

No siempre se comprendió, creemos, esta doble realidad (justeza del planteo, incapacidad para desarrollarlo), y menos aún se actuó sobre ella. El ascenso de las propuestas político-estratégicas del peronismo revolucionario de los años 1971-1973 llevó, por ejemplo, a amplios sectores politizados (y particularmente de la izquierda) a creer de pronto y a pies juntillas en la apuesta que por entonces se hacía en torno a la perspectiva peronismo/socialismo. La fuerza del movimiento obrero había operado como un gran galvanizador más definitorio que, por sí solo, el activismo guerrillero, y provocó en muchos el brusco abandono de viejos teorismos.



Pero la frustración y la derrota de 1974-1976 generarían luego, en cambio, certidumbres proporcionalmente inversas a las anteriores. Los errores de aquel activismo guerrillero que (al igual que los de la propia dirigencia oficial del movimiento) tendieron a fragmentar primero y desmovilizar después a la clase obrera, fueron cargados por la nueva feligresía a la cuenta de la teoría general, es decir, estos errores, a los que no se individualizaba con precisión, supuestamente demostraban que lo que había fallado era el peronismo todo y para siempre. Con tanta facilidad como había decidido *creer*, la nueva militancia resolvió *descreer*.

Una antigua y nunca totalmente superada *desconfianza* ideológica en esa experiencia, cultura e identidad peronistas produjo así, en medio del fracaso, el reverdecimiento de actitudes *sociologistas*, precisamente en ese sector de las capas medias cuya conjunción con la clase obrera había dado al movimiento popular una fuerza y una capacidad como no había tenido en ningún otro momento de la historia argentina en este siglo.

Pero la cuestión es que ahora las aguas de la militancia —por lo menos de ésta en receso que

constituimos en el exilio— tratan otra vez de *creer*. Aunque sólo valga como síntoma, son ya numerosos los nucleamientos que en México se plantean, desde diferentes ópticas y procedencias, una reactualización del peronismo revolucionario.

El gran y paradójico riesgo que se corre —que corremos— en este sentido es el de volver a las fuentes del peronismo revolucionario para buscar hoy en él lo mismo que encontramos en 1969 y perdimos en 1974 o 1976: una versión mitológica de combates populares en los que apoyarse para proyectar espejismos al futuro y cometer errores con mayor gracejo pero no con mayor impunidad que el resto del movimiento o el resto de la izquierda. Un credo que adoptamos, descreíamos y ahora tratamos de reflotar sin un ejercicio real de la crítica.

Las condiciones materiales y subjetivas de la lucha social argentina mantienen en pie la vigencia de una perspectiva de transformación *peronista* del país, pero esta afirmación no alcanza para devolver mágicamente validez a las políticas que ayer la perdieron en su nombre. Se abren, entonces, numerosas cuestiones a debatir respecto de los significados actuales y futuros del peronismo revolucionario.

Uno, dos, tres, muchos modelos

La primer pregunta que surge es la siguiente: reivindicar hoy al peronismo revolucionario con vistas al futuro, ¿significa reivindicarlo históricamente en su totalidad? O bien, ¿a qué tramo, a qué expresión de esta corriente se alude? ¿O se apunta, por el contrario, a una formulación radicalmente nueva?

La historia concreta de las agrupaciones revolucionarias del peronismo muestra una diversidad capaz de poner peros al supuesto del propio peronismo revolucionario de los últimos años según el cual, en el fondo, éste ha sido siempre uno y único.

Hay quienes incluyen en esta unicidad la etapa montonera. Tal parecen ser, obviamente, los casos de Montoneros Auténticos o de Montoneros 17 de octubre. Otros, en cambio, por el carácter global de sus críticas a la política de este sector, se inclinan más bien a rescatar al viejo peronismo revolucionario y considerar al montonismo como una malformación de la historia.

Pero el interrogante se reproduce con el "viejo" peronismo revolucionario. ¿A cuál nos referimos? ¿Montoneros es una malformación pero las FAP y el PB no? ¿Será mejor recuperar al MRP? ¿A la antigua JRP?

El peronismo revolucionario incluye en su historia a todos los que se incluyeron en ella. Pero, en nuestra opinión, el problema no está aquí. Parte de él radica en considerar *realmente* al peronismo revolucionario como el desarrollo más o menos unívoco de sus organizaciones, como si cada una recogiese y expresase el pensamiento común con imperceptibles diferencias o con meras adecuaciones al paso del tiempo.

No cabe duda que puede trazarse un hilo que comunique a sus diferentes expresiones. Pero el rescate de esta continuidad es fundamentalmente ideológico y, por tanto, controvertible. La historia que en general le adjudicamos al peronismo revolucionario sigue, en buenos medida, las líneas, conceptos e intenciones de la esquematizada historia en 3 etapas de la resistencia, esquema que resultaba válido para poder convertir en valores político ideológicos los tramos esenciales de una historia real que, sin embargo, era más vasta, compleja y diferenciada.

Cuando en 1955 la derrota del movimiento a manos de la libertadora planteó la insuficiencia de las formas de organización y de lucha enarboladas hasta entonces, el peronismo revolucionario nació sin denominaciones. Eran los *duros*, diseminados en todo el movimiento. Será más tarde, cuando la aceptada inscripción de los sindicatos en el aparato de estado comience a producir sus propios éxitos, que el peronismo revolucionario habrá de formalizarse como tal.

En el movimiento existió siempre, desde entonces, una ala izquierda que se caracterizó, con distintos grados y formas de conciencia, por su mayor intransigencia ante el régimen y la patronal, por un mayor desarrollo de los contenidos ideológicos anticapitalistas, por la aceptación o ejercicio de la violencia como recurso de la lucha. Pero el análisis particular de las experiencias que se cobijan bajo el mismo nombre

evidencia una gran disparidad en los modelos organizativos y de acción, en la índole de las propuestas políticas concretas.

Nos preguntamos por ejemplo si el peronismo revolucionario del Cooke del 59 es el mismo de su *Informe a las Bases* o el de poco antes de morir, o si el modelo organizativo de la JRP es antecedente directo del montado por el PB, o si los criterios de trabajo político del viejo MRP encontraron su desarrollo en los de las FAR peronistas.

Esta heterogeneidad real podría simplificarse, a los fines de un primer debate, hablando de las expresiones clásicas o históricas del peronismo revolucionario y de un peronismo revolucionario más moderno y orgánico. Entre ambos, la historia deparó numerosas formas "intermedias".

Las líneas de la continuidad que sí podrían establecerse entre las formas clásicas y las orgánicas indican una cierta progresión en las formalizaciones ideológicas, en la propia organicidad, en el desarrollo de formas alternativas al propio movimiento, en el nivel de los objetivos políticos de poder. Pero lo importante es distinguir que estas líneas no pertenecen a una progresión *necesaria* desde el punto de vista del desarrollo político del movimiento sino que, en todo caso, reflejan los cambios operados en otros sectores políticos externos al movimiento o en el acontecer general de la sociedad argentina.

En términos siempre generales, aquél al que llamamos peronismo revolucionario clásico se caracterizó por ser, sobre todo, un emergente ante las duras condiciones económicas y políticas que se descargaron sobre la clase obrera después de 1955 y en diferentes momentos de la época que sobrevendría. De ideología predominantemente clasista y práctica movimientista, enraizado en las luchas de la clase obrera de la que surgía con cierto peso político pero débil direccionalidad, se apoyó en la objetividad social y la expresó. Por su misma condición de emergente, fue incapaz de plantear una política de largo plazo y de extender su autoridad sobre el resto del movimiento. Era antes una respuesta a las contradicciones sociales que un plan histórico.

El peronismo revolucionario orgánico, en cambio, de ideología a veces clasista, a veces movimientista, pero en general de práctica objetivamente alternativista, de fuerte direccionalidad pero dificultosa inserción en las luchas del conjunto, fue antes bien una racionalización de las condiciones objetivas más que su expresión lata y, por tanto, el intento de ejecución de un plan histórico consecuente. Todas las llamadas organizaciones armadas peronistas y los grupos y organizaciones de juventud de los años de Lanusse podrían adscribir a estas características.

Pero si la historia del peronismo revolucionario debía ser la historia de la construcción política de la representación y hegemonía de los sectores obreros en los que efectivamente se asienta la potencialidad revolucionaria del movimiento, si en este plano debía trazarse la continuidad y la progresión, entonces la historia del peronismo revolucionario resulta una historia al revés, la historia de una involución.

Si el peronismo revolucionario contenido en las luchas obreras es el soporte del peronismo revolucionario de las agrupaciones, ¿qué es lo que sucedió que la progresiva organicidad alcan-

zada por estas agrupaciones no abarcó también progresivamente a la clase obrera? El peronismo revolucionario se ha autosustentado en la convicción sobre la condición revolucionaria del movimiento, pero algo falló para que hoy tengamos constantemente que hacer la distinción entre los contenidos revolucionarios del peronismo de la clase obrera y el peronismo revolucionario de las agrupaciones. Volviendo al principio, ¿a qué nos referimos entonces cuando planteamos un rescate al futuro del peronismo revolucionario?

Ideología y dirigentes

Dos son los supuestos que transitaron íntegra esta historia y, tal vez, que integran el basamento ideológico de las varias *operaciones rescate* que ahora se inician: que el peronismo es esencialmente revolucionario y segundo, que su dirigencia es decididamente irrepresentativa.

Estos axiomas fueron siendo plenamente formulados allá por el principio de los años 60, cuando la burocracia despuntaba como proyecto político de largo aliento. La conjunción de ambas definiciones (peronismo revolucionario y dirigencia irrepresentativa) planteaba con la naturalidad de las cosas que caen por su propio peso la necesidad de reemplazar el cuadro dirigente por otro más acorde con la conciencia obrera.

A nuestro entender, los dos axiomas resultaron antes y resultan ahora endeble e insuficientes, y creemos que su difusión introdujo sucesivas confusiones en las filas del peronismo revolucionario.

En primer lugar, parece desplegarse una confusión entre la apreciación de los contenidos objetivamente revolucionarios, subvertidores, del movimiento peronista ("el hecho maldito del país burgués") y el significado de revolucionario como caracterización de lo ideológico.

En términos generales, los militantes del peronismo revolucionario tendieron a asimilar ambas significaciones, o sea lo mismo que hacía la izquierda pero al revés: mientras que la izquierda niega el carácter objetivamente revolucionario del movimiento peronista a partir de la lectura que hace de sus expresiones ideológicas, el peronismo revolucionario supone la existencia de una subjetividad revolucionaria a partir de la correcta caracterización del papel objetivo del movimiento.

En nuestra opinión, el futuro de cualquier práctica política a favor de la transformación hace imprescindible esta distinción entre contenidos objetivos e ideología y, en lo que se refiere específicamente al antiguo credo del peronismo revolucionario, resulta también decisivo el reconocimiento cabal de que la ideología del movimiento obrero peronista es básicamente reformista, como lo es la ideología del peronismo en su conjunto. Este reconocimiento no excluye que en la conciencia obrera aniden fuertes elementos de tipo anticapitalista ni anula tampoco que *ese mismo* movimiento obrero pueda ser el sujeto histórico de una transformación social profunda. Raros son, por lo demás, los casos de movimientos populares provistos de una sólida conciencia revolucionaria cuando se está *tan lejos* de la revolución como es el caso argentino.

La explicitación de este carácter reformista

cuestiona clásicas afirmaciones de batalla del tipo "el peronismo será revolucionario o no será nada", que tantas consecuencias ideológicas y políticas tuviera. No será *nada* digno de los sueños de las masas explotadas o de la propia Evita. Pero, nos guste o no, 35 años después del 17 de octubre, lo real es que el peronismo *también* ha demostrado poder ser *otra* cosa.

La "esencialidad" revolucionaria del movimiento obrero peronista, que no negamos, no es otra que la que le corresponde a todo movimiento obrero con un cierto grado de desarrollo, madurez y organización. Pero esto nos habla, en todo caso, de las características generales del desarrollo capitalista en la Argentina pero no del peronismo de manera *específica*.

Conjugar los axiomas de la izquierda según los cuales la clase obrera es portadora del socialismo con la convicción de que el peronismo, por su componente obrero, será revolucionario o no será nada y, más aún, superponer esta definición por lo objetivo con su correlato ideológico, lleva a la convicción de que el movimiento obrero peronista es el disfraz de una clase que marcha hacia el socialismo sólo detenida por sus dirigentes.

Pero la clase obrera peronista no viste disfraz. Y no hay para ella ningún destino histórico conocido. Precisamente esa es la dificultad y el desafío para los militantes de la causa popular: incidir en un destino no escrito. Es obvio que esta visión del movimiento peronista nos lleva también a una valoración distinta de su dirigencia y especialmente de su dirigencia sindical. (La dirigencia política del justicialismo, salvo la de las provincias, tiene una importancia muy secundaria.)

Mirado en la perspectiva de una clase obrera que marcha erguida al socialismo, esta dirigencia es mucho más que irrepresentativa. Es inexplicable. No es nuestra intención rescatar ahora la representatividad de gloriosos y heroicos dirigentes sindicales ignorados hasta ahora por los lectores. De ningún modo. Tampoco se trata de negar u olvidar los mecanismos fraudulentos que la burocracia ha utilizado una y otra vez para perpetuarse en el control de los aparatos gremiales. Más aún, la denuncia concreta de este tipo de fenómenos, tan frecuentes en épocas de sindicatos no intervenidos, así como la lucha contra otros mecanismos aún más graves que la burocratización, como la colusión de dirigentes gremiales con las patronales en contra de las propias reivindicaciones de los agremiados, son parte necesaria no ya de una política revolucionaria sino incluso de una modesta política democrática, imprescindible en el movimiento obrero y en el país.

Pero en una consideración globalizadora del problema debe decirse que una cosa es la descomposición burocrática de la vida sindical y política y otra es pensar que el panorama que conforma es tan azaroso y gratuito que basta con reemplazar el cuadro dirigente con otro más leal a las bases. En esta falta de azar ingresa también el componente de la representatividad. La perpetuación de los mecanismos de fraude y manipulación indica, por un lado, la fortaleza y características de una estructura general de dominación en el país, pero, por el otro lado, también indica el nivel concreto alcanzado por la clase obrera en la defensa de sus intereses. Villa Constitución fue uno de los conflictos que más vivamente pintó el dramático pa-

libros · discos · café · galería

gandhi

miguel angel de quevedo 128/130 tels. 548 19 90 / 550 18 84

norama de la vida interna sindical en el país. Pero, al mismo tiempo, Villa Constitución hubo una o diez, no mil.

Si estamos dispuestos a suspender provisoriamente la discusión casi metafísica sobre la representación de los intereses históricos del proletariado que, por lo sabido, no es un problema sindical, debemos aceptar que, en un esquema de fuerzas como el que opera en la Argentina, no es concebible una representación política que no contenga en sí misma las mediaciones exigidas por la relación de dominación implantada desde el estado, y destinadas a *distorsionar* la voluntad de las bases: la representación política es una categoría de mediación y no de pureza. Pero los gremios más combativos y organizados tuvieron direcciones menos "burocratizadas": la calidad de la mediación también depende de la calidad que ostente la voluntad de esas bases.

El discurso en torno a la irrepresentatividad de los dirigentes es, en definitiva, el mismo que ha usado de manera tradicional la izquierda *comprensiva* del peronismo: una cosa es el peronismo de los obreros y otra es el peronismo de los dirigentes. Uno es bueno y el otro es malo. Pueden hacerse mil y un análisis de la dinámica política interna del movimiento peronista. Pero ninguno nos aclarará nada si en vez de encontrar los hilos de la contradicción y de la unidad de los términos del fenómeno, encuentra los hilos de su propio maniqueísmo, o bien los de una ruptura casi epistemológica: *este peronismo radicalmente distinto de aquél*.

¿Hasta qué punto no debemos también reconocer la representatividad ideológica y social que, en última instancia y más allá de los mecanismos antidemocráticos que regían la vida sindical argentina, guardaron durante muchos años los dirigentes burocráticos respecto del centro del movimiento obrero? ¿O acaso fue ideológica y socialmente representativa del movimiento obrero en su conjunto la actuación política de Raimundo Ongaro o de la JTP? Numerosos dirigentes sindicales de distintas corrientes de avanzada supieron expresar, en distintas circunstancias, una dirección posible para el movimiento obrero y un nivel de conciencia de ciertos y determinados sectores de la producción. Pero nuevamente se corre el riesgo de confundir la realidad con los deseos si reducimos una realidad compleja y contradictoria a una de sus componentes.

Todo indica que la visión de lo sindical en el peronismo revolucionario estuvo impregnada de una vieja confusión respecto del papel que los sindicatos pueden desempeñar en un proceso de liberación.

La izquierda lleva invertidos cerca de 90 años sin arribar a juicios conclusivos al respecto. La riqueza de las luchas de los últimos 40 años en el llamado Tercer Mundo agregó complejidad al problema de la relación entre economía y política, entre sindicato y partido.

En el caso del peronismo revolucionario, sus expresiones clásicas ignoraron el dilema y, en la práctica, giraron en torno a la vida sindical. Las expresiones más orgánicas y recientes, en cambio, con una conformación marcadamente extra sindical, optaron por enfrentarlo con decisión, tanto al problema como al sindicalismo. FAP y Montoneros llegaron incluso a desarrollar una teoría más o menos sofisticada respecto del papel que la burocracia sindical tiende a cumplir en el marco de una actividad económica capitalista de alta concentración.

Sin discutir esta teoría, lo cierto es que reemplazó a una interpretación más general sobre el sindicalismo, que lamentablemente faltó, mientras que la que se había elaborado no fue útil ni para una mejor comprensión del problema del poder en el país (en el que la burocracia desempeñara papel tan relevante) ni siquiera para un mejor desarrollo del trabajo político en el frente gremial.

En líneas muy generales, creemos que la *actuación política* de los dirigentes sindicales en los últimos años (y en los que vendrán) debe entenderse como la defensa de intereses *concretos y generales* (no históricos ni de sectores de punta), intereses materiales inmediatos y políticos de la clase obrera y *demás sectores asalariados*, en el marco de la mediación que realizan ante el estado en su calidad de instituciones subordinadas dentro del sistema al que pertenecen, en el marco de la ideología reformista predominante en las bases obreras y, por último, en el marco de las negociaciones y conciliaciones que debe realizar permanentemente

cada uno de los sectores en el seno del propio ámbito sindical, en aras de una unidad política que es sustento de la capacidad de manobra que se tenga dentro y fuera de la corporación.

Movimiento y cuadros

De acuerdo a este repaso, parece emerger como hipótesis aceptable la posibilidad de que el peronismo revolucionario haya fundado buena parte de su accionar sobre elementos mitologizados de la realidad: peronismo revolucionario uno e indivisible, peronismo esencialmente revolucionario, dirigentes irrepresentativos.

Cada uno de estos problemas del pasado revierte como duda hacia el futuro. La respuesta a cuestiones tales como las mencionadas, debería, en rigor de verdad, anteceder a cualquier propuesta de trabajo que parta del rescate y la continuidad del peronismo revolucionario.

Pero creemos que los interrogantes no acaban aquí. Y otra serie de ellos podría desgarnarse respecto de aquellos problemas que el sector ha dejado pendientes aunque no hayan formado nunca parte medular de su discurso. El más importante de estos interrogantes es tal vez el que se refiere a la forma organizativa del sector.

Un poco más arriba decíamos que si alguna continuidad se entretejió en la historia del peronismo revolucionario, esta continuidad indicaba una progresión hacia la organicidad cerrada que, aun llamado de distintas maneras, perfila en sus contornos el modelo *partido de cuadros*.

A la manera de la izquierda, el peronismo revolucionario buscó diferenciarse, agrupar su verdad, organizar a los pocos pero buenos, reunirse a sí mismo, derivando hacia este objetivo quién sabe cuántos esfuerzos que podían dirigirse a organizar mejor *también* a los demás. Con el correr de los años, este objetivo estuvo próximo a ser logrado. El primer problema que se nos plantea es a qué costo en relación a sus demás objetivos estratégicos proclamados.

Pero a diferencia de la izquierda, en cambio, el peronismo revolucionario no realizó congresos ni designó a sus líderes en un proceso de participación colectiva. Por el contrario, trasladó el verticalismo y la dedocracia del movimiento al interior de las propias organizaciones que luchaban precisamente por renovar la "irrepresentativa" plana dirigente. El resultado fue, en algunos casos, un autoritarismo marcado. Y aludimos así al segundo problema que se nos plantea: el peronismo revolucionario, sus agrupaciones, ¿contribuyeron efectivamente a forjar las bases duraderas de una práctica capaz de "liberar" las potencialidades revolucionarias de un movimiento de masas "frenado" por sus dirigentes?

Pero, a nuestro entender, el problema central es otro: la relación que existe entre las formas organizativas asumidas por el peronismo —y que llamaremos tentativamente *movimientistas*— y la naturaleza del comportamiento político de las masas bajo ciertas condiciones específicas de la sociedad y la lucha social.

Importa aclarar que, al hablar de formas movimientistas, aludimos de manera precaria a una realidad multiforme que, lejos de ser una creación exclusivamente peronista, inunda la historia de las luchas populares de América Latina y que en las últimas décadas puede ser reencontrada cada vez con mayor frecuencia en numerosas manifestaciones políticas transitorias de un nuevo signo opositor en las sociedades industriales avanzadas. La ciencia política, infelizmente, aún no ha rescatado plenamente al movimientismo como objeto específico de análisis y tampoco lo ha convertido en *modelo*, razones por las cuales los movimientos continúan presentándose en desventaja a nuestros ojos. Más aún, en lo que se refiere al peronismo, no ha sido solamente el aspecto "programático", ni el político lo que ha alejado o frustrado sistemáticamente a los sectores revolucionarios más o menos marxistas: también ha contribuido, un tipo de dinámica política interna, un *modo* de producción política y de relaciones de poder propias del movimiento.

En nuestra hipótesis, la naturaleza del comportamiento político de las masas se encuentra estrechamente ligada a las formas que asume y, en este caso, al movimiento peronista. La supuesta inorganicidad que para la izquierda es el gran inconveniente del peronismo y para las capas medias peronzadas y revolucionarias

llegó a ser una eufórica vía de acceso al folclore popular, es tan buena o tan mala como que el capitalismo argentino haya sido tardío y dependiente. Entenderlo como inorganicidad, como "espontaneísmo", como "bajo nivel de conciencia", etc., es poner de manifiesto que se lo está sometiendo a un código que no permitirá tampoco descifrarlo nunca. La precariedad imputada a las formas organizativas movimientistas es sólo aparente e incapaz de dar cuenta del comportamiento político real de la clase obrera argentina, mucho más próximo al de un cuerpo disciplinado que al caos que se pretende.

La organicidad abierta del movimiento puede constituir un punto de partida para superar la tradicional antinomia entre partido de cuadros y partido de masas en la medida en que, más próximo a este último, deja pendientes formas institucionales que permiten la libre existencia en su seno de núcleos y corrientes de cuadros que prueban su verdad no en los documentos anuales sino de cara a las bases, en la misma lucha política diaria. Por su dinamismo, por las posibilidades participativas que contiene, por su flexibilidad ante las circunstancias de la lucha, por su capacidad para combatir cualquier esclerosis partidaria y por su agilidad para generar respuestas de las bases ante las posiciones de los dirigentes, las formas movimientistas deberían ser, tal vez, materia de atención. En la práctica, los grandes partidos de masas tienden a funcionar con muchas de estas características, aunque previsiones estatutarias relativamente complejas sirvan para disimularlo.

Para el peronismo revolucionario, la formalización del partido u organización cerrada de cuadros dentro del propio movimiento entraña una paradoja: por una parte, ha reconocido siempre la forma movimientista como propia de las masas peronistas, pero al mismo tiempo ha buscado sobreimponerle otro modelo cuya índole es, a la larga, incompatible. Lo curioso es que ni el propio peronismo revolucionario ha logrado superar un modelo que, con los reajustes introducidos por el leninismo, resulta el continuador de la primitiva idea burguesa de partido, es decir de la idea liberal-racionalista de acción social.

Atado a un modelo de organicidad cerrada en medio del movimiento de masas, el peronismo revolucionario ha terminado reiteradamente paralizándose en el desarrollo de su propia producción política y, sobre todo, en el desarrollo de su articulación con el resto del movimiento. Puede pensarse, asimismo, el papel que cumple este intrínsculo organizativo como precondicionante objetivo hacia formas políticas alternativas.

Demasiado atraído por la idea de vanguardia, fuertemente influido por el pensamiento de izquierda de la época, el peronismo revolucionario mostró mayores dificultades para el desarrollo de una articulación política con el conjunto cuanto más maduro y preparado para la batalla interna parecía y se creía. Atraído por la idea de vanguardia y cada vez más lejos de conducir efectivamente al conjunto (con la única excepción, tal vez, del período noviembre de 1972/mayo de 1973), el peronismo revolucionario, que siempre se supuso a sí mismo la expresión auténtica de las esencias del movimiento, no pudo nunca, en realidad y aunque sea crudo decirlo, ser más que un sector minoritario.

A modo de colofón

Las preguntas quedan planteadas. No pretendemos agotar el tema ni tampoco abarcarlo siquiera en su totalidad. Simplemente ampliar los términos de un debate conveniente que comienza.

Pero creemos que este debate sería todavía estrecho si no se planteasen, además, otros interrogantes decisivos.

¿A quién estaría dirigida políticamente una propuesta peronista revolucionaria, y, por lo mismo, cuáles serían las posibilidades políticas de desarrollo que podría tener en el país hoy? ¿Al grueso del movimiento obrero? ¿A sectores reducidos de éste? ¿O, más bien, a recoger los destrozados de la debacle, a los dispersos sectores *ex*?

¿En qué medida, y más allá del aparente juego de palabras, no ha llegado el momento de preocuparse un poco menos por la formulación de políticas para el peronismo revolucionario y un poco más por la formulación de políticas objetivamente revolucionarias para el movimiento en su conjunto?

El pensamiento vivo de Rodolfo Galimberti

Jorge Luis Bernetti

A fines de 1973, consecuente con el mandato de Perón de enfilear las naves justicialistas contra el acuerdo electoral propuesto por el general Lanusse, el doctor Héctor Cámpora —como delegado personal del líder exiliado—, ofreció a un teniente forzosamente retirado del ejército —Julían Licastro— y a un activista de origen nacionalista —Rodolfo Galimberti— sendos cargos en el Consejo Superior del Movimiento.

Si Licastro quedó prontamente enmarcado en los rituales de la liturgia y la exégesis doctrinaria, Galimberti, a contrario sensu, se convirtió en el verdadero exponente del impulso militante y transformador que provenía de la Juventud Peronista. El hábito de cambio, renovación y vigor que los jóvenes aportaban al treinteaño movimiento no había dejado de ser percibido por el sensible olfato político de Puerta de Hierro. Entre la insurgencia obrera, la guerrilla y el abrazo de la cultura nacional, el peronismo se convertía, una vez más, en el instrumento de protesta y alternativa del país argentino. La juventud del peronismo encarnaba, de manera contradictoria, pero potente, las banderas de la renovación (“trasvasamiento generacional”), el progresismo (“socialismo nacional”), el rescate pleno de los contenidos antimperialistas y antioligárquicos del justicialismo. De toda esa etapa del retorno de Perón y de la victoria electoral de marzo, Rodolfo Galimberti ha sido un protagonista por derecho pleno conquistado con una extraña combinación de lucidez en el análisis político, audacia en el largo plazo, coraje físico en el corto y aventurerismo consecuente.

Antiguo militante del agrupamiento nacionalista Tacuara, Galimberti se inició temprano (lo dijo en memorable ocasión ante el propio General en confrontación exasperada con Norma Kennedy) en la “dialéctica de las pistolas”. Pero, en solitaria combinación para la política joven del peronismo, la ligó con la otra dialéctica, la de Hegel y también el materialismo de Marx, ligados a una visión revisionista crítica de la historia política argentina.

A esta altura se impone recordar que Galimberti no fue, en esas épocas, un dirigente de la unanimidad. Por el contrario, el Consejo Provisorio que formó para organizar la JP tropezó de movida con el abierto choque de los sectores movimentistas del juvenilismo, prestos en la ocasión para encontrar algún perdido artículo de fe, (como la Iglesia Católica de Enrique VIII frente al Papa) para enfrentar una ortodoxia, madreleña en este caso, que no podía saberles bien. Pero tampoco Galimberti era entonces un montonero orgánico (encuadrado, como se comenzaba a decir entonces, con dudoso gusto), sino la cabeza de un “nucleamiento” exageradamente denominado *Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional* (JAEN). Negociaciones, tironeos, *lucha interna* antes de ser aceptado, presidieron toda una etapa culminada el 25 de mayo de 1973. Claro que es necesario señalar que el *Loco* no fue un favorecido por el poder vicario delegado por los Montoneros. Con brillo y planteos propios, aportó una verba petardista y revulsiva que contribuyó significativamente a congregarse, con más o menos disciplina, a las juventudes detrás de los objetivos de la conducción peronista en los primeros años del 70.

Pero no sólo fue verba. Hubo, ante todo, un estilo. La jactancia, el refintín compadrito de nuevo cuño, el permanente desafío al gobierno militar y a los sectores moderados del peronismo, entusiasmaron a los *jotapés*. Críticas a su dinámica las hubo a montones, y el relato del anecdotario galimbertiano, falso o verdadero, se constituyó en un deporte para-político.

Galimberti

Montoneros. Estructura interna

“La modalidad de construcción de la organización fue la de negar que hubiera diferencias de criterio. Históricamente, la organización aparecía como una cosa homogénea, monolítica; pero eso no era así. La disciplina aplastaba la discrepancia, pero el diseño existía. La manifestación clara de esta articulación se daba con la estratificación del poder interno: poca gente con inteligencia, con pensamiento independiente o con vocación por no renunciar a reflexiones sobre el proyecto que desarrollábamos pudo pasar de teniente primero o capitán.”

Montoneros, exilio, derrota

“En la lectura de la *M* no había derrota, y como no había derrota los que se iban de la Argentina eran desertores. Además, eran desertores con poca perspectiva, porque no veían que la victoria estaba cerca. Y, sin embargo, aparecieron 400 mil desertores. La cosa era como para preguntarse si no había alguna equivocación, si no íbamos perdiendo.”

¿Por qué esa forma de ruptura?

Los recursos económicos

“Yo no voy a entrar a definir acá la magnitud

de las injusticias internas respecto al acceso —o no— a los recursos del aparato. Había que cuestionar el espacio de legalidad interna. Había que decir: sí, efectivamente, nos llevamos *la guita* y no nos llevamos más porque no pudimos, porque estamos convencidos de que somos tan dueños de ese dinero como Firmenich. Nosotros pretendemos que, quienes administran ese dinero para la conducción de Montoneros, reflexionen sobre su actitud.”

¿Por qué nos llamamos “Montoneros auténticos”?

“En principio había un problema de honestidad política. Los que estamos tratando de producir esta propuesta tenemos una cuota de responsabilidad bastante grande con la experiencia de los Montoneros. No podíamos irnos, entonces, por la puerta de atrás. Quizá si algunos hubiéramos sido menos conocidos podríamos haber salido por la puerta de atrás y haber aparecido —¿no es cierto que esto pasa?— en otros sectores del movimiento diciendo: ‘¡Qué barbaridad, qué disparate esto de los Montoneros!’, olvidando que hasta ayer uno había sido un tigre, que rugía las mismas ferocidades que hoy criticamos. Había que explicar porqué habíamos esta-

El socialismo, la guerrilla peronista, la tradición combativa del peronismo de izquierda fueron sus temas favoritos, que lo identificaron hacia adentro y hacia afuera del peronismo. Cuando Héctor Cámpora levantó su brazo en abril de 1973, junto con el de Juan Manuel Abal Medina (todavía hoy luego de cuatro años impedido de abandonar Argentina), en el balcón de la sede justicialista de las calles Santa Fe y Oro en Buenos Aires, simbolizaba con ese gesto la característica victoriosa de ese peronismo. Después se desató el paquete del peronismo en el poder. Cámpora, Ezeiza, Lastiri, el 23 de septiembre, la lucha interna, la muerte de Perón, Isabel-López Rega. Galimberti siguió el camino del montonero, ahora arrojado a la oscuridad partidaria interna. La práctica, *dizque* maoísta de la burocracia, lo obligó a convertirse en albañil por un año. El manejo de la pala fue interrumpido por un drástico ascenso a la superficie para presidir, como director de *La causa peronista*, el desagradable episodio de la segunda muerte (ahora, periodística) de Aramburu.

Montoneros

Fue el tiempo que dibujaba el desenfoque de la realidad para la izquierda peronista y no peronista. La ofensiva de la derecha militar y civil, el fracaso del gobierno justicialista, la alegre marcha hacia una guerra “popular y prolongada” que no sería ni lo uno ni lo otro. Luego, la dictadura más dura de la historia argentina. La derrota guerrillera, sindical y democrática. Y desde 1974 a 1979, aquella figura juvenil de accionista independiente, crítico y analítico, se enfeuda a una política triunfalista, pero que perdía. En abril de 1977, la constitución del Consejo Superior del Movimiento Peronista Montonero lo hace retornar a la primera fila, pero ese Consejo no era el de 1971. Parece increíble que sólo en febrero de 1979 Galimberti (“el capitán Rodolfo Galimberti”), decidiera decir que “la guerra ha terminado”. Habría que poner para equilibrar los tantos, junto a este récord, sin duda negativo, el hecho de que su palabra —junto a la de otros militantes— haya sido la primera voz crítica pública de la política montonera proveniente de dentro.

En fin, sobre los momentos y las formas de la ruptura partidaria, nunca más atinado decir el lugar común: “se pronunciará la historia”. Por que lo que más acucia hoy al exilio argentino (el único público de todas estas acciones y de los comentarios que se escriben sobre ellas), es hacia donde ir. El cuestionamiento, la revisión, vamos, la reflexión crítica, se imponen tanto en la diáspora argentina que cualquier movimiento renovador despierta expectativas. El texto que se transcribe a continuación constituye una selección de las casi 70 cuartillas que insumió una larga exposición de R.G. realizada en México. El 1 de febrero de este año, R.G. habló ante unos 70 argentinos jóvenes, la inmensa mayoría ex militantes montoneros. El antiguo delegado juvenil (ahora de 34 años), contestó preguntas por más de 4 horas, con la característica antiritual de su lenguaje pintoresco, anecdótico y descarnado. Porque Galimberti sabe herir a los demás, pero refrirse con sabrosura de sí mismo. Esta selección escueta de sus palabras constituye un aporte al debate que se realiza en el peronismo de izquierda, el peronismo revolucionario que ha sido *pre* y ahora es *post* montonero. La temática que se inscribe en las palabras de R.G. es amplia. Muchas de sus afirmaciones contundentes, constituyen puntos discutibles. Problematizar a partir de la política, la historia y, en primer lugar, el porvenir de la izquierda peronista, ha comenzado ya hace tiempo; las propias páginas de *Controversia* han contribuido a reproducir posiciones contrapuestas y enriquecedoras en este sentido.

La izquierda peronista, bueno es repetirlo aquí, no posee hoy dueños ni propietarios. Más bien tiene deudas con el justicialismo, con la clase trabajadora y consigo misma. Porta sobre sus espaldas el peso doloroso de muchos muertos y de “la gran frustración” de esa Argentina que amanecía espléndida con el sol del 25 de mayo. Tiene un porvenir difícil en lo inmediato y quizás también en lo mediato. Pero sería una inconsecuencia y un error no discutir lo que se hizo —lo que hicimos— en esos años y como se puede marchar en el peronismo para plantear una política de cambio estructural de la sociedad argentina. Deben oírse muchas voces, pero ésta que se expande a continuación es de las necesarias en este debate de reconstrucción. Se debe recordar, claro, que nerudiando un poco, “nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”.

J. L. B.

do allí durante tantos años. Explicar todo el proceso de la convergencia de la tendencia revolucionaria en Montoneros. Este proyecto era, en términos concretos, la superación de impotencias anteriores; la estructura única, la organización nacional; la posibilidad de construir esa herramienta que siempre habíamos querido diseñar en el peronismo y, especialmente, en el peronismo revolucionario. Salir de la impotencia de cuando siempre nos pegaban, para empezar a pegar. Resolver, además, todos los problemas de los recursos económicos. Construir, materialmente, el sueño de todos: una organización revolucionaria que ligase a todos los sectores de la izquierda del peronismo, sintetizara la experiencia de la Resistencia y se plantease la conducción del Movimiento. Se fracasó en eso. Pero no se puede saldar un proceso de 10 años de lucha —y que ha tenido repercusiones de la magnitud de la que éste tuvo en la Argentina—, diciendo, de la noche a la mañana: ‘no tengo nada que ver con eso’.”

Autocrítica

“En el peronismo nos equivocamos todos. Los Montoneros nos equivocamos una barbaridad, sin duda, pero el resto de los sectores del Movi-

miento también erró, empezando por Perón. Se equivocaron todos; se equivocó la conducción oficial del movimiento obrero (que llamábamos antes despectivamente *burocracia sindical*; observen ahora que la llamo conducción oficial del movimiento obrero). Se equivocó la compañera Isabel, se equivocaron todos, absolutamente todos. Por eso, hay que ver nuestros propios errores para hablar de los yerros de los demás. Hay que empezar por los de uno. Nosotros comenzamos con una reflexión crítica sobre nuestra propia experiencia. De allí parte nuestra posibilidad de hablar de las deficiencias de los demás. No vamos a hacer el reduccionismo de creer que todo lo que pasó en la Argentina fue producto de las falencias de los Montoneros. Sería un acto de soberbia insostenible. Esto, que algunos parecieran formular, no es cierto. Lo que sí es cierto es que los errores de Montoneros contribuyeron al desastre general. Hay que hacer una reflexión autocrítica desde la propia política. Luego, uno tiene la posibilidad, respetuosamente y sin provocaciones, de reflexionar críticamente sobre los errores de los demás protagonistas. *Nosotros pensamos que no hay retorno del peronismo al poder si no hay unidad, pero también estamos convencidos de que no hay unidad sin autocrítica.* Y no digo autocrítica desde el punto de vista de la flagelación. Como nosotros hicimos la nuestra, que los otros hagan la propia. Es la única herramienta que nos va a permitir no volver a cometer los mismos errores del pasado. Ahora hay que preguntarse, ¿en todos estos años siempre cometimos errores? No, no siempre fue así. *Incluso los jefes que en estos tiempos son la manifestación del poder burocrático no siempre fueron así.* Por todo ello, para nosotros, lo más adecuado fue asumir ese código común de haber transitado por esa misma experiencia y reivindicar el nombre de Montoneros, al menos en esta etapa, *por las buenas razones por las cuales habíamos estado allí.* En cuanto a los que se fueron antes que nosotros, creo que no podemos comenzar a pasarnos la factura, porque no faltará el que se fue en 1976 y aparezca el que salió del aparato en 1974 y haga los reproches correspondientes. *De cualquier modo, la lucidez hay que reconocerla.* Pero también quiero puntualizar que hay gente que se retiró antes porque salieron de la dureza de la lucha revolucionaria y no porque estuviesen en desacuerdo con la política montonera.”

Memoria popular

“Por otra parte, cualquiera de nosotros, montoneros o ex montoneros, que vuelva mañana a los frentes o zonas donde actuaba, se encontrará con una recepción no del tipo ‘ahí viene un montonero que se abrió’, sino ‘ahí viene un montonero’ y ‘que suerte que te salvaste, pero yo te decía que esto era un desastre’. *Es decir, hay que asumir las responsabilidades de una política y saber que existe una implacable memoria popular.* Ahora bien, en el país la gente putea contra los Montoneros, pero no de la misma manera que se hace en el exilio, porque falta una profundización de la reflexión crítica. Realiza un reconocimiento del heroísmo, critica la realidad de la organización que conoció en su zona, pero obviamente no abarca al conjunto de la política de la misma.”

Existencia de Montoneros

“El MPM no existe, no existió jamás. Es una mentira astronómica. Los que sostienen que el MPM tiene un hombre, uno solo, en el país, que me lo lleven y me lo demuestren. No existió jamás. La organización dejó de existir en el país en el año 1978. Lo que quedó fue una manifestación residual que combatió fundamentalmente en una práctica de defensa propia; esa gente tenía que combatir porque si no la mataban igual. Y después las manifestaciones de tipo exteriorista: las publicaciones que se enviaban desde el exterior, tratando de mantener a la gente encuadrada. Esto es doloroso, pero real; hay que decirlo, porque si no estamos perdidos. La gente recuerda a Montoneros hasta el 76.”

¿Qué expresó el peronismo revolucionario?

“Hagamos un balance de lo que fuimos. Ligado al proyecto del peronismo revolucionario hubo, alguna vez, 500 mil compañeros. El espacio que representaban estos 500 mil era, con todo, más

amplio. No son palabras mías: son conceptos que pertenecen al general Dalla Tea, que era jefe de inteligencia del estado mayor del ejército: las proyecciones que hacían los militares progresistas del ejército que querían ligarse a nosotros. Cuando nosotros exagerábamos diciendo que éramos el 50% del movimiento, ellos no decían que no, pero teníamos —potencialmente— dos millones y medio de votos, lo que era una auténtica barbaridad para el peronismo revolucionario. ¿Qué fue lo que pasó? *¿Esto expresaba solamente a la pequeña burguesía, como es de buen tono decir ahora?* Es cierto que las estructuras de conducción del peronismo revolucionario estaban formadas por cuadros provenientes de la pequeña burguesía urbana, pero cuando uno bajaba en la pirámide organizativa existía una gran presencia de la clase obrera. Recordemos los aplausos a nuestras columnas en Ezeiza de parte de los de la JSP. Existía una gran expectativa, simpatía y apoyo de los sectores jóvenes de la clase obrera y, especialmente, de los trabajadores del interior. Los sectores más concentrados de la industria, aquellos que habían peleado contra Onganía, Levingston y Lanusse, tenían una ancha corriente de comunicación con nuestra política. No afirmo que existiera un mecanismo de representación sólido y eficaz (en gran parte porque nos ocupábamos de ponerle un zapatazo en la cabeza a los dirigentes representativos de esos sectores, *controlándolos* y no integrándolos), pero se manifestaba esa adhesión a nuestra política. Había una expectativa en nuestra política apoyada en la resistencia y en la lucha armada.”



Política de Perón y peronismo revolucionario

“Existió además una coincidencia objetiva con la política de Perón. Entre los años 1972 y comienzos de 1973 (es decir, hasta el 11 de marzo), Perón realizó una política sumamente coincidente con la del peronismo revolucionario. Perón hablaba de “socialismo nacional”, “trasvasamiento generacional” y “cada joven con el bastón de mariscal en la mochila”. Los discursos de Perón del 69 en adelante hablaban de esta temática, lo que remite al talento político de Perón. Es decir: emergencia de los sectores juveniles, radicalización de un amplio sector de la clase obrera y aparición de la guerrilla. Recordando un diálogo con Perón, cuando le dije: ‘General, la preocupación de muchos compañeros es que el cordobazo no se hizo con banderas peronistas; la clase obrera sigue siendo peronista, pero las banderas, no.’ Y Perón respondió: ‘Esa es mi mayor preocupación, Galimberti. Lo que hay que hacer es que los muchachos estén al frente. *Pero con los sindicalistas que tenemos...*’ Claro que él no era estúpido. Se dirigió a la posibilidad de contener en el Movimiento a esa vanguardia del movimiento obrero. Perón no se proponía contener a la pequeña burguesía radicalizada, sino fundamentalmente a los sectores obreros que estaban dando la lucha. Esto fue lo que permitió que hubiera unidad en el peronismo. El fenómeno de unidad del peronismo en el 73 se dio en torno a una política combativa, intransigente, no en base a la inmensa impunidad que tenía Perón para decir cualquier cosa. Esa política tenía su representación en el país en el doctor Cámpora. Creo, muy personalmente, que si el movimiento no hubiese tenido esa línea hu-

biese sido muy difícil que hubiera mantenido una posición unitaria.”

El peronismo y sus crisis antes de 1973

“Hay que recordar en los 18 años antes de 1973 las dificultades por las que atravesó el peronismo. En el 58, Perón envió la orden de votar por Frondizi y hubo 800 mil peronistas que votaron en blanco, porque no estaban de acuerdo. Se puede hablar de 1963, se puede hablar de 1964 cuando vino Isabelita. Y no hablemos del 65, con el vanderismo insurrecto, porque eso era ya la hecatombe. Y del 66 al 68, los viejos peronistas, los que militaban ya en el peronismo en esa época, y también los que tenían algún interés político, deberían recordar que el General practicaba una gimnasia que consistía en desensillar y volver a ensillar. No había ninguna orientación concreta, el Movimiento estaba en una situación muy difícil. La situación era confusa, el grueso del movimiento obrero se había comprometido con Onganía, tratando de reconstruir el modelo de ‘diez años de felicidad y prosperidad’. Se equivocaron: Frondizi no era Perón, Krieger Vasena no era Miranda. La situación del Movimiento era muy difícil: venía de derrotas como el operativo Retorno (frustrado) de 1964 y el levantamiento vanderista de 1965.”

“Por ello, por todo ello, la reflexión que debemos redondear es aquella que nos permite entender el acierto de la política de Perón, el *aggiornamento* ideológico, que logró plasmar una política unitaria. Esa política no fue dirigida, exclusiva y principalmente, a nuclear a la pequeña burguesía (que, por otra parte, sin esa línea hubiera votado en 1973 por Alende), sino fundamentalmente a nuclear a la clase trabajadora. Esto tiene que ver con el alto nivel de conciencia de la clase obrera.”

Peronismo y movimiento obrero

“La situación que vive el movimiento obrero después del golpe del 76 no es nueva. No quiero aparecer con cara de viejo de la Resistencia peronista diciendo: ‘esto es lo mismo que antes’. No, es mucho peor que antes, pero también existe la experiencia de la Resistencia y no todo se va al carajo. La experiencia de la ilegalidad que tiene el movimiento obrero le permite la posibilidad de desestabilizar un proyecto como el de Martínez de Hoz. La política del peronismo revolucionario debe insertarse en la clase obrera con una propuesta organizativa. Ya dijo Lenin que ‘el movimiento obrero, por sí solo, llega hasta el tradeunionismo’.

En la Argentina, este tema lo podemos plantear así: *la práctica de la clase obrera es revolucionaria porque es cuestionadora de los proyectos del imperialismo en la Argentina y del poder patronal. Es objetivamente revolucionaria y tiende a desestabilizar el proyecto de la oligarquía argentina. Pero cuando esa práctica se manifiesta en forma orgánica dentro del movimiento, lo hace a través de una posición que no ofrece una alternativa de transformación que contenga al conjunto del movimiento obrero.* Es la contradicción entre la práctica concreta del movimiento obrero y las formas político organizativas que segrega. No estoy hablando de la CGT, estoy hablando de las 62 Organizaciones. Su desacierto no es que no hayan asumido el socialismo sino no haber ofrecido una alternativa política real. En definitiva, quiero decir que *el peronismo revolucionario no era ni JAEN, ni el MRP, ni el CENAP, ni todas esas siglas impronunciables* (de algunas de las cuales yo he sido miembro benemérito), *sino la clase obrera peronista que desestabilizaba en cada caso el proyecto de turno del sistema.* Las agrupaciones existían; nosotros estábamos ahí tratando de capturar la organización del movimiento, o sea, con la hermenéutica adecuada, tomar el último discurso del Viejo para demostrar que el Viejo estaba a la izquierda. *Pero, en realidad, lo objetivamente revolucionario en el Movimiento es la práctica de los obreros.* Pensamos que hay que afinar la existencia del peronismo revolucionario en la práctica concreta de la clase obrera, haciendo una lectura histórica del proceso histórico inmediato (del 55 al 73, no sólo del 69 en adelante, como pretenden algunos alegres análisis simplificados que están de moda). Es decir, volver a hablar de las luchas del 59 al 62, de los programas de Huerta Grande y La Falda y la CGT de los Argentinos, proceso, programas y organizaciones de las que muchos parecen súbita-

mente haberse olvidado. Sumarle a eso las experiencias de la resistencia obrera bajo la Libertadora, y la violación masiva de la propiedad privada con los Planes de Lucha del 63-64.

"Hay que realizar un estudio prolijo de toda esa historia, desentrañar la base objetiva del peronismo revolucionario, porque cuando tuvo esa base obrera, tuvo la posibilidad de expresarse en la conducción táctica del Movimiento y contó con el apoyo de Perón. Porque la política del 72-73 era la política del peronismo revolucionario. Y si no, recuerden las cosas que decía Perón y los horrores que decíamos nosotros. Eramos incendiarios pero no nos diferenciábamos. Ojo, que si decíamos otra cosa no sé si nos votaban los obreros de SMATA o los de Villa Constitución. Y nos votaron también los pequeños burgueses tremendistas y los psicólogos que se reunían en la calle Santa Fé. Ahora todos tienen una mala memoria espantosa, y como venimos de perder nadie tiene nada que ver con el peronismo revolucionario."

Los errores de Perón

"Nosotros fuimos derrotados, nos aplastaron, en el marco de un retroceso global y de una ofensiva de las clases dominantes y de la desarticulación del Frente Nacional del 73. Hubo errores en este sentido de todos los sectores. Ya he mencionado los de Perón; voy a hacer referencia otra vez. (Ahora tenemos una situación diferente: Perón no está más. Ello no es una ventaja, como piensan algunos tontos, sino que es una desventaja. Puede que resuelva algunos problemas, pero son más las complicaciones que trae.)"

"El error principal de Perón, pensamos nosotros, fue la ausencia de definición de un proyecto claramente diseñado hacia las masas. Perón intentó un modelo de conducción que no tenía vigencia en relación con el nivel de conciencia que el conjunto del pueblo había alcanzado, en especial la clase obrera. Y se equivocó, por supuesto, al ponerla a Isabel. Cuando Perón insistió, por ejemplo, en que los interlocutores para la clase obrera eran los dirigentes tradicionales del movimiento obrero que iban todos los jueves a las reuniones de la CGT,

se equivocó. Perón podría haber producido un *aggiornamento* interno del movimiento obrero, de renovación, que hubiera permitido al Movimiento un notorio fortalecimiento de las representatividad en el momento de apertura de un proceso democrático como el del 73. Por otra parte, si la izquierda peronista se hubiese dado un espacio —y no hubiese estado bajo la conducción nacional de Montoneros— hubiera podido intentar algo así. Esto, con algunos compañeros que están hoy acá, lo intentamos; es decir, tratar de llegar a un acuerdo con los sectores más lúcidos del sindicalismo peronista, los sectores dirigentes, de gremios como el metalúrgico, a los efectos de iniciar un proceso de apertura democrática sin plantear la revancha ideológica (es decir 'el socialismo nacional', 'la patria socialista'). Fracasamos porque no era la política que planteaba la conducción de Montoneros."

"Cuando afirmo que no hubo la definición de un proyecto por parte de Perón, me refiero a que el General, salvo en el discurso del 12 de junio, mantuvo la ficción de que el peronismo no tenía enemigos. Es que en el 73 se hacía aparecer que el peronismo no tenía enemigos. Perón no hizo lo que durante los 10 años anteriores, cuando tomaba el micrófono y hacía unos discursos larguísimo como los de Fidel Castro, donde explicaba todo y convocaba contra la política del enemigo. En esta última etapa Perón tendió a desmovilizar. Porque sobrevaloró el riesgo que significábamos nosotros, la izquierda peronista."

"Hay que discutir (y sobre eso no vamos a dar una respuesta hoy porque lo conversamos todavía) el proyecto económico de Perón: el plan Gelbard. *Estamos convencidos de que nosotros cometimos errores y desafortunados al cuestionar el proyecto de Gelbard sin definir un proyecto alternativo real.* Es decir, no teníamos una respuesta seria como para decir: 'el socialismo nacional es esto; tenemos tal propuesta para la expropiación de la oligarquía, tal plan para la producción de energía'. *En realidad, no teníamos nada. Era aquello la aventura loca. Es decir, la izquierda peronista tampoco tenía un proyecto de alternativa, seriamente elaborado.*"

Socialismo: ¿qué modelo?

"No proponemos ningún modelo autoritario; no somos como aquellos que dentro y fuera del peronismo piensan que se puede hacer un socialismo autoritario. Estamos convencidos porque, en el mejor de los casos, nosotros tuvimos con Perón el 62 % de los votos; con Cámpora el 51 %. Pero, ojo, que el otro 49 % no estaba con nosotros. Y a toda esa numerosa gente no se la puede matar, como piensa el general Menéndez que se debe hacer con nosotros. El problema del socialismo en la Argentina es complejo, porque en nuestro país existe un desarrollo capitalista con tradición. El desarrollo de las clases sociales y de la estructura del estado es también denso y peculiar. Eso no se resuelve poniéndose un uniforme y diciéndose *comandante*. Hay que definir cuál es el modelo económico posible del socialismo nacional que queremos y cómo se inscribe el mismo en el mercado mundial. Aportar al perfil teórico de tal patrón, cuya construcción contribuye a la acumulación de poder hoy. Atención, no propongo una suerte de *licastrismo*, es decir, juntamos materia gris, preparemos los cuadros para tomar el poder y, en realidad, no sabemos cuándo ocurrirá tal cosa. Esta construcción de un modelo sirve para la acumulación de poder hoy; sirve para convencer a un coronel de Fabricaciones Militares que está peleado con Martínez de Hoz porque no quiere que privaticen su empresa. Y sirve para decirle a los compañeros trabajadores: 'lo que se debería hacer en el poder en tal y tal tema específico es esto'. Porque, con cuidado, todos los que están resistiendo hoy no quieren volver a vivir la experiencia del 73, esto es, no saber qué carajo proponía el movimiento justicialista. Eso también es el resultado de la autocritica, porque existe tal visión reflexiva en las masas y el pueblo posee una memoria colectiva. Este proyecto y esta alternativa reales (que son una forma de acumulación de poder del peronismo hoy, constituyen una responsabilidad del conjunto de aquellos que reivindican al peronismo, desde la perspectiva de la transformación profunda de la sociedad argentina) no se resuelve, como di-



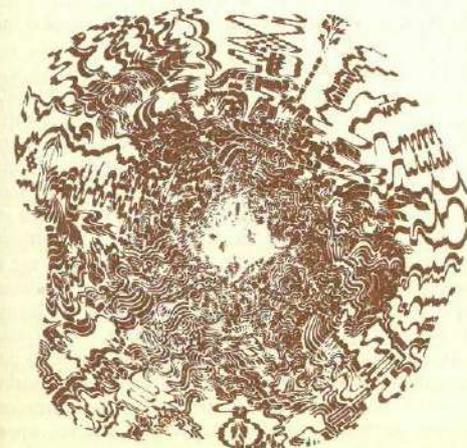
SIGLO VEINTIUNO EDITORES

ECONOMÍA POLÍTICA DEL TRABAJO

Paul Singer
232 pp.

LA TEORÍA DEL SUBDESARROLLO DE LA CEPAL

Octavio Rodríguez
384 pp.



MITOLOGÍAS

Roland Barthes
264 pp.

EL ESTADO ABSOLUTISTA

Perry Anderson
600 pp.

ANTROPOLOGÍA ESTRUCTURAL, II

Claude Lévi-Strauss
352 pp.

LA MUJER CUBANA EN EL QUEHACER DE LA HISTORIA

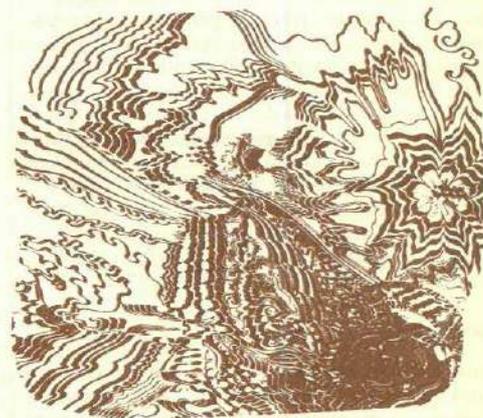
Laurette Séjourné
428 pp.

PATRIARCADO CAPITALISTA Y FEMINISMO SOCIALISTA

Zillah R. Eisenstein
320 pp.

EL ESTADO EN LA PERIFERIA CAPITALISTA

Tilman Evers
232 pp.



EL DESARROLLO DE LAS IDEAS REVOLUCIONARIAS EN RUSIA

Aleksandr Herzen
272 pp.

LOS CRÍMENES DE LOS PODEROSOS

El marxismo, el delito y la desviación
Frank Pearce
240 pp.

EL PSICOANÁLISIS, EL ORDEN PSICOANALÍTICO Y EL PODER

Robert Castel
272 pp.

ce bien en este caso Portantiero, 'convocando a la nostalgia'."

Perón y sus errores con las FFAA

"Existe un error muy grave de Perón que es en relación con las FFAA. Perón volteó a fines de 1973 la única conducción militar adicta que tenía, que era la del general Jorge Carcagno. Del coronel Cesio, el secretario del comando y hombre de confianza del entonces comandante en jefe del ejército, dijo que era del ERP. En fin, por supuesto que no se lo creía. A Carcagno lo volteó porque pensó que esa conducción *rosca-ba* políticamente con los Montoneros. Pero ese no era el problema sustantivo para analizar en esa etapa desde el centro del poder. Lo fundamental era que esa conducción controlaba un proceso de lucha interna por el poder en el interior de las FFAA y podía en dos años resolver el problema de los altos mandos. Pero claro, Carcagno no iba a desorganizar el ejército, ni a sembrar una conciencia nacional ni antimperialista en las FFAA, porque esa institución está colonizada desde hace mucho tiempo por el imperialismo y tiene una estructura de pensamiento que responde a los intereses de las clases dominantes, tema que no se resuelve en dos años. Pero el problema del poder concreto e inmediato, sí se resolvía y no alcanza con la excusa eterna de la 'inevitabilidad de los hechos'. Perón cometió un error y volteó a la única conducción que casualmente reivindicaba una postura que era próxima al peronismo. Estuvo la intencionalidad del coronel Damasco, pero eso no caminó desde el comienzo. En las FFAA existía un agotamiento muy grande, como resultado de ver fracasar su proyecto. No digo que todos los tenientes eran Licastros, pero hubo bastantes como él y mucho más que él, como todos los compañeros militares que combatieron en nuestras filas, como Urien, que está preso, o como Lebrón que murió en Tucumán. Ese agotamiento político no era el inicio de un fenómeno pujante de nacionalismo radicalizado. Marcabá, empero, un fenómeno de expectativa nacionalista burguesa, bastante reaccionaria, respecto del peronismo. Esa expectativa no se aprovechó y fue, reitero, un error. Reflexionen ustedes sobre los que vinieron después, o quedaron entonces, como comandantes. Numa Laplane, por ejemplo, el amigo de López Rega; o Fautario, de la Fuerza Aérea, que era un desastre. Perón no se dio una política concreta para los militares; hizo lo contrario de lo que había construido en su anterior gobierno. Porque Perón edificó su poder, entre otras cosas, sobre la representatividad que tenía en las FFAA cuando era coronel. Lo del GOU no era mentira, era cierto. Y Perón ejecutaba una política en las FFAA con una banda de tipos que le eran muy adictos, desde aquél jefe de policía, el general Filomeno Velasco, su amigo (correntino y matón), que era el *capo* de la Federal el 17 de octubre de 1945. Porque, se imaginan, que sin ellos lo hubiesen sacado a Perón a patadas aquel día. ¡Ojo!: el 17 de octubre no lo hicieron solamente las masas, sino una conducción acertada, que incluía esa política en el interior de la institución militar. Por ello, es necesario discutir el valor de la orientación que se planteó en ese mismo nivel, en el '73, dentro del marco de revisión de lo que se hizo entonces."

Cámpora

"Muchos compañeros preguntan: ¿qué pasa con Cámpora? Creemos que en el caso de Cámpora las cosas están claras a partir de una definición correcta de los problemas políticos que tenemos que enfrentar. Si el compañero Cámpora hace lo que se debe hacer en esta etapa, vamos a estar con él. Sin duda, es el compañero más destacado que se podría encontrar para un proyecto de reconstrucción de la tendencia revolucionaria del Movimiento con vocación unitaria. Pero, si en lugar de eso, Cámpora se autocritica de las cosas buenas que hizo y se orienta dentro del peronismo hacia una política simplemente unitaria, sin contenido, sin una alternativa, sin recoger la tradición de lucha de todos estos años, creemos que eso no va a servir para la reconstrucción del peronismo y la transformación del país, y no vamos a estar apoyándolo. Quiero que quede muy claro que no profetizo lo que va a pasar y tampoco tengo ganas de que pase lo peor porque eso es siempre horrible como alternativa. Pero, en esta época, no tiene sentido reflotar la hermenéutica que usábamos con Perón. Cuando haya algo que nos parezca

incorrecto de la política de Cámpora lo diremos, del mismo modo que lo bueno. Es un método sencillo, barato y honesto."

Bittel

"También otros compañeros están preocupados por las declaraciones de Bittel, y qué significan para el Movimiento. Existe una tendencia a la política de unidad en el peronismo con oposición a la política del gobierno. Las declaraciones de Bittel marchan en ese sentido. Y va por el buen camino si saca 10 declaraciones como la que hizo cuando la visita de la Comisión de Derechos Humanos; si se juega al frente del Movimiento con una política intransigente, opositora; si termina con el sectarismo; si cada vez que habla no pide disculpas a los militares y condena a la subversión. Lo que la gente quiere en la Argentina es una política opositora y hablar seriamente del pasado. No olvidemos, en éste, como en todos los casos, que los dirigentes surgen de las necesidades de las masas. Surgen a veces de los lugares más inesperados, pero duran también todo lo que responden a las demandas populares."

Lucha armada

"En términos concretos, en el presente, pensamos que al enemigo, como decía el General, hay que tirarle hasta con los botines. *No renunciamos al ejercicio de la legítima violencia popular contra la dictadura. Pero, también aprendimos. No creemos en la construcción de ningún ejército alternativo que vaya a batir en ninguna batalla al ejército argentino; ni convencional, ni regular, ni cosa parecida.* No discutimos más eso y lo vamos a escribir para desarrollarlo en profundidad. Creemos que hay que ejercer la violencia en la resistencia, con la suficiente lucidez política como para que esa violencia esté insertada en la lucha de clases. Está claro, por otra parte, que la violencia es una decisión de las clases dominantes y que no tiene que ver, necesariamente, con la estrategia que plantean los sectores populares, sino con los límites de la lucha de clases. En Argentina te matan hoy por plantear una reivindicación sindical, aunque sea en nombre del CDO y Brito Lima, y no por ser un guerrillero."

Modelo revolucionario

"Pensamos que el modelo se aproxima a construir una herramienta de defensa de las conquistas populares. Pensamos que es legítimo luchar por la democratización en Argentina. Creemos que hay que acompañar este proceso como cuando luchamos contra Lanusse. Esta es una posición de principios, sincera. Nosotros fuimos democráticos, y como éramos mayoría nos pudimos dar ese lujo. Siempre ganamos las elecciones. *Queremos las elecciones en la Argentina y lo decimos sin ningún prejuicio. No queremos comandantes con estrellitas.* Tenemos la convicción de que en el tránsito de la lucha que hay que desarrollar para conquistar la posibilidad de votar se va a constituir una conducción única del peronismo. No va a existir una conducción reformista del peronismo que pueda arrancarle las elecciones al régimen militar. Podrá plantear esta perspectiva, pero la *dirección del Movimiento tendrá, para lograr que se conquiste aquella bandera, que incluir el espacio revolucionario del peronismo. La construcción de la democracia en la Argentina transita por la desestabilización del proyecto de la clase dominante, la construcción de un proyecto alternativo y la división de las fuerzas armadas.* Nosotros creemos en la soberanía popular desde la revolución francesa en adelante. Pensamos que una de las pocas y legítimas formas del ejercicio de la soberanía popular es el voto. Somos revolucionarios, marxistas y creemos en el voto. Queremos participación democrática. La discusión sobre este tema se empantanó en 1972, cuando *los tigres de la guerrilla* decían —por mí y los compañeros que estaban comprometidos conmigo—: '¿Por qué estos tipos piden elecciones? ¿Qué es esto?' Yo, en todos los reportajes y definiciones públicas en donde aparecía repetía invariablemente: 'Queremos elecciones.' Además, hoy, estamos convencidos de que es el camino del peronismo para la construcción de su conducción revolucionaria. También queremos elecciones democráticas en el movimiento obrero. Para el peronismo esto es imperativo, porque como dijo un dirigente del peronismo ortodoxo: 'se acabó la época del

dedo'. Porque el super dedo, que era Perón, ya no está."

Papel de los intelectuales

"Hay que establecer una relación de nuevo tipo con los intelectuales, lo que es una nueva relación con la ideología. Hay que dejar de ser primitivos políticos. Terminar con la línea que decía que 'el que sabe, sabe' y 'el que no sabe es general montonero'. Este esquema es producto de una situación histórica, del desencuentro de la inteligencia real y concreta con el proceso de las masas. Los portadores concretos, los intelectuales, tienen que participar y responsabilizarse de la construcción de un proyecto político. Es cierto que los intelectuales pequeñoburgueses nunca quisieron hacer eso bien. *Pero también existió dentro del Movimiento, una política antiintelectual. Eso tenemos que terminarlo. Es una responsabilidad nuestra resolverlo. Es la forma de terminar con el primitivismo y la reivindicación de la barbarie, que era un estilo, dentro de un movimiento revolucionario como el nuestro.*"

Vanguardia, organización, partido

"La clase obrera se expresaba dentro del peronismo a través de su conducción. Es decir, Perón. ¿Siempre la expresaba de la mejor manera posible? No se podrá cuestionar si los expresaba: desde una perspectiva de izquierda, no; pero que los expresaba, sí. Muerto Perón, si no se crea una organización política de la clase obrera, nadie va a poder expresar los intereses de la clase obrera en el Movimiento. Hay entonces que crear esa organización. Me resisto a emplear el término vanguardia por los contenidos agoreros que transporta desde nuestra concreta realidad nacional, no por el debate europeo."

Hay dos problemas para esta organización. El primero, la representación concreta, material, colectiva, de la clase obrera. No el viejo tema de la representación de los intereses históricos de la clase obrera. Allí se fracasa, lo mismo si se emplea el discurso de la izquierda argentina que hace 50 años funda partidos obreros de los que la clase respectiva ni se entera, que un lenguaje nacional. *Alguien inferirá de esto que planteo un partido de masas. Bueno, que lo infiera.* El segundo problema es la ideología. Pero atención, la pregunta no es aquí quién es marxista, porque el que no es marxista hoy es como si negara los fundamentos de las ciencias experimentales para entender la naturaleza. Marxista fue hasta Federico Pinedo, el político más lúcido de la oligarquía, quien dijo públicamente que había aprendido economía leyendo a Carlos Marx. Entonces no basta."

Radicalización peronista

"Existe un proceso de radicalización consciente de las conducciones del Movimiento, producto de que éstas perciben el desplazamiento hacia la izquierda de las masas. Los únicos que no parecen avistarlos son aquellos integrantes de la izquierda peronista que, como subproducto de la derrota, entienden que la autocritica se hace yendo hacia la derecha. Esto se explica, en este caso, por la ignorancia que tienen del peronismo, en el que sus bases siempre han salido de las crisis por la izquierda."

Izquierda revolucionaria

"Respecto de la izquierda revolucionaria no peronista, creo que también existe una responsabilidad de ella en la derrota. Creo también que en la IR existe una superación objetiva de la experiencia anterior de la izquierda argentina (me refiero a la vigente hasta los años 60, más o menos). La IR ha tratado de ser consecuente con sus planteos y ha tratado de desarrollar un modelo de transformación de la sociedad argentina, pero protagonizando un gran desencuentro con la Argentina real. La IR tiene un papel en la Argentina. Ha ocupado un espacio abierto por la crisis del peronismo a fines de los años 60. Si la IR tiene una política correcta va a tener una inserción en la clase obrera argentina. El que no entienda esto está perdido; a ver si Salamanca, Piccinini o Tosco eran peronistas. Hay que tener una discusión amplia y fraternal con los compañeros de la izquierda para tratar de articular una política coherente y, en lo posible, común con el peronismo revolucionario, para que a nadie con un proyecto de transformación socialista, se le ocurra, de nuevo, apostar todos los cuadros y las luchas a un enfrentamiento global y directo con el ejército."

Algo más sobre el conflicto de hegemonías

Ricardo Nudelman

En un artículo anterior (véase *Controversia* núm. 2-3) dijimos que "en el sur del continente se desarrolla hoy, a escala reducida y focalizada, una lucha entre los intereses estratégicos de los Estados Unidos y la Unión Soviética, que no es más que el reflejo de esa lucha a nivel mundial". Y agregábamos que "esta disputa habrá de agudizarse en el futuro, y Argentina se verá envuelta en ella por su indudable ubicación estratégica". A la luz de los últimos acontecimientos (crisis de Irán, ocupación soviética de Afganistán, comienzo de la lucha electoral norteamericana), trataremos de apuntar ahora cómo ha venido desenvolviéndose la política exterior de la dictadura militar argentina en relación a esos mismos hechos.

En el año ya transcurrido, desde el derrocamiento del ex sha de Irán y el ascenso del nacionalismo musulmán, la posibilidad de la pérdida de un punto clave en la estrategia norteamericana, tanto por su provisión de energéticos como por su situación militar, hizo replantear a los estrategas norteamericanos toda su política en el área. Para una primera aproximación al problema es necesario tener en cuenta que los países que rodean el Golfo Pérsico producen un tercio de la producción mundial de petróleo, y en sus vastos territorios sólo se encuentran 4 habitantes por km². La posibilidad de una intervención soviética en Irán no suena hoy como una hipótesis descabellada, especialmente después de comprobar la presencia de 75 a 100 000 soldados soviéticos en Afganistán que, a pesar de la seria resistencia popular que encuentran y del repudio internacional que cosechan (salvo el aplauso monótonamente reiterado de los gobiernos y partidos que responden a su línea, de Indira Gandhi y, paradójicamente, de varias sectas trotskistas que han terminado por convertirse en los mejores y más entusiastas justificadores de la política exterior del antaño odiado régimen "degenerado"), han venido aumentando en las últimas semanas. Un editorial del diario londinense *The Observer*, reproducido aquí por *Excelsior* el 11 de marzo último, transcribe párrafos de un documento del Departamento de Defensa norteamericano, y en donde puede leerse que "los especialistas estadounidenses en asuntos de la defensa han reconocido que los Estados Unidos no podrían detener una invasión en gran escala a Irán por los soviéticos, sin recurrir a las armas nucleares. Los rusos tienen fuerzas de gran magnitud apostadas a fácil distancia de ataque, respecto de ese golfo (Pérsico), y podrían trasladar allí un ejército sin mucha dificultad. Indica también que los rusos tienen 23 divisiones mecanizadas, 200 000 soldados, 193 bombarderos de gran alcance y 70 cazas tácticos en las regiones de Transcaucasia, Turquestán y Caucasia, cerca de la frontera iraní. Los cuerpos mecanizados soviéticos probablemente podrían atravesar Irán hasta el Golfo Pérsico en siete días, mientras que se requerirían treinta días para que 20 000 soldados norteamericanos y 4 escuadrillas de cazas tácticos, con unos 72 aviones, llegasen a esa región". Afganistán es, para los soviéticos, un área de "interés vital", y las fronteras iraníes, ahora al alcance del fusil de los ocupantes, podría asumir el mismo papel en cualquier momento. Este fue el justificativo de la invasión a Afganistán y podría llegar a ser el de una posible empresa similar en Irán. Hace pocas semanas, el vocero de asuntos exteriores y miembro del Comité Central del PCUS, Leonid Zamyatin, entrevistado por la revista *Newsweek* (4 de febrero de 1980), aseguró que "los intereses vitales de la Unión Soviética en Afganistán son ciertamente mayores que los de los EEUU, porque este país está en nuestra frontera sur, pero a miles de kilómetros de los EEUU".

Pakistán, fiel aliado del imperialismo norteamericano, ha aprovechado la presencia soviética

en sus fronteras para, a la vez que denunciar la invasión al país vecino en nombre de la hermandad musulmana, rearmarse hasta los dientes y hasta deslizar la posibilidad de hacer avanzar sus planes nucleares y detonar su propia bomba. No es ocioso recordar que su vecino y tradicional enemigo, la India, posee desde hace varios años un pequeño arsenal atómico conseguido con ayuda rusa.

De cualquier manera, queda claro que la ocupación soviética de Afganistán, a pesar de los problemas que acarrea y la inevitable referencia a la memoria de la ocupación norteamericana de Vietnam, pone en peligro el equilibrio estratégico del Golfo Pérsico y hace temer a los norteamericanos por una caída de toda la costa oriental del golfo en manos soviéticas, lo que dificultaría seriamente la salida de los super petroleros al Indico y, por consiguiente, a los grandes mercados consumidores de Occidente.

Como respuesta a la acción soviética, la administración Carter resolvió, entre otras medidas, un boicot cerealero y de otros productos primarios a la URSS, y su no participación en los juegos olímpicos de verano, que se realizarán en Moscú en julio próximo, declarando que alentaría a otros gobiernos para que imitaran esta actitud. Enfrentado a una lucha electoral por la nominación demócrata para su reelección, Carter entrevió la posibilidad de aprovechar la coyuntura para fortalecer sus alicidas simpatías y galvanizar al electorado norteamericano en torno a su política de guerra fría.

Con esta misión fue que recaló en Buenos Aires el pasado enero la delegación presidida por el general Goodpaster, encargada de convencer a la dictadura militar argentina de que se uniera al boicot cerealero, también propuesto a Canadá, Brasil y Australia. Nadie desconoce el notable incremento del comercio argentino con los países del este, y en particular con la URSS, y el financiamiento que éstos otorgan para varios proyectos hidroeléctricos, como Salto Grande, y que comentáramos en nuestro artículo anterior. Para tener una idea de la importancia del intercambio con la URSS, veamos algunos datos:

EXPORTACIONES ARGENTINAS A LA URSS (en millones de dólares)

año	cantidad
1975	288,3
1976	219,1
1977	210,7
1978	385,5
9 meses de 1979	324,6

(Fuente: INDEC, citado en *La Nación*, 10-2-80)

Respecto de los embarques de granos, luego de que los monopolios agroexportadores habían asegurado al bueno de Goodpaster que "no tomarían ventajas comerciales" y rechazaran tanto la invasión de Afganistán como el boicot cerealero, aumentaron rápidamente hasta superar alegremente en un 143% los embarques registrados en el mismo mes de enero del año anterior (véase *La Opinión*, 11 de febrero de 1980).

Obviamente, había llegado el momento para la dictadura militar en que debía abrir un nuevo cauce para las relaciones con los EEUU y replantear, desde una situación de fuerza, su posición en el área, luego de los golpes recibidos con las denuncias hechas por organismos oficiales norteamericanos respecto de las violaciones de los derechos humanos. Así, comenzaron a abrirse nuevas negociaciones con Brasil (y se confirmó la visita del presidente Figueiredo a Buenos Aires para el próximo mes de mayo), se reiteró que habrá de acatarse la decisión papal respecto al conflicto con Chile en el Beagle, y se dispusieron esperar una nueva misión nor-



salud e infección
auge y decadencia de las vacunas
Fernand Delarue

Eduardo L. Menéndez
CURA Y CONTROL
(la apropiación de lo social por la práctica psiquiátrica)

Cancrini y Malagodi Togliatti
PSIQUIATRIA Y RELACIONES SOCIALES

Mario Timio
CLASES SOCIALES Y ENFERMEDAD
(introducción a una epidemiología diferencial)

Donatella Bonino
EL COMPANERO MEDICO
(por una nueva relación médico-paciente)

Franco Basaglia y otros
LA SALUD DE LOS TRABAJADORES

Achard, Chauvenet, Lége, Lenin y otros
DISCURSO BIOLOGICO Y ORDEN SOCIAL

Renzo Biondi
LA MUERTE OBRERA
(análisis de las condiciones de salud de los trabajadores)

H.B. Weitskin y B. Waterman
LA EXPLOTACION DE LA ENFERMEDAD EN LA SOCIEDAD CAPITALISTA


EDITORIAL NUEVA IMAGEN
 SACRAMENTO 109 MÉXICO 12, D. F. TEL. 536-1015 Y 543-5642

CRITICA&UTOPIA

Latinoamericana de Ciencias Sociales

Advertencia

ARTICULOS

Prólogo a Laski. Gino Germani

Educación y democracia. German W. Rama

La autonomía relativa de la educación y la democracia. Enrique Bernaldes

La situación geopolítica mundial y la viabilidad de la democracia en América Latina. Jesús A. Silva Michelena.

La dinámica de los centros de economía mundial. Jorge Swartzer

Obstáculos a la democracia en América Latina: una reflexión en torno a la clase obrera. José Luis Reyna

Clase obrera: sindicatos y democracia. Francisco Delich

Hegemonía y democracia: Aldo Ricci

DOSSIER

A propósito de la acumulación de conocimiento. Una nota sobre Locke y la democracia. Carlos Strasser

Paretto. Norberto Rodríguez Bustamante

CORREO DE LECTORES

Carta de intelectuales chilenos

Carta de los intelectuales argentinos

Resolución del Comité Directivo de CLACSO

IN MEMORIAM. Juan Francisco Marsal

teamericana, con o sin Goodpaster, al tiempo que el Eximbank anunciaba que se habían levantado todas las restricciones que pesaban sobre Argentina, ofreciendo créditos por 1 200 millones de dólares (*El Día*, 12 de marzo de 1980). Si es cierto lo que transmiten las agencias noticiosas, el temario de la reuniones de la misión norteamericana con la dictadura militar argentina abarcará los temas del comercio argentino con la URSS y los derechos humanos, de lo que podemos deducir que la cotización internacional de la tonelada de trigo argentino podrá en el futuro medirse con una cantidad proporcional de "desaparecidos" políticos.

Una renegociación argentino-norteamericana y la consiguiente reubicación de la dictadura militar en relación a sus pretensiones hegemónicas en el área no significan, necesariamente, un rompimiento con nuestros clientes soviéticos que, por cierto, nos compran diez veces más de lo que nos venden, al revés que los norteamericanos. Por el contrario, esta situación de fidelidad de la balanza en que se coloca la dictadura argentina en el conflicto entre las dos superpotencias, trabajará en su beneficio. Al mismo tiempo que la norteamericana, se anunció en Buenos Aires el arribo de una misión comercial soviética, y se desmintió, sin que nadie hubiera recelado, la posibilidad de una compra de cazabombarderos Mig 21 y Mig 23 por parte de la Fuerza Aérea Argentina, tradicionalmente abastecida por los monopolios armamentistas de Occidente (*La Prensa*, 1 de marzo de 1980).

Claro que frente a esto los soviéticos no dejarán de utilizar cualquier medio para impedir que Argentina la desaloje del rango de privilegio en que se había colocado. Esto es lo que pareció insinuar el diario *El País*, apologista de la dictadura uruguaya, cuando destacó en un editorial reproducido por *La Prensa* del 23 de febrero pasado, que "la Argentina no se pliega al boicot cerealero y de los juegos olímpicos pues está comprometida por las 14 turbinas de Salto Grande. Si quienes estamos interesados en Salto Grande no vamos a las olimpiadas, aunque sea simbólicamente, simplemente las turbinas para la represa llegarán tarde, mal y nunca".

Hay, sin embargo, quienes todavía manifiestan perplejidad por la actitud soviética frente a Argentina. Hace pocos días leí un artículo de Rodolfo Mattarollo aparecido en el primer número de la revista *Sin Censura* (pág. 10), en donde el autor descubre que las resoluciones de ciertos organismos de Naciones Unidas sobre violaciones comprobadas de los derechos humanos en Argentina habían sido "obstaculizadas" por la URSS (para preci-



sar más, el cable que transcribe *Clarín* del 10 de febrero de 1980, se refiere a que "la delegación Argentina logró bloquear hasta ahora esa intención, con el apoyo de los países socialistas y varios del mundo árabe"). Luego de lamentarse por ello, expresa Mattarollo que "es de esperar que en el futuro se allanen estas dificultades que hasta ahora han contribuido a impedir una intervención clara y enérgica del organismo más representativo de la comunidad in-

ternacional en la defensa de los derechos humanos y las libertades fundamentales del pueblo argentino, hoy pisoteados por la dictadura militar" (las cursivas son mías: R.N.).

Pienso que Mattarollo debería comprender que "el organismo más representativo de la comunidad internacional" nada puede o quiere hacer si una de las superpotencias impide su pronunciamiento, como bien lo entendíamos y denunciábamos cuando algo similar ocurrió con las atrocidades cometidas por las fuerzas expedicionarias norteamericanas en Vietnam. Creo que Mattarollo debería entender el papel de la URSS y los EEUU, como superpotencias, y su pretensión de hegemonía en el mundo, y dejar de esperar que en el futuro se allanen esas dificultades porque Argentina seguirá vendiendo cereales a la URSS para beneficio de los monopolios agroexportadores y de los terratenientes argentinos. Esto bien lo comprende *La Nación* en su editorial del 5 de febrero pasado (comentado por Gregorio Selser en *El Día* del 19 de febrero) al sostener la necesidad de evitar toda confusión, porque "se corre el riesgo de reducir los márgenes de maniobra futura del país en una encrucijada en la cual puede ser que el concepto de independencia no sea un equivalente exacto del concepto de neutralidad". Y, para nuestra tranquilidad, reafirma la opinión de que "Argentina se negó al boicot cerealero en función de genuinos e inmediatos intereses cerealeros". Absolutamente de acuerdo con el título del editorial de *La Nación* comentado, *Los principios y los intereses*, el negociador soviético que en esos momentos se encontraba en Buenos Aires ultimando los acuerdos de compra, un tal Naumov, se dio por notificado de la declaración de la cancillería argentina que repudiaba la invasión soviética de Afganistán y estampó su firma en el contrato de compra de cereales. Supongo que Mattarollo debería comprender lo que tan bien parecen comprender *La Nación* y el señor Naumov.

Finalmente, también se anunció en Buenos Aires que los preparativos del viaje de Videla a China habían finalizado. No sabemos exactamente qué es lo que puede lograr la dictadura militar allí, aunque suponemos que su intención es la de colocar esta visita como un nuevo elemento de presión en el juego que señalamos intenta con las dos superpotencias. Pero cualquiera sea el resultado de esta visita, deberá quedar claro que si China puede recibir al dictador argentino en razón de sus "intereses nacionales", nuestro "interés nacional", que es el de nuestro pueblo explotado, torturado y asesinado por esa dictadura militar, nos impone el repudio al aval político que eventualmente pudiera darle.

DIRECCION Y REDACCION:

Dr. Karl-Ludolf Hübener (Director)
Adjuntos a la Dirección:
Diana Maggiolo
Daniel González

DIRECCION, REDACCION Y DISTRIBUCION:

Apartado 61712. Chacao. Caracas 106.
Venezuela
Oficinas: Edif. IASA. 6o. piso Of. 602.
Plaza La Castellana
Teléfonos: 313189 - 313397 - 329975 - 320593
Télex: 25163 ILDIS. Cables: ILDIS-CARACAS
Caracas. VENEZUELA.

SUSCRIPCIONES:

Apartado Postal 874, San José. Costa Rica
Oficina: Edificio Plaza Artillería. 6o. Piso
Teléfono: 22-62-69
San José, COSTA RICA.
Suscripción 1978
6 Números US Dólares 10.
© by Editorial Nueva Sociedad Ltda.
San José, Costa Rica
Impreso en los talleres de Italgaf, S. A.
Bogotá, Colombia
Printed and Made in Colombia. 1978.
Edición al cuidado de
Ediciones Internacionales S.R.L.
Apartado Aéreo 91373 Bogotá. 8 - Colombia

NUEVA SOCIEDAD



Envío a ustedes la cantidad de

importe de mi suscripción a "Nueva Sociedad" por seis números, a partir del número
Pago mediante cheque bancario a la orden de "Nueva Sociedad" o giro postal.

Seis números: US\$ 10 o su equivalente en moneda nacional.

Nombre

Dirección

AMÉRICA LATINA

Internacional Socialista: el descubrimiento de América

Oscar González

Ciento dieciséis años después de fundada la Asociación Internacional de Trabajadores —su más remoto origen—, delegados de partidos socialistas, socialdemócratas y progresistas de todo el mundo, congregados en la Internacional Socialista, se reunieron en la República Dominicana para analizar la situación de Latinoamérica y el Caribe, acordar una política común para el área y elaborar un documento contundente: la *Carta de Santo Domingo*.

La primera Conferencia Regional para América Latina y el Caribe de la IS albergó por tres días, del 26 al 28 de marzo pasado, a los máximos líderes del socialismo democrático mundial (Willy Brandt, Mario Soares, François Mitterrand, entre ellos), a 53 delegados de partidos-miembro y a otros 58 representantes de organizaciones "consultivas" (es decir, afines a la IS).

Este evento, el primero que en toda su historia dedica la IS a considerar exclusivamente la problemática latinoamericana, ratifica la precisa intención de ese organismo por insertarse políticamente en este continente, abandonando prejuicios eurocéntricos.

Durante la reunión se habló claramente. Los males de América Latina y el Caribe son: dependencia política y económica, vestigios de colonialismo, intervención imperialista, dictaduras militares.

"Hoy, el poder hegemónico (en América Latina) asume formas más sofisticadas de control, mediante el predominio de sus corporaciones transnacionales, aliadas a las burguesías nacionales monopolistas y extranjerizantes, que prohíjan en la región regímenes autoritarios y represivos" (*Carta de Santo Domingo*).

El contenido (y aun la forma) de las resoluciones aprobadas en la reunión de Dominicana (la citada *Carta*, un *Documento económico* y varios acuerdos sobre casos particulares), y el tenor de las múltiples intervenciones producidas allí permiten —sin intentar profundizar en el análisis— descubrir algunos elementos de juicio novedosos que pueden servir para repensar algunos *caballitos de batalla*, recurrentes toda vez que se habla de la IS.

Por ejemplo, respecto del *anticomunismo* de la Internacional Socialista (y no olvidemos que la IS fue refundada en 1951, en plena etapa de la guerra fría) conviene tener presente algunos hechos significativos:

—Fidel Castro, en su carácter de presidente de los No Alineados, fue invitado a participar de la reunión (pese a que Dominicana y Cuba no tienen relaciones diplomáticas). El mandatario cubano agradeció cordialmente en un telegrama la invitación y se excusó de participar por razones de tiempo.

—La IS, lejos de alinearse, separa en la reunión y en los documentos aprobados sus propios intereses de los de las "grandes potencias", se diferencia de ambas, y las llama a coexistir pacíficamente, a cesar la carrera armamentista y a dedicar la inversión en gasto bélico a la ayuda para el desarrollo del Tercer Mundo.

—La IS recibe en Santo Domingo a un representante del FSLN, el comandante Carlos Núñez, quien agradece el apoyo de la Internacional ("el más grande que hayamos recibido", dice) y reseña los avances de la revolución sandinista.

—Finalmente, para cualquiera que haya participado de la conferencia que comentamos, queda claro, respecto de algunas situaciones puntuales (como las de El Salvador y Guatemala, por ejemplo), que la solidaridad expresada por la IS rebasará el carácter de mero apoyo moral para trasladarse al terreno de la ayuda material y así favorecer la lucha liberadora de esos pueblos.

En el diagnóstico de la situación continen-

tal es quizá donde se perciben con mayor nitidez los esfuerzos de la IS por comprender la realidad presente de América Latina. Específicamente, en el estudio de la situación en los países del Cono Sur, el análisis adquiere precisión:

"En el Cono Sur, el imperialismo aplica, un nuevo modelo de dominación que requiere, para su permanencia, la agresión en todo orden y que practica la violación sistemática de los derechos humanos y las libertades fundamentales." Y añade:

"Sobre la base de la sobreexplotación de los trabajadores (el imperialismo) aplica (en el Cono Sur) un esquema económico y social de *fascismo-dependiente* y la *doctrina de la seguridad nacional*, que favorecen el terrorismo de estado."

Llama la atención, asimismo, la consideración que realiza en torno al tema de la democracia en América Latina. Históricamente acusada de ejercer el "cretinismo parlamentario", la Internacional advierte hoy día:

"La democracia formal ha demostrado su inoperancia para asegurar la libertad y la efectiva participación del pueblo." En consecuencia, añade la declaración final, "postulamos una democracia con participación popular, que entregue a la clase trabajadora el goce de los frutos del progreso, en un sistema pluralista que asegure el pleno empleo y una distribución justa del ingreso."



La creciente influencia de la IS en la vida política latinoamericana y del Caribe pareciera acrecentarse tras la reunión de Santo Domingo, si tenemos en cuenta la decisión asumida de enviar nuevas "misiones" (integradas por dirigentes de la Internacional) a los países sometidos a dictaduras. En el mismo contexto se ubica la exigencia —formulada a aquellos mismos regímenes— de una "inmediata legalización de los partidos políticos y el regreso de millares de dirigentes exiliados".

La IS demanda asimismo la celebración de "elecciones libres" para evitar que allí prosperen "hechos de violencia", los que son considerados como "último recurso al que apelan los pueblos cuando se les niega el derecho a vivir en paz y libertad".

El párrafo anterior merece destacarse porque él (y más que nada la política concreta de la IS en Centroamérica y otras regiones) revela la falacia de considerar simplistamente *pacifista* a la Internacional Socialista. Lo dijo claramente Bernt Carlsson —secretario general de esa organización—: "Somos partidarios de la paz y enemigos de la violencia [...] consideramos injusto glorificar la lucha armada. Sin embargo [...] cuando la violencia institucionalizada amenaza con imponer la paz de los esclavos, entonces, no sólo admitimos, sino que también impulsamos la resistencia armada del pueblo."

Y en el caso de El Salvador, en un marco político preciso (Guillermo Ungo habló a nombre del MNR de ese país, pero también de las

organizaciones populares —guerrilleras— salvadoreñas) la Internacional declaró: "El pueblo salvadoreño es el único que tiene derecho a decidir su propio destino."

En síntesis, puede decirse que la IS, ordenada y metódicamente desde la realización de su congreso en Ginebra (en 1976), concluye en Santo Domingo con un proceso: el de su propio descubrimiento de América. De la proclama general de aquella fecha ("Deploramos la diseminación de dictaduras en América Latina.") se llega hoy a mayores precisiones. Las que caracterizan una opción por la cual podrán tomar o no partido los sectores socialistas, progresistas y antimperialistas del continente.

Una Internacional partidaria de la democratización de la región, de una mayor justicia social, que condena la política imperialista, propugna un nuevo orden económico mundial y valida la resistencia armada de los pueblos en su lucha por la democracia.

Será en noviembre próximo, en España, durante el venidero congreso de la IS, cuando se adviertan los nuevos frutos de esa ofensiva. Para entonces, el Comité Latinoamericano formado en Santo Domingo (Brandt, Carlsson, José Francisco Peña Gómez, Michael Manley, Gonzalo Barrios, Anselmo Sule, Daniel Oduber, Carlos Andrés Pérez, Luis Alberto Monge, O. Trotman y Leonel Brizola) deberá presentar "las propuestas específicas sobre las medidas que deben tomarse para que nuestros países adquieran su liberación económica y política".

Conviene decir algo, finalmente, sobre la participación argentina en la reunión de Dominicana.

El único movimiento socialista de América Latina que mantuvo vínculos permanentes con la Internacional (en sus diversas etapas) lo fue, precisamente, el argentino. Cabría aquí recordar, por ejemplo, que la primera acción obrera organizada del país (la manifestación en demanda de la jornada laboral de ocho horas, el 1 de mayo de 1890) se realiza en cumplimiento de la resolución aprobada por el Congreso de París de 1890, durante el cual se constituye la II Internacional (la I Internacional sólo perduró hasta 1876).

Posteriormente —y no cabe aquí hacer historia— las relaciones entre el socialismo argentino y la Internacional se limitaron a la participación de algunos delegados en los congresos y, en tal carácter, José Ingenieros, Juan B. Justo, Manuel Ugarte y Enrique Dickmann, entre otros, representaron a Argentina.

Cuando, concluida la segunda guerra, surge la iniciativa de conformar una nueva Internacional, Argentina es, también, el único país que participa de las reuniones preliminares (como la de Clacton On Sea, Inglaterra, en 1947).

Pero lo cierto es que la nueva IS (organizada en Francfort, en 1951) se desentien- de de la problemática latinoamericana —en sus documentos iniciales sólo se refiere a los "países subdesarrollados" en general— y en el continente sólo se mantiene como enlace primitivo, con una oficina de información con sede en Montevideo (la que perdura hasta la década del 60).

Sólo en el congreso de Ginebra, en 1976, la Internacional diseña su nueva táctica, su "ofensiva" en América Latina.

De allí en más, la participación argentina en las reuniones de la IS será múltiple: concurrirán radicales como Balbín (Caracas, 1976) o Solari Irigoyen (Vancouver, 1978), representantes montoneros, delegados de grupos socialistas diversos, dirigentes intransigentes. Sin embargo, la calidad de partidomembro la retendrá hasta hoy en día una diminuta organización, el Partido Socialista Popular, que dirige Víctor García Costa.

A Santo Domingo concurren por Argentina: García Costa; tres representantes del PI (Alende, May Zubiría y Birgin) y dos de la Confederación Socialista Argentina (Visconti y Corbiere), además de un invitado a título personal, Gregorio Selser. Sin embargo, poco es lo que la delegación argentina pudo lograr de la reunión, salvo hacerse escuchar brevemente en las sesiones. Es que la condición para que la Conferencia aprobara una resolución particular sobre el caso argentino dependía de un hecho básico: el acuerdo de todos los argentinos presentes. Y eso no fue posible.

Declaración de Santo Domingo

Introducción

La Primera Conferencia Regional de la Internacional Socialista para la América Latina y el Caribe es un suceso de singular trascendencia política. Por primera vez en la historia del continente se han reunido en un punto de nuestra geografía representantes auténticos de los partidos y movimientos socialistas, democráticos y antimperialistas de América Latina, Europa y África.

La propia América Latina, a pesar de la similitud de sus problemas económicos y sociales derivados de una situación de dependencia experimentada bajo diferentes grados por todos sus países, no había logrado hasta ahora una concertación partidista general, debido al incomprensible aislamiento y desvinculación de sus movimientos populares.

La Conferencia Regional ha dado en este aspecto un gigantesco paso hacia adelante al congregar por primera vez a los partidos socialistas, laboristas y antimperialistas de la zona. Es el Caribe el área del subcontinente que con mayor fuerza refleja las luchas de las potencias coloniales entre sí y su acción deformante y opresora sobre nuestras sociedades.

Las grandes potencias de ayer y de hoy les transmitieron a los países del Caribe sus antagonismos y rivalidades que se constituyeron en una pesada y negativa herencia que es causa eficiente de esta histórica separación, que hoy comienza a tener fin.

Pero la importancia del Caribe se patentiza también en el hecho de que es la región hemisférica donde mayores avances han tenido los principios del socialismo democrático, como lo prueba la presencia en esta conferencia de representantes de partidos socialistas del Caribe de habla inglesa y holandesa que han logrado superar la ola contrarrevolucionaria que ha barrido las instituciones democráticas en otras subregiones del continente y construir el progreso social y económico de sus países en un marco de autodeterminación y libertad.

En un mundo dividido en bloques, la autodeterminación y la libertad sólo pueden ser arrancadas a los explotadores nacionales y extranjeros de nuestros países con la construcción de un vigoroso movimiento de solidari-

dad de las fuerzas populares de los países del Tercer Mundo en alianza con las organizaciones democráticas y progresistas de los países desarrollados.

De ahí el por qué adquiere una especial importancia la participación en esta Conferencia de los dirigentes de los partidos y movimientos de liberación de África que han logrado vencer el colonialismo y racismo o libran el combate final por la conquista de su libertad.

No menos trascendencia reviste para el éxito de esta Conferencia y las actividades futuras de la Internacional Socialista en esta región del mundo, la presencia de prominentes líderes europeos representantes de partidos democráticos que han cumplido un rol de primerísima importancia en la conquista de un mejor nivel de vida para las masas trabajadoras de sus respectivos pueblos y han contrarrestado al mismo tiempo la acción intervencionista de las fuerzas conservadoras y monopólicas contrarias al desarrollo autónomo de nuestros países. Son ellos los mejores aliados del socialismo democrático en los países del Tercer Mundo.

Desde el Congreso de Ginebra de 1976, cuando se eligió presidente al compañero Willy Brandt, la Internacional Socialista dejó de ser una organización exclusivamente europea, dando inicio a una ofensiva hacia el Tercer Mundo, que se manifestó con el ingreso en su seno de partidos procedentes de América Latina, Asia y África, así como por la realización de una serie de acciones que proyectaron la actitud solidaria de la Internacional en las mayores áreas de conflicto del mundo de hoy, como lo prueba el envío de varias misiones a África Austral, al Medio Oriente y a la América Latina en varias oportunidades.

Este creciente interés de la América Latina en las decisiones de la Internacional Socialista se puso de relieve en la participación que tuvieron en el año 1976 influyentes dirigentes europeos, algunos de ellos ejerciendo las más altas responsabilidades de poder, en la conferencia celebrada en la ciudad de Caracas.

A partir de esos acontecimientos, la Internacional Socialista quedó comprometida con la lucha que libran los pueblos africanos contra el

apartheid y el colonialismo, así como aumentó su compromiso con la defensa de las libertades democráticas y la independencia de los pueblos de América Latina.

Resultados concretos de estas determinaciones fue en parte la victoria electoral del Partido Revolucionario Dominicano, que recibió la solidaridad de la Internacional Socialista antes, durante y después de las elecciones que llevaron al poder a esa organización política.

Igualmente se puso de relieve esta actitud solidaria de la Internacional Socialista en el apoyo militante en todas las formas ofrecido a la revolución nicaragüense para el desplazamiento de la dictadura de Anastasio Somoza y los esfuerzos hechos en pro de la consolidación del régimen revolucionario del que es un claro ejemplo la misión enviada a ese país bajo la dirección del compañero Mario Soares.

La Internacional ha seguido ganándose el respeto de los pueblos de América Latina y el Caribe con la resuelta solidaridad que se le viene ofreciendo a los pueblos de Jamaica, El Salvador y Guatemala, solidaridad que debe ampliarse en la medida en que las crisis de esos países adquieran características más agudas.

La Internacional Socialista ha ofrecido sus tribunas a dirigentes que luchan por la autodeterminación de países de África y América Latina que todavía no han conquistado su independencia. Es con este acervo de realizaciones cumplidas en defensa de los países del Tercer Mundo que se realiza esta Conferencia Regional con la finalidad de ampliar su lucha por la liberación de América Latina.

En este contexto, la Conferencia Regional de la Internacional Socialista considera pertinente formular los siguientes planteamientos:

1] La política imperialista en el área ha dejado huellas indelebiles. Hasta hoy perviven consecuencias de la aplicación de esa política, como el estatuto colonial que pesa sobre la isla de Puerto Rico y otros territorios bajo control de metrópolis europeas y la existencia de bases militares foráneas en esta zona.

2] Hoy el poder hegemónico asume formas más sofisticadas de control mediante el predominio de sus corporaciones transnacionales aliadas a las burguesías nacionales monopólicas y extranjerizantes que prohijan en la región regímenes autoritarios y represivos. En



REVISTA TRIMESTRAL
DE EDICIONES ERA

23

CUADERNOS POLITICOS

Pablo González Casanova ► Explotación e ideologías socialistas ⊕ Göran Therborn ► Capital y democracia ⊕ Atilio Borón ► América Latina: entre Hobbes y Friedman ⊕ Juan Felipe Leal ► Burocracia y sindicalismo ⊕ Gustavo Gordillo ► Pasado y presente del movimiento campesino en México ⊕ Asa Cristina Laurell ► La política de salud en los ochenta ⊕ Carlos Toranzo ► Obreros y militares en Bolivia

EDICIONES ERA / AVENA 102 / MEXICO 13, D. F. ☎ 5-81-77-44
AGENCIA GUADALAJARA / FEDERALISMO 958 - SUR / GUAD. JALISCO
☎ 12-60-37

socialismo y participación

SALIO el
Nº **8**

Carlos Franco

MARIATEGUI y HAYA y el surgimiento de la izquierda nacional

Carlos Amat y León

ANATOMIA DE UN FRACASO TEORICO o una crítica al libro de "Schydrowsky y Wicht. "Anatomía de un Fracaso Económico".

Texto íntegro de las leyes revolucionarias de la nueva Nicaragua.

PEDIDOS:

6 de Agosto 425
Jesús María Telf. 234423
Apartado 1 Lima 4

En Venta:

STUDIUM, EPOCA, COSMOS, SIGLO XX HORIZONTE, INTERNACIONAL, EL VIRREY, MEJIBACA, LA FAMILIA y principales librerías

el Cono Sur, el imperialismo aplica un nuevo modelo de dominación que requiere para su permanencia la regresión en todo orden y que practica la violación sistemática de los derechos humanos y de las libertades fundamentales. Sobre la base de la sobreexplotación de los trabajadores aplica un esquema económico y social de *fascismo dependiente* y la "*doctrina de la seguridad nacional*" que favorece el terrorismo de estado asesinando dentro y fuera de sus fronteras. Particularmente Chile, Argentina y Uruguay se transforman así en estados periféricos del sistema central con un nuevo modelo de acumulación capitalista.

En El Salvador la violencia institucionalizada ha significado, en lo que va del año, la pérdida de cientos de vidas humanas, con la complicidad del régimen militar y con la incomprensible participación de ciertos sectores de la democracia cristiana.

Guatemala también vive un cuadro semejante desde el año de 1954. Esta Conferencia Regional de la Internacional Socialista debe expresar a los pueblos de esos dos países la solidaridad que los ayude a su liberación.

La Conferencia manifiesta igualmente su preocupación por el deterioro de la situación política en Colombia, en donde se han denunciado reiteradas violaciones a los derechos humanos y espera que su gobierno democrático elimine esas peligrosas tendencias regresivas.

La Internacional Socialista debe estar atenta y repudiar los intentos desestabilizadores denunciados por el gobierno de Jamaica y condenar la presión financiera de que ha sido objeto por el Fondo Monetario Internacional.

3] La democracia formal ha demostrado su inoperancia para asegurar la libertad y la efectiva participación del pueblo. Postulamos una democracia con participación popular; que entregue a la clase trabajadora el goce de los frutos del progreso en un sistema pluralista que asegure el pleno empleo y una distribución justa del ingreso.

4] Se hace indispensable revisar la legislación que, basada en principios jurídicos colonialistas, relega a la mujer de América Latina y el Caribe a una situación subalterna de explotación. El problema de la mujer no puede separarse de la cuestión económica social global que afecta a cada país.

5] Reiteramos nuestro firme propósito de luchar por la creación de un Nuevo Orden Económico Internacional que ponga término al injusto orden existente. Es necesario advertir que después de las Declaraciones y Resoluciones aprobadas por la Organización de las Naciones Unidas y sus diferentes órganos muy poco o nada se ha avanzado.

Es necesario un cambio estructural profundo que asegure la redistribución de la riqueza mundial para que ella llegue a las grandes masas de los países subdesarrollados, los que a su vez deberán cambiar sus viejas estructuras.

Debe cesar la carrera armamentista y dedicar las enormes inversiones que a ella se destinan al desarrollo de los países del Tercer Mundo, única forma de asegurar la paz entre los pueblos.

La Conferencia Regional formula un llamado a todos los gobiernos del mundo para terminar con el actual clima de guerra fría y buscar los medios de establecer la coexistencia pacífica entre las grandes potencias. En consecuencia, condena la intervención en Afganistán y, en general, toda intervención armada de cualquier nación en otro u otros países.

6] Saluda y expresa su solidaridad esta Conferencia con las luchas de liberación en África Austral que han alcanzado un nuevo triunfo en Zimbabwe y ofrece su apoyo al gobierno democrático de ese país.

7] La Conferencia Regional recomienda a la Internacional Socialista incrementar su programa de acciones en favor de los países de América latina que luchan por la democracia. Se propondrá el envío de misiones a los países gobernados por dictaduras militares donde los dirigentes y militantes de partidos democráticos desenvuelven sus vidas bajo las más precarias condiciones de existencia y de libertad.

Estas misiones podrán comprender un país determinado, pero también podrán dirigirse a varios países.

Es precondición para el restablecimiento de la democracia en los países de América Latina oprimidos por regímenes dictatoriales, la

inmediata legalización de los partidos políticos disueltos y el regreso de los millares de dirigentes exiliados a quienes los dictadores han convertido en parias.

Se deberán desplegar los mayores esfuerzos para lograr que estos luchadores expulsados reciban un tratamiento considerado de parte de los gobiernos democráticos de la región.

La celebración de elecciones libres y el respeto a las libertades fundamentales son principios constitutivos del pensamiento socialista democrático y en consecuencia con ellos pedimos elecciones libres en los países donde la fuerza bruta ha anulado completamente la expresión de la voluntad popular.

Acelerando estas soluciones electorales, evitaremos que esos países sean víctimas de hechos de violencia, último recurso al que acuden los pueblos sometidos cuando se les niega el derecho a vivir con libertad y paz.

Si la Internacional Socialista tiene un deber que cumplir en relación con la promoción de la democracia en los países gobernados por dictaduras, mayor debe ser este compromiso con los países que están en tránsito hacia la democracia después de superar el totalitarismo militar. Tales son los casos de Bolivia y Perú.

En Bolivia el proceso democrático corre serios riesgos debido a las graves amenazas de intervención de sectores antidemocráticos de las fuerzas armadas que aspiran a interrumpir la marcha hacia la democracia sumiendo ese país en un baño de sangre. Misiones observadoras a Perú y Bolivia deberán enviarse con el fin de robustecer la legitimidad de los procesos electorales con una presencia internacional.

Finalmente, la Conferencia Regional encomienda al Comité de América Latina y el Ca-

ribe estudiar la situación de la región en sus planos político, económico y social y presentar un informe contentivo de sus conclusiones en estos aspectos que deberá presentarse en el próximo congreso, a celebrarse en Madrid. Este informe debe contener propuestas específicas sobre las medidas apropiadas que deben tomarse para que nuestros países adquieran su liberación económica y política.

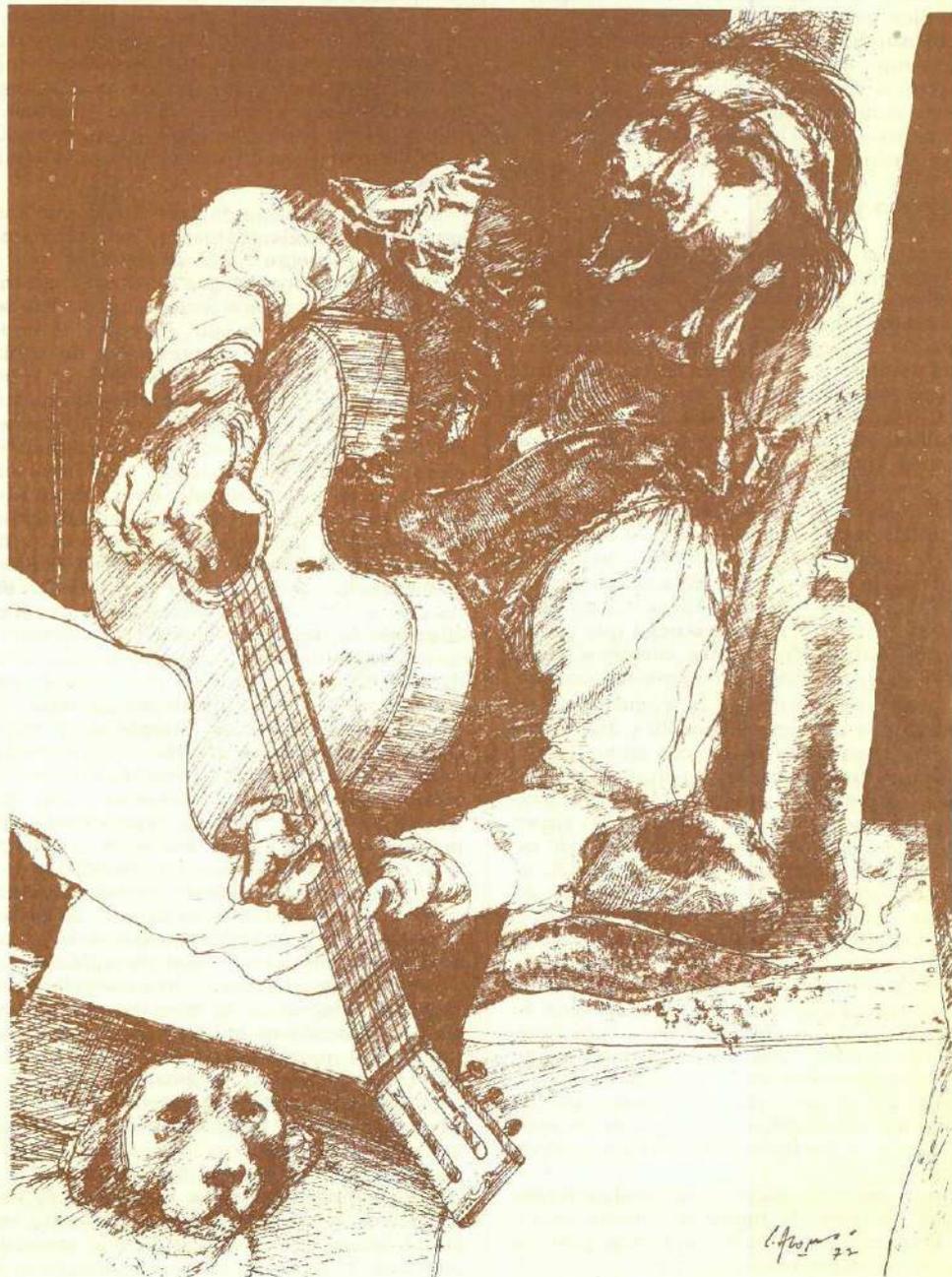
La Conferencia Regional ha iniciado la época de la unidad de las fuerzas antimperialistas y socialistas de la América Latina, Europa y Asia. En el caso de América Latina, el apoyo de los europeos y los africanos contribuirá a la forja de la unidad en la lucha por el poder, unidad que es un preliminar de la integración económica que deberá cristalizar nuestro continente ya liberado para hacer realidad el desarrollo autónomo.

Pero la solidaridad es recíproca, y en esta Conferencia los latinoamericanos han adquirido el compromiso de ofrecer su respaldo a la lucha que libran los pueblos explotados de África y Asia por la liberación.

Sólo habrá paz en el mundo cuando los explotados de hoy sean los hombres y mujeres libres del mañana. Y en esa magna empresa estamos comprometidos.

Como lo expresara en su discurso de clausura el Presidente de la Internacional Socialista, extendemos al Partido Revolucionario Dominicano y al Gobierno de República Dominicana nuestra gratitud y reconocimiento por la magnífica organización de esta Primera Conferencia Regional para América Latina de la Internacional Socialista.

Santo Domingo, D. N.,
28 de marzo de 1980.



La izquierda latinoamericana ayer y hoy

Héctor Béjar

Introducción

El presente texto tiene por objeto diferenciar lo que ha sido la izquierda latinoamericana hasta hoy, de lo que, a nuestro juicio, debería ser en el futuro. Entendemos por "izquierda", en sentido amplio, el conjunto de grupos y partidos políticos que se han planteado, a partir de la década de los años 20, la transformación integral de nuestras sociedades. Ello incluye a las izquierdas populistas que, como el Apra en el Perú o el peronismo en Argentina fueron, en determinadas épocas, verdaderas escuelas políticas para las mayorías populares. Y, en sentido más estricto, nos referimos a las izquierdas marxistas-leninistas. Creemos que nuestro subcontinente, aun cuando en conjunto no ha experimentado aún una profunda transformación social, sí ha cambiado lo suficiente como para plantear a los latinoamericanos la necesidad de establecer nuevos puntos de partida para su acción política. Una pormenorizada comparación entre las tareas que se planteó la izquierda de los años 20 y las que son necesarias hoy, al promediar la segunda mitad del siglo, merece ser tratada más extensamente. Por ello, en el presente trabajo sólo señalamos, sistemáticamente, aquellos puntos que nos parecen esenciales para el resurgimiento de una izquierda latinoamericana que, manteniéndose revolucionaria en sus objetivos y sus métodos, sepa ser también realmente contemporánea: nueva porque da respuesta a los nuevos problemas que confronta América Latina.

Nacimiento y origen

En general, si en Europa el marxismo surgió después de un siglo de capitalismo, llegó a muchos países de América Latina aún antes que el capitalismo haya cubierto todos los ámbitos de nuestro desigual desarrollo. Ciertamente, ésta era también la situación de los marxistas rusos que tomaron el poder en condiciones especiales, determinadas por una catastrófica derrota militar de su país. Pero cabe interrogarse si América Latina, como la Rusia Zarista, era un "eslabón débil" del capitalismo o si, antes bien, su ubicación bajo la directa influencia de un imperialismo en ascenso como el norteamericano, la convertían en "eslabón fuerte" de una cadena de dominación, en zona alejada de las grandes conflagraciones bélicas del siglo XX y, por tanto, sin un factor esencial que permitiese equipararla a otros países europeos o asiáticos que vivieron "situaciones revolucionarias".

Hoy podemos decir que la singularidad de América Latina era, en los años 20 y 30, mayor de lo que la izquierda de aquella época creyó. Puede decirse que, al nacer, la izquierda revolucionaria Latinoamericana no se planteó el subcontinente como motivo de reflexión, ni vio en su singularidad un reto para un esfuerzo de interpretación; lo vio como campo de acción, de experimentación o repetición, de aplicación de las lecciones positivas o negativas, de otros procesos revolucionarios. Antes que interrogarse sobre la revolución como continuidad de la historia latinoamericana, la izquierda planteó la revolución como continuación de la historia de otros pueblos y otras clases sociales. Casi siempre aunque con excepciones esa izquierda inicial se interrogó sobre los problemas de revoluciones de otros continentes filtrados por la visión de quienes habían triunfado en el asalto al poder y en las luchas internas que le sucedieron.

Tuvimos así una visión tendencial, nublada por otras visiones, de nuestros fenómenos sociales. Pero además de ello, la acción política estuvo —como sigue estando hoy día— condicionada por la circunstancia de que América Latina recibe las influencias de los poderes internacionales. Cada uno a su tiempo, el imperialismo británico, los países del eje fascista, y el imperialismo norteamericano determinaron cambios de política, disputas por el poder,

divisiones en los grupos dominantes, modificaciones en las relaciones de nuestros países y, por ende, en parte notable, de la información que recibían nuestras clases políticas y, dentro de ellas, la izquierda. Y desde otra perspectiva, pero con igual o mayor influencia, la Internacional Comunista determinó de manera directa las interpretaciones y líneas políticas, los enfrentamientos y alianzas, las aperturas y autoaislamientos de un sector importante de nuestras izquierdas marxistas.

En el Perú, por ejemplo la izquierda marxista no fue resultado de una larga, continuada y natural evolución de las luchas y conciencia populares. Fue un artículo de importación que llegó junto con el capitalismo industrial, por la vía de nuestras clases medias ilustradas. Esto sucedió en un país en que las diferencias sociales, raciales y culturales entre la intelectualidad y las mayorías populares era muy grande. Las ideas de izquierda, que cifraban esperanzas en la capacidad liberadora del proletariado, cuando aún no había conciencia de la derrota de las revoluciones comunistas en Europa, llegaron a un país de proletariado minoritario, indefinido socialmente e incipiente. Las que ubicaban al campesinado en un rol subalterno y secundario fueron difundidas en un país en que existía una larga tradición de luchas campesinas y donde el campesinado constituía las cuatro quintas partes de la población. Donde existía una nacionalidad aún no formada era precisamente allí donde el problema nacional era descartado, subestimado o usado solamente como tema retórico.

Hoy día, la izquierda hace frente a un mundo que cambia aceleradamente, más rápidamente que su percepción de la situación y, por ello, corremos el peligro de que nuestra comprensión del presente se realice recién cuando éste se haya convertido en pasado. Hoy día, el imperialismo financiero de exportación de capitales que analizó Lenin se ha convertido en el poder planetario de las transnacionales; la propiedad y el uso de la técnica parece ser ya una fuente de poder más importante que el capital financiero; la revolución socialista triunfante en un solo país se ha convertido en un conjunto de países que tienen sus propias contradicciones y competencias por áreas de influencia, y hasta enfrentamientos armados; el crecimiento del proletariado ha sido menor que el de las clases medias y los sectores terciarios y marginales; el problema indígena ha sido casi superado por la migración interna y la urbanización acelerada; las diferencias raciales están siendo amenguadas por el mestizaje; nuestros estados nacionales se hacen más complejos, y nuestras clases dominantes se amplían y diversifican; el poder militar tiene en algunos países una capacidad de decisión equiparable al poder oligárquico; y, en fin, nuestra dependencia de los poderes económicos y políticos contemporáneos cobra nuevas formas y modalidades.

Por otra parte, nuestros pueblos siguen haciendo, trabajosamente, su camino hacia la madurez mediante experiencias tan variadas como no consolidadas están nuestros regímenes políticos. Así, América Latina ha presenciado sublevaciones campesinas de carácter masivo, luchas de los trabajadores mineros que bordean la insurrección; movimientos huelguísticos de los obreros industriales; nacionalismos y reformismos militares; golpes de estado; frentes populares electorales; movimientos guerrilleros en la ciudad y el campo; sublevaciones militares y caudillismos civiles; partidos populistas y sectarismos minoritarios. La multiplicidad de experiencias que ha vivido América Latina revela por sí misma que la vía del cambio social no es unilineal, ni puede estar concentrada en un solo modelo, ni será abierta por una sola clase social.

Todo ello configura un mundo esencialmente nuevo y exige también un nuevo sistema de conceptualizaciones, nuevas estrategias políticas, nuevos programas de acción y un lenguaje renovado, sin los cuales, las izquierdas latino-

americanas no podrán ubicarse en una posición social y política que les abra perspectivas hacia el poder.

A diferencia de la época en que se recibía experiencias ya vividas y se aplicaba modelos elaborados en forma de "paquetes" ideológicos para difundir entre las masas, se trata ahora de un conjunto de cuestiones a discutir. Las izquierdas de hoy, no tienen tanto un sentido místico de su misión como portadoras de una verdad a divulgar entre las masas, sino una voluntad de reflexionar y elaborar. Algunas de estas cuestiones, son las siguientes:

1] ¿En la situación actual de América Latina, es realmente posible ensayar revoluciones antimperialistas del corte clásico o se trata más bien de diseñar estrategias que incluyan el enfrentamiento con determinadas áreas económicas y políticas del mismo y el entendimiento con otras? Ello va ligado a otra cuestión no menos importante: ¿es posible realmente, acabar bruscamente con nuestra dependencia de los países imperialistas o debemos resignarnos a disminuir esa dependencia, preservando al máximo nuestras áreas de decisión autónoma o ensanchándolas de acuerdo a una estrategia más o menos adecuada a factores y condicionamientos coyunturales? Hoy parece cada vez más claro que, si el colapso del imperialismo no pasa de ser una hipótesis no comprobable a corto plazo, América Latina se encuentra frente a la necesidad de diseñar estrategias flexibles en sus ineludibles relaciones con el imperialismo, a la vez que plantear su sistema de relaciones con las potencias y países del campo socialistas.

2] Parece claro que construir las bases para un crecimiento autónomo equivale a construir economías autacentradas, organizadas para el uso óptimo de nuestros recursos naturales y la satisfacción de las necesidades básicas de nuestros pueblos. Aun cuando nuestras izquierdas no tengan el poder, deben cultivar su voluntad y capacidad de gobernar. Pero esto supone plantearse un complejo mecanismo de medidas que abarcan múltiples campos, y diseñar las políticas correspondientes, dirigidas a hacer realidad los proyectos nacionales planteados para cada país. E implica también estrategias de entendimiento en cada campo con los grupos económicos existentes para lograr que cumplan el rol que se les propone en el proyecto. Se trata a la vez que del planteamiento de uno o algunos "modelos", de la realización de una estrategia que requiere una dirección política no dogmática, y permeable a los cambios de la realidad.

3] Ello quiere decir también que las antiguas

testimonio



argentina: el síndrome de nuremberg

peronismo: enigma europeo • el reto sindical • censura y transgresión • brasil: iglesia y pueblo • mujeres en la paz • mujer y latinoamérica

AÑO I No. 1 MARZO/ABRIL 1980 100 Ptas.

SUSCRIPCIÓN

(por 6 ó 12 números):

España: 600 ó 1.200 pesetas

Europa y México: 12 ó 24 U\$A

Otros países: 15 ó 30 U\$A

Apartado postal No. 32.142, Barcelona.

demandas antimperialistas y por la reforma agraria, que constituyeron ideas-fuerza en muchos de nuestros países, van dejando de tener sentido en cuanto no expresan, por sí mismas, una posición política dirigida a la liberación de nuestros pueblos. La denuncia del imperialismo debe ser reemplazada por planteamientos integrales de reconstrucción de nuestras economías y rescate de nuestras culturas. Ya no se trata tanto de definirse antimperialistas sino de establecer cómo somos antimperialistas y qué tipo de antimperialismo portamos; es decir aquél que proponiendo soluciones concretas a nuestros problemas trascienda los límites de la denuncia y la retórica, incluya planteamientos que son capaces de despertar la adhesión de amplios sectores sociales.

Lo mismo sucede con la reforma agraria. Desde 1930 hasta hoy, algunos países de América Latina han desarrollado experiencias de reforma agraria. Y el resto del mundo rural está siendo alterado por la penetración de las transnacionales, y procesos de acelerada migración interna. El problema del campo sigue siendo central en cuanto afecta nuestra producción de alimentos pero lo es menos en cuanto tiene que ver directamente con la vida de cada vez menos personas. El problema de la vida en la ciudad ha sustituido, en urgencia, al de la población campesina, aun cuando ambos están ligados por una problemática común. Cada vez resulta más claro que la reforma agraria debe ser, en nuestros países, un proceso de transformación socioeconómica integral y, por tanto, mucho más amplio que la simple redistribución de la tierra y eliminación del latifundio que plantearon los marxistas latinoamericanos de los años 30 y que realizaron algunos países del continente como Perú y Bolivia. Y es que la redistribución de la tierra debe ser acompañada, para que tenga éxito, de una reubicación de la economía rural, dentro del conjunto de nuestras economías nacionales.

4] Existen además un conjunto de problemas que exigen respuestas y constituyen tareas urgentes para nuestros países. Ellos son: la producción masiva de alimentos con recursos propios; la salud general de nuestras poblaciones; la búsqueda y consecución de fuentes propias de energía; la movilización económica y política de las masas des o subempleadas; la búsqueda de criterios adecuados para la transferencia de tecnologías o el desarrollo de tecnologías propias; el cambio de nuestros patrones de consumo y la reorganización de nuestros aparatos productivos. Algunos problemas que están detrás de las tareas planteadas han existido antes y otros constituyen parte reciente de nuestra época.

Sin embargo, una vez más la diversificación de la izquierda marxista latinoamericana en sus variantes prosoviética, maoísta, trotskista, etc., no es contraparte de la multiplicidad del fenómeno latinoamericano sino de los centros de poder del mundo socialista. Por ello, su dispersión física y sus rivalidades encubren un conjunto de conceptualizaciones y planteamientos, que es el mismo de los años 20 y que, en gran parte, sobrevive hasta hoy como elemento común a todas estas tendencias: la concepción del imperialismo como fase final del capitalismo, la esperanza en el crecimiento cuantitativo y cualitativo del proletariado como condición determinante del cambio revolucionario, el señalamiento del problema indígena como esencial en los países andinos; la idealización del modelo de organización bolchevique como aquél que garantiza la toma del poder; la sujeción de los partidos nacionales al liderazgo de un país y un partido guías.

El camino de la izquierda hacia el poder

Lo anterior se refiere tanto al mundo en que vive la izquierda latinoamericana hoy, como a la conciencia que de él tiene, o debe tener. Ahora bien, ¿qué relación tiene todo ello con el camino de la izquierda hacia el poder? El punto de partida de la izquierda fue su convocatoria al proletariado y en segundo lugar al campesinado y las clases medias. Hoy también los sectores y grupos sociales en capacidad para participar parecen multiplicarse y precisarse a la vez. En primer lugar, es evidente que el papel del proletariado varía según el grado de industrialización de nuestros países. En Argentina, la organización obrera constituye ya una institución nacional y ha resistido a los más bruscos e



insólitos cambios políticos. Pero, a la vez, por las dimensiones de su burocratización, no parece ser una fuerza capaz de liderar por sí misma, una transformación social. En Brasil, el surgimiento de grandes sindicatos industriales no marcha paralelo a la centralización de los mismos y el peso de los sectores terciarios de la economía parece ser cada vez más grande. En Chile, hasta antes de la caída de Allende, la clase obrera jugó un rol protagónico en la vida política, equiparable al de los grandes partidos. En Bolivia, país de menor desarrollo relativo, los mineros siguen siendo el centro de gran parte de la vida política. En fin, cada país parece ser un caso a estudiar individualmente. Y lo mismo acontece con el campesinado, cuyo rol varía según la singularidad de cada país. Sin embargo, es evidente que el crecimiento cuantitativo y cualitativo del proletariado, su número efectivo, su relación con los mecanismos claves de la economía, su nivel de organización, de reclamo, y su conciencia de los problemas nacionales, no corren paralelos con las urgencias anteriormente descritas. Más aún parece ser que la complejidad de los problemas técnicos que lleva aparejado el análisis y encaramiento de nuestras cada vez más complicadas realidades, está cada vez más lejos de las posibilidades del proletariado y las clases pobres de nuestros países, de lograr realmente, hegemonizar nuestros procesos políticos.

Ello obliga también a replantear el problema de las clases y grupos que están en condiciones de participar en los cambios sociales que se proponen para América Latina. A pesar de la derrota de los procesos chileno, boliviano y peruano, la década de los setenta ha aportado nue-

vos elementos de cambio, al presentar casos de variación sustantiva del rol tradicional de instituciones como la iglesia y las fuerzas armadas, en varios países. Ello obliga a considerar con más atención y menos prejuicios, lo que acontece dentro de cada una de estas instituciones, sin exagerar los fenómenos, pero también sin ignorarlos. Por otra parte, el crecimiento y complejización del estado (entendido en su sentido estricto de aparato burocrático) ha acrecentado la influencia de las capas tecnoburocráticas, cuyo rol aparece menos subordinado a su propio aparato, en la medida en que los conocimientos y las técnicas que portan son cada vez más escasos, y, por tanto, más valiosos. Todo ello corre paralelo al desarrollo de los sectores intelectuales, a la masificación de las universidades y al perfeccionamiento de las técnicas de investigación que nos proporcionan cada vez más "materia prima" para nuestra interpretación de la realidad.

Lo anterior es objetivamente cierto y fácilmente demostrable. Ocurre sin embargo, que acrecienta la preeminencia de las clases medias ilustradas sobre el resto de los sectores no oligárquicos de la sociedad. Tanto en el caso de la iglesia progresista como de las fuerzas armadas, como de la tecnoburocracia y la intelectualidad, se trata de grupos sociales que ya han logrado una ubicación expectante dentro del sistema actual y que no tienen nada que ganar con un nuevo sistema, que no sea la satisfacción de ver sus deseos cumplidos. Pero sí pueden perder con una transformación profunda, con el "desorden" que acompaña a toda revolución violenta o con la redistribución del ingreso que debe acompañar a toda revolución que



merezca tal nombre. Si ello es así, la revolución latinoamericana, se encuentra frente al curioso fenómeno de tener aliados importantes pero no sectores líderes ni protagónicos. Por ello, el sujeto de una nueva hegemonía se esfuma si se pasa del discurso a la realidad.

Hay un factor adicional. Y es que la transferencia de conocimientos nuevos, que es también de posibilidades nuevas de cambio, no se está realizando con la suficiente rapidez, de la "clase intelectual" a la "clase política". Cada vez aparece con mayor claridad también, el nuevo rol "intermediario" que cabe a los partidos entre las necesidades de los sectores populares y las posibilidades planteadas por los sectores intelectuales. Pero ello, y otras razones que expondremos más adelante, lleva también a replantear el rol de los partidos políticos revolucionarios en nuestro continente. Cabe preguntarse si, en el pasado, los líderes políticos revolucionarios no estuvieron más cerca de los sectores intelectuales que hoy. Ello fue así porque el nacimiento de nuestras izquierdas tuvo que ver también con el surgimiento de nuestras clases medias y la incapacidad de los estados oligárquicos para asimilarlas. Hoy la situación es diferente. Mientras más crecen los estados y más asimilan a ciertos sectores intelectuales, más se apartan éstos de la acción directa de carácter político; la calidad de las dirigencias de ciertas izquierdas y su capacidad de pensar, descenden y quedan circunscritas a la repetición de las denuncias o a la demagogia. La política sufre también las consecuencias de la mafización.

Por otro lado, parece imposible que, dadas las actuales condiciones de América Latina, el poder político, entendido como el gobierno del aparato burocrático estatal y la dirección de la sociedad civil en términos gramscianos pueda ser asumido por un solo partido, por más respaldo de masas que éste pueda tener. Hay para dudar, razones puramente físicas, de ocupación del territorio, y razones cualitativas, de autoridad y capacidad dirigente. Naturalmente, siempre es posible especular sobre el tradicional esquema estratégico de la gran revolución social conducida por un heroico partido que es depositario de los intereses históricos del proletariado. Eso no se ha producido en América Latina y de producirse, si nos atenemos a las lecciones de otros pueblos, daría como resultado una conmoción social, pero no necesariamente el tipo de sociedad que preconizamos. El entorno no es favorable, y nuestras sociedades son cada vez más complejas, nuestros problemas cada día mayores, para que una sola institución, por mejor organizada que estuviere, pueda asumir, individual y excluyentemente, la dirección de toda la sociedad para la transformación de su sistema. Y ello es doblemente válido si nos referimos, no ya a dicha institución política en el poder, sino a otro problema igualmente decisivo: el camino que ella debe seguir hacia el poder.

Parece pues ineludible plantearse una política de alianzas y concertación de varias fuerzas sociales e instituciones políticas. Hemos mencionado ya algunos de los nuevos factores de los últimos tiempos que pueden acompañar a las clases populares en la tarea de transformar el sistema. Pero ¿cómo hacer que las clases po-

pulares sean protagonistas y no objeto de los cambios sociales? ¿factores y no territorio a hegemonizar o campo de experimentación? Sin duda, los partidos y organizaciones de izquierda deben replantear también la práctica tradicional que convertía a la organización popular en correa de trasmisión de las decisiones de las vanguardias políticas. Una vocación y una práctica de servicio que respete la personalidad de las organizaciones, su proceso de aprendizaje y su derecho a ensayar, experimentar y equivocarse, es consustancial a una nueva metodología de trabajo cuyo objetivo central debe ser lograr que los trabajadores aprendan a llevar a cabo con éxito las tareas del gobierno. En este sentido, la democratización de las empresas, la evolución socialista de las comunidades campesinas, el perfeccionamiento del cooperativismo, el manejo democrático de las comunas locales y las circunscripciones territoriales, en una palabra el planteamiento autogestionario, constituyen una nueva manera de encarar la lucha popular, que ya no se circunscribe a la reclamación económica, y que debería conducir a un nuevo tipo de socialismo en que el ejercicio de las más amplias responsabilidades por parte del pueblo organizado constituya una necesidad tan básica como las de alimentación, vivienda, salud y vestido.

Es esta relación de respeto mutuo y cooperación entre organización política y organización popular la que debe constituir el principio de la política de alianzas. Ella tiene por objetivo contribuir a la educación de quienes deben gobernar las sociedades por las cuales luchamos para llenar el lugar que le corresponde al pueblo organizado como sujeto histórico de la revolución social, lugar que aún permanece vacío en América Latina u ocupado, más o menos precariamente, por los partidos o "vanguardias" de la clase media. Por tanto, la idea de frente político de partidos que, se supone, implica frentes de clases, merece también ser reexaminada, puesto que los actores se han diversificado y sus relaciones deben variar. Parece ser que la concertación no institucionalizada o concertaciones sucesivas para cada paso a dar o etapa a cubrir, resultaría más adecuada que los tradicionales frentes políticos, escenario de luchas internas por el control, antes que de conjuntas tareas constructivas.

Estas alianzas o concertaciones, transitorias en unos casos y estables en otros, tienen sentido en la medida que corresponden a los proyectos económicos y sociales planteados los que, a su vez, deberían ser formulados democráticamente, con la participación de los más diversos sectores sociales incluyendo naturalmente a las organizaciones populares. Por ello, en América Latina, el secreto del acceso al poder, más que en el crecimiento de las organizaciones revolucionarias consideradas individual y exclusivamente, está en su capacidad de concertar alianzas y en su habilidad para avanzar a través de ellas, sobre todo en los casos en que los sectores favorables a los cambios sociales constituyen mayorías dispersas y desarticuladas.

Desde nuestro punto de vista, la nueva izquierda que empieza a surgir en el continente, debería portar una nueva imagen del mundo, nuevos proyectos nacionales, estrategias, políticas de alianzas, metodologías de trabajo y criterios de organización. Cada vez hay menos de común entre ella y la izquierda marxista-leninista de los años 30, surgida de otro tiempo y otras condiciones históricas, salvo la voluntad de cambiar totalmente la sociedad, lo que la diferencia a la vez, de las capillas ortodoxas y de los reformismos. Empieza pues a existir una nueva imagen del socialismo y nuevas formas de trabajar por él. Hace más de cuarenta años, el revolucionario peruano José Carlos Mariátegui decía que la palabra socialismo supone, abarca, antecede a todos los adjetivos y que, por tanto, porta una definición que no necesita más precisiones ni calificativos. Hoy no podemos decir lo mismo. El socialismo ha significado voluntad de transformación del mundo, heroísmo y entrega, pero también ha existido, existe, toda suerte de distorsiones, confusiones y alteraciones en su nombre. Desbrozar todo ello, precisar las nuevas tareas, dar forma a un diseño socialista contemporáneo y verdaderamente revolucionario y popular, es la tarea central de esta época.

LA DESAPARICIÓN DE NICOS POULANTZAS

La respuesta que es difícil de encontrar

Marco Diani

MARCO DIANI: En el debate sobre la "crisis del marxismo", o mejor de los marxismos, ha sido recuperado y desarrollado el tema de la "responsabilidad de la teoría". Por tu parte, has recordado con frecuencia que no se pueden atribuir a la teoría responsabilidades que no tiene. ¿Se puede deducir de esto que te sientes propenso a separar los presupuestos teóricos de la práctica y de las realizaciones políticas?

NICOS POULANTZAS: Precisemos. En un primer momento quise intervenir en el centro de una polémica, la denominada por el antimarxismo histórico de los *nouveaux philosophes*, en la que el marxismo era identificado directa y simplemente con el *gulag*. En mi opinión es cada vez más urgente abandonar la concepción, impresa por Lenin al marxismo y todavía muy resistente, fundada en la adecuación entre teoría y práctica, y con base en la cual se reconocen y se clasifican los "retrasos" y los "descartes" atribuidos a las vicisitudes de la historia. ¿Y si, en cambio, abandonásemos una determinada visión de la cientificidad, aceptando la idea de una *tensión estructural*, entre la teoría, cualquiera que ésta sea, y la práctica? En este sentido, el marxismo no es responsable del *gulag* más de cuanto lo son Sorel del fascismo y Nietzsche del nazismo. Se corre el riesgo, no obstante, de "abolver" al marxismo de las dificultades encontradas en la realización del socialismo. Creo que para evitar esto se debe acentuar la separación entre Marx y Lenin. No sólo abandonando, como ya ocurrió, la canonización estaliniana del "marxismo leninismo" sino reconociendo que en el leninismo, aun en su pureza "teórica", existen consideraciones y elementos que pudieron favorecer la afirmación del estalinismo.

MD: Pero esta separación entre Marx y Lenin, ¿no te parece una operación de "retorno a los orígenes", ya intentada otras veces? Y por lo demás ¿cuál es la utilidad que puede tener frente a los problemas totalmente nuevos que hoy se plantean?

NP: En Marx existen elementos totalmente contradictorios respecto de las teorías de Lenin: no obstante las críticas al carácter formal de las libertades, siempre hubo una preocupación hacia las instituciones de las democracias representativas que no es fácil encontrar en Lenin. Pero no debemos eternizarnos sobre este añoso debate, entre otras cosas porque frente tanto a los problemas nuevos vinculados a la crítica de los países socialistas como sobre todo a los problemas del eurocomunismo y de las dificultades de acceso de la izquierda al gobierno en Europa, las respuestas no se encuentran ya acabadas ni en Marx, ni en Lenin, y ni siquiera en Gramsci. Contrariamente a Althusser, he sido influido profundamente por el pensamiento de Gramsci; sin embargo, a medida que pasa el tiempo más me convengo de que Gramsci no signa, como largo tiempo creí, una época completamente nueva de reflexión teórica. Gramsci, ciertamente ha determinado por primera vez un conjunto de problemas que tenemos todavía en frente nuestro: la ampliación del estado, la gran sensibilidad hacia la sociedad civil, la presencia de las masas populares en la constitución del estado; pero razona siempre en el interior de una concepción fundamentalmente leninista; su problema es esencialmente el de aplicar la estrategia leninista en Occidente. El estado permanece siempre como un bloque más o menos monolítico a conquistar, no ya con una guerra de movimiento, es cierto, pero no obstante siempre a expugnar. La problemática del cerco y de la guerra de posición permanece fundada sobre la teoría del doble poder: he aquí por qué creo, pero otros lo han dicho antes que yo, que Gramsci no tenía una teoría

positiva del ejercicio del poder, de las instituciones de la democracia representativa en la transición al socialismo democrático. Falta una teoría del pluripartidismo, del estado de derecho. Gramsci escribió el acta de defunción de la III Internacional, abriendo grandes senderos teóricos para los que vinieron después de él. Sin embargo, permanece inmerso en la problemática de su tiempo y creo que no puede sernos de mucha ayuda en una tarea que es completamente inédita.



MD: Ahora, agotadas las premisas, vayamos a los nuevos problemas que las izquierdas afrontan en Europa, en particular a los efectos de la crisis política e institucional sobre la estrategia de los "partidos del eurocomunismo". Muchos hablan de inadecuación, de crisis, de la "forma partido".

NP: En la actualidad hay una crisis de los partidos políticos, pero yo no hablaría de crisis de la "forma partido"; esto significaría que existe una crisis de la "forma estado", lo cual creo que es un error. La crisis de los partidos es doble. En primer lugar se manifiesta en el sistema de los partidos en general, y por eso también en los partidos de izquierda, y se debe principalmente a las profundas transformaciones estatales en curso. Se asiste a un desplazamiento de las funciones, antes confiadas a los partidos políticos, hacia la administración del estado, y es en este sentido que hablo de "estatalismo autoritario". El papel de los partidos como representantes de las clases sociales frente a la administración del estado, del cual se convierten en los interlocutores privilegiados, está hoy en declinación. De aquí se derivan tanto las formas de corporativización institucional como la crisis del sistema de partidos, los cuales van perdiendo también una serie de funciones ideológicas fundamentales para la creación del consenso y de su propia legitimación.

Existe, sin embargo, un problema específico de los partidos obreros de masa, tanto socialdemócratas como eurocomunistas, de identidad y de estrategia política. Se habla de partidos "obrer" (aunque jamás lo fueron en sentido estricto)

to) porque, aun cuando habían alcanzado dimensiones de masa, la primera referencia organizativa seguía siendo la fábrica, el lugar de trabajo. Ahora bien, no obstante que a causa de la especificidad de la crisis económica actual se desarrollan nuevas formas de lucha en el interior de los lugares de trabajo, el hecho nuevo es el de que la profunda crisis del *Welfare State* está en el origen de numerosísimos movimientos sociales "externos" a los lugares físicos de la producción y en parte extraños, cultural, política y socialmente, a los tradicionales contenidos reivindicativos de los años precedentes. Si esta hipótesis es válida, la crisis de los partidos obreros de masa no se refiere tanto y sólo a la "forma", a un reflejo organizativo de quien está instalado en la búsqueda de un paraíso perdido, el partido globalizador, el momento supremo de la síntesis política sino que es una crisis sociológica mucho más profunda, la cual exige revisiones que van mucho más allá de la ingeniería política. No sólo los partidos eurocomunistas están en dificultades por haber abandonado el modelo estaliniano sin lograr encontrar un sustituto válido, sino que las dificultades aparecen siempre que entran en contacto con movimientos sociales que pierden con rapidez cada vez mayor la connotación de "marginales".

MD: Si las dificultades de los partidos eurocomunistas no son resolubles a través de la renovación o con la simple invención de nuevas "formas", ¿cuáles son entonces las indicaciones políticas a tener presentes para entender, primero, y tratar de superar, luego, tales situaciones?

NP: Parecerá paradójico, pero creo que una de las razones de las dificultades está en un exceso indistinto de política, una suerte de hiperpoliticismo. Me parece que es un problema vinculado estrictamente al modo de ser de los partidos obreros de masa, de los que hablaba antes. Existe una gran dificultad para aceptar plenamente la idea de una tensión estructural que debería crearse y existir permanentemente entre los partidos y los movimientos sociales. ¿Por qué hablo de exceso de política? Porque aun cuando se le reconoce una amplia autonomía a los movimientos sociales, la presencia eventual del partido está siempre fijada en torno a la concepción del partido como lugar de la globalidad y de la síntesis. Hasta Ingrao, bastante lúcido en visualizar los problemas de los que habla, usa a propósito de los movimientos sociales el término de "constelación": ¿en torno a quién?, ¿cuál es su centro? Yo me pregunto cada vez con mayor frecuencia si es justo decir que existe un defecto de política en nuestra sociedad. ¿Estamos seguros de no caer en el "panpoliticismo", una de las más grandes ilusiones ideológicas heredadas de la historia de estos últimos años?

El fondo del problema consiste, quizás, en reconocer que no todo es político, que existen límites de la política de la "politicización"; es preciso adaptarse a pensar que pueden existir espacios de libertad para nuevos proyectos colectivos, para la expresión de nuevas subjetividades que escapan a la política o mejor a ciertos límites de la política.

MD: Con la herencia teórica y política que se tiene detrás, esto no parece una operación de poca monta. Es casi una revolución copernicana.

NP: En efecto, me parece un término apto. Precisamente porque se ha abandonado un viejo modelo de partido, aunque haya sido en otros tiempos necesario, se debe abandonar una serie de funciones que no tienen ya mucho sentido. No pienso solamente en lo que me parece un cierto "hiperpoliticismo" de Gramsci a propósito de la moral, la estética y todo lo que hoy confusamente es definido como "privado", y con frecuencia recuperado sin ningún espíritu crítico. Me refiero nuevamente a esa irreducible tensión que siempre existirá entre movimientos sociales y partidos, y que es, a mi entender, el efecto de una socialización, de una difusión de la política, signo de crecimiento civil inmenso y que, lo repito, puede ofrecer

la ocasión a los partidos del eurocomunismo para encontrar una nueva forma de presencia en la sociedad y nuevas relaciones, no subordinadas a la instancia de globalidad, con los movimientos que la atraviesan. Esquemáticamente, y para concluir sobre este punto, pienso que se debe aceptar la idea de que nunca habrá "suficiente" política en una sociedad; pero en esta ausencia no debe encontrarse un límite, sino un dato positivo, en particular cuando se logre limitar la intervención del estado; no existen límites naturales para la política, pero el espacio de la individualidad en la fase actual es el estado quien tiende a ocuparlo.

MD: *¿Pero no te parece que el abandono de la figura del partido como "instancia de la globalidad" implica algunos corolarios teóricos, en particular acerca del sentido a otorgar al concepto de "hegemonía" de la clase obrera?*

NP: Es un concepto fundamental que debe ser profundamente repensado. En efecto, me parece que las categorías del marxismo tienden a considerarse como "naturalmente" resuelto el problema de la relación entre la clase obrera y la democracia política. ¿No existirá en cambio —yo me pregunto— una relación entre la subestimación subyacente en Lenin de la importancia de la democracia formal y una teoría que da por descontado un papel "espontáneamente" democrático de la clase obrera? Si es verdad que se quieren buscar los "retrasos" en la teoría política marxista, este tema me parece central. Se trata de entender, como la experiencia enseña, que ninguna clase por sí misma, por su propia naturaleza, está destinada a ser garantía de la libertad si no interviene un proyecto consciente en tal sentido. Es necesario saber mirar, sin mitos y sin resistencias, dentro de las estratificaciones, de las divisiones, de las complejidades internas que caracterizan a la clase obrera. Ella tiene necesidad de la democracia y de las instituciones democráticas no sólo para defenderse de sus enemigos sino también para "defenderse de sí misma" en el momento en que asume el poder político. Comprender esto es importante para no subestimar, como algunos marxistas hicieron, el inmenso trabajo de invención necesario para la elaboración de una teoría política democrática de la transición al socialismo.

[Reportaje realizado por Marco Diani y publicado en *Rinascita*, núm. 39 del 12 de octubre de 1979, pp. 25 y 26. Traducción del italiano de J.A.]

BIBLIOGRAFÍA DE POULANTZAS EN ESPAÑOL

Poder político y clases sociales en el estado capitalista, México, Siglo XXI, 1969.

Hegemonía y dominación en el estado moderno, Cuadernos de Pasado y Presente núm. 49, México, 1969.

Fascismo y dictadura, México, Siglo XXI, 1971.

Las clases sociales en el capitalismo actual, México, Siglo XXI, 1976.

Las crisis de las dictaduras. Portugal, Grecia y España, México, Siglo XXI, 1976.

Estado, poder y socialismo, México, Siglo XXI, 1979.

"El estado, el poder y nosotros", en Nicos Poulantzas *et al.*, El problema del estado y la dictadura del proletariado, Puebla, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, 1978.

"Problemas actuales de la investigación marxista sobre el estado", en Nicos Poulantzas *et al.*, El problema del estado y la dictadura del proletariado cit.

La presencia de Poulantzas en América Latina

Emilio de Ípola

Que un latinoamericano comience una nota en homenaje a Nicos Poulantzas diciendo que este último conocía muy poco las realidades de América Latina puede parecer inapropiado o, al menos, paradójico. Creemos, sin embargo, que ese comienzo es necesario para una justa evaluación de su aporte; puesto que, si hay algo en verdad paradójico, es precisamente el hecho de que, a pesar de su escasa familiaridad con nuestros problemas, lo que la reflexión sociopolítica latinoamericana debe a la obra de Nicos Poulantzas difícilmente podría ser exagerado.

Cierto es que, aun conociéndola mal, Poulantzas no ignoraba a América Latina; era, por el contrario, particularmente sensible a nuestras preocupaciones: no por azar, supo mantener durante toda su vida intelectual un diálogo constante con amigos, colegas y estudiantes latinoamericanos. Pero es indudable que América Latina conocía mejor a Poulantzas que Poulantzas a América Latina. Disimetría ésta que expresa bien el hecho de que, mientras que Poulantzas no escribió prácticamente nada sobre nuestros países, la casi totalidad de sus trabajos fue traducida al español y tuvo una amplia difusión en nuestro continente. Sus análisis fueron tema de discusiones, de mesas redondas, de seminarios y, más allá del ámbito académico, ejercieron una innegable influencia sobre la reflexión política de las izquierdas latinoamericanas. Es que, a pesar de que Poulantzas sólo raramente se refirió en forma explícita a América Latina, casi todo aquello que escribía y publicaba parecía estar dirigido a nosotros: a nuestros interrogantes, nuestras incertidumbres, nuestras expectativas. Para convencerse de ello, basta con recorrer los principales análisis sobre la sociedad y la política latinoamericanas aparecidos en los últimos diez o doce años: será difícil encontrar alguno que no discuta, utilice o, al menos, mencione los trabajos de Poulantzas.

Ahora bien, ni el azar ni la moda pueden dar cuenta de ese interés permanente suscitado por su obra en nuestro continente; las razones que abonan tal interés son diferentes y, en nuestra opinión, mucho más profundas. En las líneas que siguen intentaremos sacar a luz algunas de ellas. Procurando explicar cuánto y por qué la obra de Poulantzas nos concierne, esperamos mostrar al mismo tiempo cuánto y por qué su desaparición nos concierne. Y nos consterna.

Curiosamente, el primer libro de Poulantzas traducido al español no existe, como tal, en francés: se trata de *Hegemonía y dominación en el estado moderno* (1969) y reúne cuatro artículos publicados por el autor entre 1964 y 1967. La compilación está precedida por un prefacio destinado al público latinoamericano: en él Poulantzas traza rápidamente los principales jalones de su evolución intelectual, marcada al mismo tiempo por la crisis del estalinismo y el precario desarrollo del marxismo en Francia.¹ Situación paradójica que Poulantzas resume en párrafos breves pero suficientes: el clima de relativa libertad de investigación y de reflexión engendrado por la crisis del estalinismo no había dado lugar, al menos en Francia, al esperado renacimiento de un marxismo científico creativo. Años durante los cuales los jóvenes investigadores marxistas, como Poulantzas, debían buscar de qué nutrir su reflexión o bien fuera del marxismo (en Sartre, por ejemplo) o bien fuera de Francia (en Gramsci o en la escuela delavolpiana). Poulantzas, por su parte, comenzará a tomar distancias con respecto al existencialismo sartreano, al cual no deja empero de rendir un justo homenaje, apoyándose en la producción marxista italiana.

No tardará sin embargo el momento en que su pensamiento se identificará abiertamente con los ejes mayores de la problemática althusseriana. Este encuentro, al cual se refiere también el mencionado Prefacio, es perfectamente explícito en el último de los artículos reunidos en la compilación (*Marx y el derecho moderno*). De todos modos, no deja quizá de ser signifi-

cativo el hecho de que el reencuentro de Poulantzas con un marxismo no dogmático y creativo haya pasado, con antelación a su adhesión al althusserismo, por la escuela italiana.

Fue sin duda a partir de la publicación en castellano de *Poder político y clases sociales en el estado capitalista* (1969) que Poulantzas comenzó a ser conocido en América Latina. Para entonces, se habían ya difundido los dos principales trabajos de Althusser y su equipo; *La revolución teórica de Marx* había sido traducido en 1967; *Lire le Capital* (al cual se endilgó el caprichoso título de *Para leer el Capital*, transformando de este modo una consigna en una suerte de anuncio de instrucciones de lectura) fue vertido a nuestra lengua en 1969. En los medios intelectuales latinoamericanos, las tesis althusserianas suscitaban reacciones que iban desde el rechazo absoluto hasta la adhesión ferviente; en esos momentos, sin embargo, el debate alrededor del althusserismo sobrepasaba apenas el marco de la filosofía universitaria. Se captaba poco y nada el sentido y el alcance políticos de la problemática althusseriana. En lo que se refiere a las organizaciones de izquierda, parecían no sentirse concernidas por ese discurso abstracto, difícil de asimilar y más aún de ser aplicado en análisis políticos concretos.² Salvo algún comentario esporádico, generalmente crítico. Althusser y su escuela sólo provocaron silencio —un silencio más desconfiado que expectante— en el seno de las izquierdas latinoamericanas.

Ahora bien, la filiación althusseriana de *Poder político y clases sociales*... era por demás notoria. No obstante ello, ese libro fue recibido de un modo muy diferente del que lo fueron los trabajos del Althusser (y contribuyó, sea dicho al pasar, a una reevaluación parcial de estos últimos). Sucede que Poulantzas no se limitaba a resumir y a vulgarizar, como lo haría un difundido manual de Marta Harnecker, a Althusser, Balibar y Cía.; tomando como base las principales categorías y tesis del althusserismo, y desarrollando otras nuevas, el libro ofrecía una primera respuesta elaborada y sistemática a temas muy actuales del pensamiento marxista: el estado, el poder, las clases sociales, en tanto núcleos problemáticos claves de la teoría política. Por otra parte, *Poder político*... no se limitaba a ofrecer un marco teórico general sino que estaba en gran parte centrado en el análisis de las formas del estado y las clases sociales bajo el capitalismo; y ese análisis, además de su indudable interés, tenía el mérito anexo de ofrecer instrumentos teóricos y metodológicos capaces, no sólo de aclarar una buena cantidad de problemas y confusiones acerca del estado y las clases en el capitalismo, sino también de ser productivamente utilizados en estudios empíricos concretos.

Es claro que se trataba de un libro "de teoría", no siempre fácil de comprender y a veces oscuro; pero se lo leyó con aplicación —incluso con fervor— y, sobre todo, fue ampliamente utilizado en América Latina. Es que, a pesar de sus límites y sus errores, es imposible negar que llenaba sensible vacío entre nosotros.

Por cierto, la distinción que en él se planteaba entre el llamado nivel de las "estructuras" y el de las "prácticas" era, o bien misteriosa, o bien insostenible;³ sus "ejecuciones sumarias" de Max Weber y a menudo del propio Gramsci parecían superficiales e injustas, —por no decir caprichosas,⁴ su definición de las clases sociales, que se hacía cargo de las determinaciones políticas e ideológicas de estas últimas por medio del concepto de "efectos pertinentes", rozaba la tautología; en fin, la afirmación según la cual las "instancias" económica, política e ideológica constituían "lugares formales de toda estructura social posible" sonaba un poco demasiado a estructuralismo —sin contar el hecho de que, habiendo definido la instancia política en términos de "poder institucionalizado del estado", esa afirmación generalizante llevaba a la insólita conclusión de que el estado

debería ser considerado como algo "eterno", como un nivel inherente por principio a toda forma de sociedad.

Y sin embargo, a pesar de sus limitaciones, ese libro publicado hace casi doce años continúa siendo un instrumento útil en los análisis políticos marxistas. La razón de ello es simple: reléanse sus reflexiones sobre el funcionamiento del estado capitalista con relación a las clases dominantes y dominadas;⁵ su estudio minucioso de los textos políticos de Marx, en fin, sus distinciones acerca de las formas de estado y de régimen en el capitalismo: se comprobará que esos aportes siguen siendo en buena medida válidos y que superan, de hecho, los límites teóricos antes señalados: se habla en ellos menos de "estructura" que de fuerzas sociales, menos de "cohesión social en general" que de conflictos y contradicciones, menos de "lugares formales" que de procesos históricos y relaciones de fuerza.

En todo caso, son estos aspectos los que ha retenido la lectura latinoamericana de *Poder político* . . . : ellos nos permitieron ver mejor nuestros problemas teóricos y prácticos; y aún hoy en día continúan alimentando nuestra reflexión y nuestros análisis.

Dicho esto, el interés de esa obra es en lo esencial de orden teórico. En cambio, *Fascismo y dictadura* —traducido en 1971— abordaba, a través de un estudio histórico, cuestiones políticas que eran, para nosotros, dramáticamente actuales (lo son todavía hoy): por entonces, un golpe reaccionario acababa de derribar al gobierno progresista del general J. J. Torres en Bolivia, un futuro más que incierto se cernía sobre la experiencia de la Unidad Popular en Chile; por otra parte, la dictadura militar argentina buscaba salvaguardar la continuidad de su política a través de una salida viable; Uruguay no tardaría en caer bajo la égida de los militares; en fin, el régimen brasileño, consolidado económica y políticamente, signaba con su amenazadora presencia al panorama sudamericano en su conjunto. Y, desde hacía largas décadas, teníamos a Duvalier en Haití, a Somoza en Nicaragua, a Stroessner en Paraguay . . .

El libro de Poulantzas no hablaba de todo eso, sino de la Alemania nazi, de la Italia fascista, de la II y III Internacionales, de Hitler y Mussolini, de Stalin y Dimitrov, de la Europa de los años 20, 30, 40. Pero, ¿quién se atrevería a decir que esas "historias", en apariencia doblemente lejanas, lo eran verdaderamente? De hecho, *Fascismo y dictadura*, a pesar de que no hallemos en él ni referencias a América Latina ni tampoco la trabajada armazón teórica de *Poder político y clases sociales* . . . permanece siendo, después de casi diez años, uno de los libros de Poulantzas más cercano a nuestras preocupaciones. No es casual, en ese sentido, que buena parte de los debates actuales sobre la naturaleza de los regímenes militares latinoamericanos utilice esa obra como un importante punto de referencia.

Ciertamente, lo que hemos dicho a propósito de *Poder político y clases sociales* . . . es válido, en gran medida, para *Fascismo y dictadura*: no para disminuir, sino más bien para resaltar sus méritos, debemos hacer notar que este libro no fue objeto de esas lecturas casi religiosas que juzgan necesario transformar siempre un análisis abierto en un catecismo. Por el contrario, suscitó discusiones y críticas diversas, no sólo porque se hallara en él afirmaciones cuestionables, sino también y sobre todo porque la obra misma invitaba a la discusión.

En efecto, como la gran mayoría de los trabajos de Poulantzas, *Fascismo y dictadura* se caracterizaba por conjugar, de un modo casi indisoluble, el análisis sustantivo y el análisis crítico, la tesis positiva y la tesis polémica. Así, pues, por una parte, al presentar al fenómeno fascista como una compleja combinación de determinaciones y contradicciones, Poulantzas rompía críticamente con el reduccionismo simplificador de la mayor parte de literatura marxista sobre el fascismo; por otra parte, procurando no sólo describir sino también explicar dicho fenómeno, lograba impedir que la riqueza del análisis histórico se disolviera en los atolladeros del empirismo. Nada más natural que ese esfuerzo por renovar y enriquecer el análisis marxista del fascismo —al precio de cuestionar más de una arraigada "evidencia"— diera lugar a su vez a críticas . . . y que esas críticas no siempre fueran injustas. Así, por ejemplo, sus propuestas teóricas sobre la naturaleza de

clase de la pequeña burguesía —punto que retomaremos más adelante— resultan manifiestamente insuficientes; cabe decir lo mismo de su explicación de los errores del movimiento obrero y de la Comintern: plantear en efecto que esos errores tenían su fuente en el "economicismo" equivale a ponerle un nombre a los errores en cuestión, pero no a dar cuenta de ellos.

Queda en pie que esas y otras objeciones posibles afectan solamente a aspectos parciales y acotados del análisis de Poulantzas. En esa medida, lejos de rebatir, tienden más bien a poner de relieve el valor y la pertinencia global de su aporte. Punto este último que sus mejores comentaristas, aun los más críticos, no han dejado de señalar.⁶

Publicados respectivamente en 1974 y 1975, *Las clases sociales en el capitalismo actual y La crisis de las dictaduras* fueron traducidos al español durante 1976.

A primera vista, parece posible establecer un paralelo entre, por una parte, la pareja *Poder político y clases sociales* . . . vs. *Fascismo y dictadura* y, por otra, la pareja *Las clases sociales en el capitalismo actual vs. La crisis de las dictaduras*; en ambos casos el primero de los libros proporcionaría el marco teórico del análisis concreto desarrollado por el segundo. En realidad, esta analogía sólo es aceptable con muchas reservas; es cierto que *Poder político* . . . y *Las clases sociales* . . . son libros más centrados en la reflexión teórica que los otros dos; pero, por una parte, hallamos ya en *Fascismo y dictadura* aportes y rectificaciones teóricas lo suficientemente importantes como para que no se pueda reducir esta obra a una simple "aplicación" de las tesis generales de *Poder político* . . . ; por otra parte, si es verdad que esos cuatro trabajos, en su orden de aparición, trazan una suerte de movimiento pendular que va de la teoría al análisis empírico y viceversa, es preciso añadir que la distancia entre ambos polos se torna progresivamente cada vez más estrecha. Hay sin duda mucha teoría en *Las clases sociales* . . . , pero hay también un interesante análisis del funcionamiento y las contradicciones del capitalismo actual y de su impacto sobre la estructura y los conflictos de clase en las sociedades europeas; así mismo, aunque *La crisis de las dictaduras* consiste esencialmente en un análisis del ocaso de los regímenes dictatoriales en Portugal, Grecia y España, dicho análisis incluye de manera intermitente un buen número de indicaciones (e incluso rectificaciones) de indudable carácter teórico.

De todos modos, volviendo a la primera de las obras mencionadas, es innegable que *Las clases sociales* . . . representa un viraje teórico muy significativo en el pensamiento de Poulantzas: tanto la distinción entre el nivel de las "estructuras" y el de las "prácticas" como la afirmación del primado de las primeras sobre las segundas —planteadas con sumo énfasis y oscuridad en *Poder político* . . . — son dejadas de lado y reemplazadas por una nueva distinción, sin duda mucho más pertinente, entre lo que Poulantzas llama la "determinación estructural" de las clases sociales y la "posición" de dichas clases a nivel coyuntural. Ahora bien, a pesar de alguna indicación ambigua del propio autor,⁷ esta nueva oposición es diametralmente diferente de la anterior; en efecto, lo que este libro denomina "determinación estructural de las clases sociales" no designa en modo alguno un dominio exterior y teóricamente "previo" al de la lucha de clases; por el contrario, y aquí citamos sus propias palabras, esta determinación "no existe más que como lucha de clases" (p.13). Sólo que es preciso distinguir —observa Poulantzas— esa dimensión estructural de la lucha de clases de las posiciones concretas asumidas por las diferentes clases, fracciones, capas y categorías sociales en cada coyuntura: la experiencia prueba, en efecto, que esas posiciones concretas no pueden ser automáticamente deducidas del mencionado nivel estructural. Hay, por así decir, una "relación de incertidumbre" entre ambos dominios que debe ser asumida por la teoría y que hace, no sólo posible, sino también necesario, el análisis de coyuntura (de no ser así, este último sería redundante y, por tanto, superfluo).

Quisiéramos aquí introducir una observación marginal: hacia fines del 71 Poulantzas viajó a América Latina —entendemos que por primera y única vez— para participar en un coloquio sobre las clases sociales organizado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universi-

dad Nacional Autónoma de México. Su ponencia formaba parte (junto con las de Alain Touraine y Florestan Fernandes) de los tres documentos básicos del Seminario. Como era de esperar, sus tesis fueron ampliamente discutidas. Ahora bien, no creemos faltar a la verdad al decir que esos comentarios, no siempre benévolos, ejercieron una influencia cierta sobre Poulantzas, llevándolo, en particular, a explicitar mejor sus distancias con respecto a las posiciones teóricas planteadas en *Poder político y clases sociales* . . . No nos parece casual que Poulantzas haya creído necesario agregar un apéndice a su ponencia original, apéndice en el cual, en forma abreviada, se encuentra lo esencial de las rectificaciones teóricas y de las tesis desarrolladas en la introducción a *Las clases sociales* . . . Así pues, si es verdad que los escritos de Poulantzas han aportado mucho a la reflexión socio-política latinoamericana, también es verdad que, al menos hasta cierto punto, ha habido reciprocidad. Lo cual tampoco es casual: Poulantzas expresaba siempre sus opiniones con firmeza y convicción, pero eso no le impedía permanecer constantemente abierto al diálogo, prestar atención a las objeciones, ser capaz en todo momento de modificar y actualizar sus posiciones al calor de los nuevos hechos y las nuevas discusiones.

Dicho esto, sería deshonesto dejar de lado toda referencia a aquellos aspectos y tesis de *Las clases sociales* . . . que, sin perjuicio de la feliz renovación de que esa obra testimonia, suscitaron objeciones entre nosotros. Nos referimos en particular al análisis que Poulantzas dedica a lo que llama la "nueva pequeña burguesía" (y sus relaciones con la pequeña burguesía "tradicional"). Como señalamos antes, figuran ya en *Fascismo y dictadura* algunas indicaciones acerca de ese problema crónico del marxismo, problema habitualmente designado como el de las "capas medias". En *Las clases sociales* . . . dichas indicaciones son desarrolladas y expuestas de manera sistemática.

Es indiscutible que, al cabo de su análisis, Poulantzas deja al problema en mucho mejor estado del que lo encontró; resulta en cambio muy difícil suscribir sin reservas a la solución que propone. Para dar un ejemplo, deliberadamente extremo, de acuerdo con Poulantzas deberíamos incluir en la "nueva pequeña burguesía", junto por ejemplo a un profesor universitario, a la cajera de un supermercado mexicano, por el hecho de que el trabajo de esta última, aunque sometido a explotación y subordinado a un capital, tiene el defecto de no ser productivo. Partiendo de la premisa justa de que no es el solo hecho de ser asalariada lo que define a la clase obrera, Poulantzas concluye con demasiada prisa que únicamente el concepto de trabajo asalariado productivo proporciona un criterio válido para caracterizar a dicha clase. Hubiera sido quizá necesario, o bien reconsiderar los desarrollos de Marx acerca del trabajo productivo e improductivo, o bien atenerse a ellos, pero sin concluir que esos desarrollos suministran las pautas necesarias y suficientes para una correcta definición de la clase obrera. Nada asegura que sea este último problema lo que está en el centro de la reflexión marxiana sobre el trabajo productivo; y, después de todo, si de relectura de los clásicos se trata, convendría recordar que tanto Marx como Engels utilizaban sin aprensión alguna el concepto de "proletariado comercial" —concepto inaceptable con arreglo al esquema teórico de Poulantzas.⁸

Dicho esto, ocurre con este análisis algo semejante a lo que hemos indicado respecto de *Poder político* . . . : a menudo, las referencias históricas, la indagación de casos concretos, la investigación empírica, conservan su validez al margen de las restricciones del marco teórico (y cuestionan, de hecho, a este último).⁹ Tal es, en buena medida, el caso del libro que comentamos, con la importante salvedad de que, en esta ocasión, dicho marco teórico ha sufrido modificaciones sustanciales —y positivas— a pesar de algunos resabios terminológicos, una teoría sociológica y política centrada sobre el análisis de los conflictos y las luchas sustituyen, de aquí en adelante, al enfoque "estructural" que marcaba, contradictoria pero efectivamente, a los anteriores trabajos de Poulantzas.

Hace sólo pocos meses que se dispone de la versión castellana de su último libro: *L'Etat, le pouvoir, le socialisme* [Estado, poder y socialismo]; no estamos por ello en condiciones de hablar con propiedad de la lectura latinoamericana de esta obra. Nos atrevemos empero a dar

una opinión personal.

A nuestro parecer, *Estado, poder y socialismo* es a la vez el más frágil y el mejor de los libros de Poulantzas. Tratemos ante todo de explicar esta doble —y en apariencia contradictoria— afirmación.

Pensamos que es el más frágil porque, de los trabajos de Poulantzas, *Estado, poder y socialismo* aparece como el menos "fundamentado". Con esto último queremos decir, por un lado, que se trata del libro más explícitamente personal de Poulantzas¹ y, por otro, que en él, más que en ninguno de los precedentes, la convicción del autor tiende a prevalecer sobre la argumentación teórica o histórica. Un ejemplo entre varios otros: al comienzo de la obra, Poulantzas declara, cinco veces seguidas, que "no hay teoría general del estado", dando como único argumento para sostener esa afirmación, sencillamente, el de que "no podría haberla" (pp. 19 ss.) Inútil buscar en el conjunto del libro justificación alguna de ese argumento (con excepción de una vaga referencia a las indicaciones de Marx acerca de la "producción en general", referencia que en modo alguno podría pasar por una justificación [p.16]).

Pero no sólo se encuentran en ese libro tesis poco o nada fundadas, sino también afirmaciones contradictorias. Así, por ejemplo, contra ciertas concepciones simplificadas acerca del papel mistificador del discurso producido y emitido por el estado, Poulantzas señala, creemos que con entera razón, que ese discurso no siempre permanece prisionero del doble mecanismo de ocultación-inversión propio de la ideología: le ocurre al estado decir la verdad, declarar desembozadamente el fundamento real de su poder (al menos a un cierto nivel) (pp. 28 ss.) Pero esta tesis a la vez correcta y sugerente no da lugar en el libro a ningún desarrollo ulterior —lo cual no es grave— ni es tampoco consecuentemente asumida por su autor (lo cual ya es más serio). En efecto, algunas páginas más adelante leemos, no sin sorpresa, que "el estado capitalista no se presenta jamás como un estado de clase" (p. 73) y que ello deriva de las "prácticas ideológicas" del aparato estatal, prácticas cuyo papel es enmascarar y ocultar las relaciones de clase y contribuir así al aislamiento y la división de las masas populares. Resulta por lo menos problemático que el estado pueda a veces "proclamar la verdad de su poder", al tiempo que, sistemáticamente, se vea obligado a disimular las relaciones de clase y su propia inherencia clasista.

En suma, se trata de un libro donde las conclusiones importan más que las premisas; de un libro sin duda apasionante, pero también a menudo apasionado, en el que nuevamente el autor reformula y rectifica buena parte de sus tesis anteriores y en el cual se advierte sobre todo la intención de ir derechamente a lo esencial, esto es, presentar una síntesis de las enseñanzas que Poulantzas ha extraído de su experiencia intelectual y política y, al mismo tiempo, tomar resueltamente posición frente a los principales problemas políticos actuales. No es pues, ni podría ser, una obra escrita *more geometrico*, a la manera, por ejemplo, de *La reproducción* de Bourdieu y Passeron o incluso de *Poder político y clases sociales*. . . : no hay en él teoremas, pero sí puntos de vista novedosos y estimulantes; no hay tampoco, en sentido estricto, demostraciones, pero sí tomas de partido sinceras y resueltas.

A pesar, o quizás a causa, de todo ello esta-

mos convencidos de que *Estado, poder y socialismo* es el mejor libro de Poulantzas. Para sustentar esta opinión podríamos decir que es el más rico en sugerencias e hipótesis, que abre caminos de investigación nuevos, en fin, que, más que ningún otro, sirve de estímulo a la reflexión. No creemos que estos argumentos sean falsos, pero sí que tienen el defecto de poder aplicarse a cualquier trabajo de Poulantzas y, por lo tanto, de ser interpretados como un mero elogio retórico. Por otra parte, esas virtudes no nos parecen las más importantes.

Siempre según nuestro juicio, lo más importante es que se trata de su libro, por así decir, más convincente. Dicho de otro modo, lo más importante es que Poulantzas logra alcanzar acabadamente el objetivo que se propuso al escribirlo: transmitirnos efectivamente, y hacernos compartir, lo esencial de sus preocupaciones. En esa medida, es del todo secundario que, en él, se abuse un poco del procedimiento de "cortar camino"; que, de un modo inteligente pero a veces demasiado desுவuelto, Poulantzas efectúe un denso "bricolage" con elementos de Foucault, de Pierre Vilar, de Claudin, de Max Weber, de J. Hirsch (y también del propio autor) a los efectos de ir rápidamente al meollo de los problemas y de llegar a sus lectores. El hecho es que logra con amplitud ambas cosas, y que ese logro es fundamental. Como señalamos antes, no estamos aún en condiciones de evaluar los ecos que provocará esta obra en América Latina. Creemos, sin embargo, que habrá de ser muy bien recibida. Y que lo merece.

En efecto, a pesar de ser un ensayo declaradamente no sistemático y de estar centrado en el análisis de la situación política europea, y en especial francesa, *Estado, poder y socialismo* aborda frontalmente problemas que están en el centro mismo de nuestras preocupaciones e incluso de nuestras urgencias. Hemos de limitarnos aquí a mencionar los principales: el del estado-nación y su relación con las clases sociales y la lucha de clases; el del derecho, tanto como ideología cuanto como práctica represiva; el de las funciones económicas del estado moderno; en fin, y sobre todo, el de las perspectivas y dificultades para la puesta en marcha de una alternativa política democrática y socialista. Puesto que este último punto incluye de algún modo a los precedentes y puesto que, sin la menor duda, se trata del problema central del libro —en la medida en que todos y cada uno de los análisis allí desarrollados confluyen hacia su planteo— concluiremos esta nota con unas breves indicaciones sobre las tesis que al respecto formula Poulantzas.

En primer lugar, llama positivamente la atención el hecho de que Poulantzas no se limita a yuxtaponer los dos términos antes mencionados ("democracia" y "socialismo") y a pregonar su necesaria conjunción. Trata a la vez de poner en claro qué significa y qué implica tal conjunción. Por ejemplo, reivindicación no liberal de la democracia representativa, por tanto, de sus instituciones (en particular, las jurídicas y más aún las políticas: pluralismo partidario, incluidos los partidos burgueses, e incluso posibilidad abierta de la alternancia); pero también desarrollo y consolidación de la democracia de base y de las iniciativas populares; necesidad de cuestionar la estolatría, tanto estalinista como social demócrata,¹¹ pero, al mismo tiempo de no depositar una alegre y temeraria confianza en la exclusiva democracia de base, garantía segura, como la experiencia histórica lo prueba, de un nuevo despotismo (estatal o tecnocrático). Perspectiva y problemas nuevos: "Cómo emprender una transformación radical del estado articulando la ampliación y la profundización de las instituciones de la democracia representativa y de las libertades (que fueron también una conquista de las masas populares) con el despliegue de formas de democracia directa de base y el enjambre de los focos autogestionarios: aquí está el problema esencial de una vía democrática al socialismo y de un socialismo democrático."¹² Perspectiva y problemas que tienen como condiciones de emergencia tanto la crisis del estalinismo (y por tanto de los modelos del llamado "socialismo real") y de la socialdemocracia, como la posibilidad real, a comienzos de 1978 al menos, del acceso de la izquierda al gobierno en Francia.

¿Nos son acaso ajenos esa perspectiva y esos problemas? Poulantzas no compartía tal opinión.¹³ Tampoco nosotros.

Fines de septiembre de 1973. Santiago de Chile vive el apogeo del terror pinocheteano. La televisión nos está mostrando "las pruebas del cáncer-marxista-que-amenazaba-a-la-nación-obolena". Se acaba de allanar un edificio de departamentos. Las escenas del saqueo nos son ahora; tampoco se nos muestra los "culpables" solamente las "pruebas". Son claramente visibles, en la calle, algunas hogueras. La cámara se aproxima. Un oficial "papirotécnico" blandiendo un libro: se trata de *Fascismo y dictadura*. "¡Fascismo y dictadura!", exclama el oficial con voz plena de severa reprobación. En seguida, arroja el libro al fuego. Hizo bien. Por cierto, *Fascismo y dictadura* ni siquiera mencionaba a Chile. Pero . . .

1. Poulantzas era de origen griego; radicaba en Francia desde 1960. Había nacido en 1937.

2. Con excepción de "contradicción y sobredeterminación", que continúa siendo el mejor artículo de Althusser.

3. Misteriosa, en cuanto el nivel de las "estructuras" nunca es claramente definido en el libro. Se lo puede interpretar como refiriéndose a las instituciones y los aparatos económicos, políticos, ideológicos. Pero, en tal caso, resulta insostenible. ¿Qué sentido tiene, salvo al precio de adoptar —con lenguaje marxista— un enfoque estructural-funcionalista, hablar de, por ejemplo, instituciones políticas e ideológicas determinantes y "previas" con respecto a los conflictos y contradicciones de clase?

4. Esta arbitrariedad es especialmente sorprendente en el caso de Gramsci. Parecería que Poulantzas hubiera olvidado su declarada formación gramsciana, para hacer suyas, sin reserva alguna, las críticas que Althusser dirige al gran marxista italiano.

5. Reflexiones que están en la base de la producción por parte de Poulantzas, de conceptos tales como "bloque en el poder", "clase reinante", "clase apoyo", "clase detentadora" ("tenante") y otros. Conceptos clasificatorios —aunque sólo en parte—, pero siempre útiles.

6. Véase al respecto los trabajos de R. Miliband y de E. Laclau, entre otros.

7. Nos referimos a aquéllas en que se empeña en destacar la continuidad de este libro con respecto a los precedentes en especial *Poder político y clases Sociales* . . .

8. Véase Karl, Marx, *El Capital*, México, Siglo XXI, t.III/6, p. 385, nota 39 bis (cuyo autor es Friedrich Engels).

9. Poulantzas —preciso es decirlo— no era particularmente afecto a las autocríticas. Por cierto, allí donde determinadas rectificaciones se imponían, nunca dejaba de hacer las puntualizaciones indispensables. Sólo que esa suerte de *mea culpa* y flagelación que suele acompañar a ciertas autocríticas no era absoluto de su agrado. Mostraba siempre con suficiente claridad que ya no estaba de acuerdo con tal o cual aspecto de sus textos precedentes; pero no se arrepentía nunca de haberlos escrito. De allí el hecho, bastante frecuente, de que para cuestionar determinada tesis de Poulantzas, haya que basarse en otra tesis suya —y desarrollarla.

10. "Asumo la responsabilidad de lo que escribo y hablo en mi propio nombre": con estas palabras concluye la "Advertencia" a esa obra (*Estado, poder y socialismo*, Madrid, Siglo XXI, p.2).

11. Subrayamos esta expresión, para llamar la atención sobre el reciente uso "anatemático" del término "socialdemócrata" por cierta izquierda, anatema de que se hace uso con obsesivo entusiasmo toda vez que alguien plantea la cuestión de la democracia como inherente a todo proyecto socialista. Hace algunos años —y a veces también hoy— le cupo ese lamentable papel al término "pequeño burgués".

12. Pp. 313-314. Aprovechemos la nota para indicar otra de las (excusables) injusticias de Poulantzas. Buena parte de este capítulo se desarrolla en diálogo crítico con Gramsci. Dejando de lado el hecho de que ese diálogo reposa sobre una hermenéutica dudosa de los textos gramscianos, no deja de llamar la atención el hecho de que algunas de las conclusiones centrales de Poulantzas se inspiran de manera evidente, aunque sea implícitamente, en Gramsci. Así, por ejemplo, después de cuestionar repetidas veces la concepción gramsciana de la vía al socialismo —en tanto según Poulantzas dicha concepción permanecería prisionera de las tesis de Lenin sobre el doble poder— el autor escribe lo siguiente: "Ese proceso largo de toma del poder en una vía democrática al socialismo consiste, esencialmente, en reforzar, coordinar y dirigir los centros de resistencia difusos de que disponen las masas en el seno de las redes estatales, creando y desarrollando otros nuevos, de tal modo que estos centros se conviertan, en el terreno estratégico que es el estado, en los centros efectivos del poder real" (p.316). No vemos en qué un gramsciano se opondría a estas tesis, ni por qué resultarían incompatibles con una concepción abierta y matizada del doble poder.

13. Véase al respecto las pp. 314-315 del libro que comentamos: "Este es pues el problema de fondo de un socialismo democrático: no concierne sólo a los llamados países desarrollados, en el sentido de que se trataría de un modelo estratégico adaptado a la situación específica de estos países [. . .] este problema concierne a toda transición al socialismo, incluso si esta transición se presenta en forma considerablemente diferente según los diversos países" (pp.314-315).

"Giro adaptado únicamente a la situación de esos países . . . Ese problema atañe a toda transición al socialismo, aun si esta última se presenta de manera considerablemente diferente según los diversos países."



LA CRISIS DEL MARXISMO

Respuesta a Paramio y Reverte

Oscar del Barco

“¿Quién habla en nosotros cuando filosofamos?”

Nietzsche

“Las cabezas pensantes están siempre conectadas por invisibles hilos al cuerpo del pueblo.”

Marx

Queridos compañeros:

Les confieso que me ha sorprendido el notable esfuerzo que ustedes han hecho por no entender el sentido de mis afirmaciones y por hacerme decir exactamente lo contrario de lo que digo. Como es bueno que cada cual trate de expresar con la mayor claridad lo que piensa me he permitido escribirles estas líneas y pedirles a los compañeros de *Controversia* que las publiquen.

Ustedes dicen que mi crítica “descansa sobre la tesis de que el marxismo no es una teoría”; pero lo que yo digo textualmente es que el marxismo “no es una teoría que acompaña a la práctica”, lo cual es algo totalmente distinto; y digo que no acompaña a la práctica precisamente porque es forma de la práctica (así, por ejemplo, como no puede decirse que la cabeza acompaña al cuerpo, ¿no les parece?).

Ustedes me hacen decir que “el marxismo no es una teoría”, pero lo que yo digo es que “no es una teoría”, y no lo es por la simple razón de que es un conjunto de teorías.

Ustedes preguntan: “¿Por qué afirmar que el marxismo no tiene una componente teórica?”, con lo cual me hacen aparecer en la absurda posición de sostener que el marxismo no tiene ninguna componente (¿?) teórica; pero yo digo absolutamente lo contrario, digo que es “esta estructura compleja y altamente técnica” del marxismo la que lo hace aparecer como una teoría, y hablo, además, de “la fascinación ejercida por la conceptualización marxista”.

No digo que el marxismo sea algo “innato” a las clases dominadas; digo que se llama marxismo al conjunto de teorías que las clases dominadas elaboran en situaciones precisas mediante sus propios intelectuales, y esto no ocurre en función de un indeterminado principio innato sino a causa de las necesidades objetivas de las clases explotadas.

Empleo la categoría de forma (por otra parte constantemente utilizada por Marx) con el objeto de señalar un espacio que está más allá de las dicotomías del orden teórico: el que sostiene, de una parte, la existencia de intelectuales burgueses poseedores de la teoría y, de la otra, la existencia de clases explotadas sin teoría.

Este dualismo reintroduce en el marxismo, a mi juicio, una concepción esencialmente metafísica, ya que al escindir a la clase de lo teórico se vuelve a plantear el viejo dualismo sustancial entre el espíritu y la materia, entre el alma y el cuerpo o entre dios y el mundo.

Marx, al menos, pensaba y decía otras cosas; decía que el proletariado es “una clase que forma la mayoría de todos los miembros de la sociedad y de la que nace la conciencia de que es necesaria una revolución radical” [cursivas mías]; a la inversa exacta del apotegma leninista, de que sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario, decía que “la existencia de ideas revolucionarias en una determinada época presupone ya la existencia de una clase revolucionaria” [cursivas mías].

Me parece que en este punto se encuentra la raíz de nuestras reales discrepancias, en la relación precisa entre clases sociales y teoría; para algunos (por ejemplo para Kautsky, Lenin y toda la tradición que podemos llamar “teorista”) el marxismo es constituido por intelectuales burgueses, al margen o fuera de la clase obrera, y posteriormente es trasladado a la clase de una manera iluminista o pedagógica; para otros el marxismo es el conjunto de explicaciones o de teorías elaboradas por las clases oprimidas

mediante sus propios intelectuales orgánicos.

Las consecuencias políticas de esta distinción fueron decisivas en la historia de los movimientos revolucionarios en lo que va del siglo. La reconversión del marxismo en teoría fue una dura batalla política que concluyó, como es notorio, con el triunfo de la burguesía: basta recordar los extremos a que llegó la idea del Partido como depositario de la verdad teórica del proletariado y como encargado de “transmitirla” a las masas.

Pero hay algo más: la constitución de las teorías, en su propia intimidad, depende de la posición de clase. Vale decir que la posición de clase no es algo externo a la teoría, sino determinante de su propia estructuración, de su modo discursivo. No se trata de que el teórico, primero, tenga una posición de clase, y luego haga ciencia de la misma manera como hacen ciencia todos los científicos.

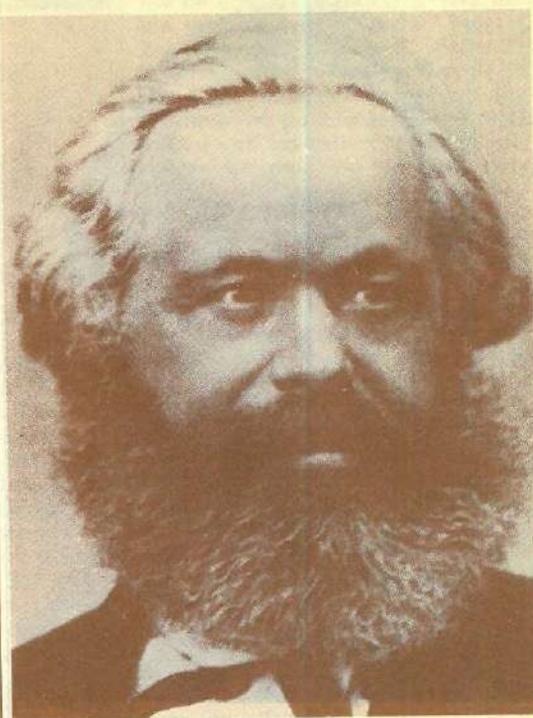
Es obvio que las teorías revolucionarias se constituyen en un espacio teórico de alto grado de especialización, que los teóricos marxistas están obligados a utilizar un mundo de categorías cargadas social e históricamente, que las tradiciones culturales pesan sobre los “teóricos” de las clases oprimidas, y es cierto también que estas clases no son una sustancia pensante que se expone de manera traslúcida y sin fallas en los discursos teóricos. Pero este condicionamiento, que podríamos llamar de subsunción formal o constitución teórica a partir de categorías que pertenecen legítimamente a otro espacio de pensamiento, no puede ocultar el hecho de que la clase obrera abre una perspectiva epocal en el cuerpo de la sociedad y en la historia, creando un entramado de conceptos, de prácticas y deseos, que son el fundamento de las teorías revolucionarias.

Dicho de manera más ruda: es la clase la que piensa a través de sus propios intelectuales; lo contrario implica privar a la clase del poder de entender, y trasladar ese poder a una intelectualidad aparentemente desligada, una intelectualidad “burguesa” que “piadosamente” pensaría desde fuera de la clase revolucionaria la teoría revolucionaria de la clase.

Esta problemática no sólo remite, como ustedes sugieren, a la Escuela de Frankfurt (de paso: ¿ustedes consideran a Adorno y a su grupo como “perros muertos”?), sino fundamentalmente a Marx y a fuertes corrientes de pensamiento (como el de Korsch) que fueron reprimidas por el bolchevismo; y en la actualidad a pensadores como los italianos De Giovanni, U. Curi, M. Cacciari, y al alemán (¿por qué olvidarlo?) Sohn Rethel.

Resulta más sencillo, natural (con toda la carga ideológica que tiene este término), situar el espacio teórico, con toda su inmensa complejidad, en un orden autónomo y que se funda a sí mismo. Pero lo que enuncia el marxismo es algo distinto, y de un grado absolutamente mayor de dificultades, tanto teóricas como políticas, dificultades difíciles de seguir puntualmente debido a la multiplicidad de sus niveles, de sus altibajos y de sus líneas de fuerza. Es más simple recurrir a la subjetividad genial de ese teórico burgués posthegeliano que fue Karl Marx, que a la constitución de un orden teórico de clase desde el suelo común de un lenguaje, de una historia y de un conjunto de tradiciones y prácticas que conforman dicha clase.

El papel relevante de la máquina en nuestra sociedad, hecho a partir del cual Marx sostuvo que la ciencia era el verdadero “sujeto” de la producción capitalista, así como la fuerza hegemónica de la ideología del “sujeto” y, en nuestro caso, del “autor”, son factores esenciales de la estructura epistémica de nuestra formación económico-social, y determinantes de que se invista a lo teórico, a la ciencia, con los elementos soberanos de su propia fundación, de su autonomía.



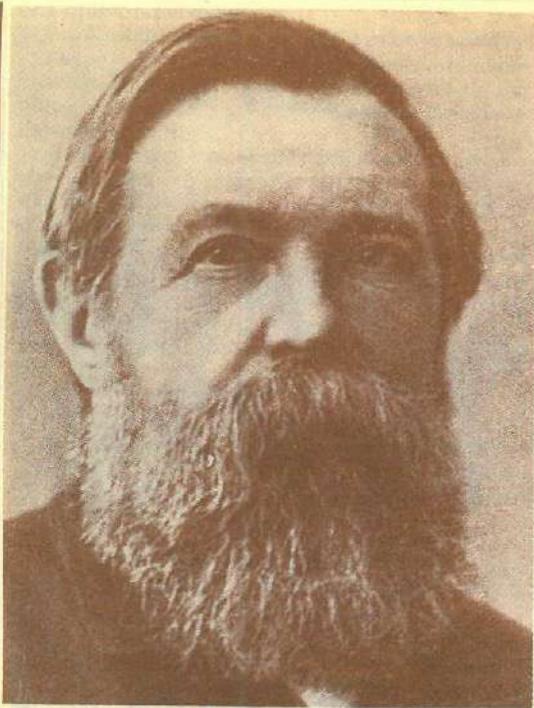
La posibilidad, no digamos sólo de Marx, sino de pensadores como Nietzsche, Mallarmé o Freud, se asienta en la posibilidad teórica (lo abstracto y los conceptos como reales dice Marx) que abre en la historia la emergencia de una clase “absolutamente despojada”, la cual rompe lo absoluto, no sólo del saber sino esencialmente del capitalismo: el capitalismo como todo es puesto en crisis por la presencia de los mundos no capitalistas y, en un orden inmanente, por el proletariado. Es en esta hiancia del sistema donde se vuelve posible cierto pensamiento, sepan o no sus autores que esa posibilidad tiene la marca de las clases oprimidas.

Sería bueno, desde esta perspectiva, llevar hasta sus últimas consecuencias teóricas las observaciones que hace Marx respecto a Aristóteles, de cómo “la limitación histórica de la sociedad en que vivía” le impidió desentrañar el misterio del “valor”; y su afirmación de que la “crítica representa, en general, a una clase”, y de que la crítica de la economía “burguesa” “no puede representar sino a la clase cuya misión histórica consiste en trastocar el modo de producción capitalista [...]”; pues la afirmación de que los teóricos son formas de las clases se refiere fundamentalmente a la perspectiva real, al espacio real de pensamiento que inaugura la clase obrera cuya morfología analiza Marx, no aleatoriamente, en *El capital*.

Es cierto que a partir de estas y otras afirmaciones marxistas lo que se cuestiona es el estatuto del marxismo como “ciencia”, como “ciencia de la historia”, como una teoría, como filosofía, etc. Lo que yo digo es que si utilizamos la palabra “ciencia” para calificar al conjunto de teorías revolucionarias, entonces es preciso explicar qué entendemos por ciencia, ya que Marx no se cansó de calificar a la Economía como “ciencia burguesa”, a Ricardo (el científico por excelencia) como sabio “burgués” que no podía entender algunos problemas esenciales por estar “envuelto en su piel burguesa”, y decía además que cuando se agudizan las luchas entre las clases suenan a muerte las campanas para la “ciencia burguesa”.

Ustedes dicen que quienes “se equivocaron en sus análisis” son los “teóricos marxistas” y no las clases explotadas; y sólo pueden decir esto porque piensan que los teóricos en sí mismos crean las teorías. Lo que yo digo es que si las teorías son formas de ser de las clases, el fracaso de las teorías implica necesariamente a las clases; por eso en los fracasos, en los errores teóricos marxistas, veo errores más profundos, errores sociales e históricos.

No se trata, por consiguiente, de que yo, asunto intelectual, quiera eximir de culpas a mis congéneres cargadoselas al pobre proletariado; se trata de sostener que si las teorías son obras del proletariado, constituidas en su propio terreno y siempre de una manera compleja y contradictoria, insertas en el movimiento real de la lucha de clases, entonces los errores son fundamentalmente errores de la propia clase; y pienso, además, que si se priva a la clase de la riqueza de sus propios errores, se la convierte nuevamente en mero soporte de un sen-



tido, o de un discurso que la trasciende.

Ustedes se burlan, por otra parte, de quienes definen al marxismo como crítica (se preguntan qué hubiera pensado el propio Marx de semejantes personajes), olvidando, o no queriendo recordar para los efectos polémicos, que el propio Marx denominó a gran parte de su obra una "crítica" ("crítica" de la filosofía del estado de Hegel; "crítica" del programa de Gotha; "crítica" de la economía política); con lo cual, a mi juicio, estaba señalando la existencia de una verdadera cuestión teórica, la dificultad de constituir una ciencia cuyo objeto es una realidad invertida, alienada. De Giovanni, en una frase certera, afirma que la "crítica" es la ciencia marxista.

Yo no digo que el proyecto de transición socialista sólo puede elaborarse a posteriori del triunfo socialista: ésta es una interpretación sin asidero en mi texto. Yo digo, sí, que la teoría es forma del movimiento, que el concepto es siempre concepto de lo real, aunque ese real sean "tendencias" o "embriones" del socialismo; la proyección al futuro se basa en necesidades reales, pero esto no quiere decir que el socialismo *in toto* pueda ser pensado, salvo como utopía, de antemano. No olvidemos que los grandes descubrimientos del movimiento revolucionario, forma "al fin hallada" de la Comuna, y la forma-soviets, fueron creaciones "espontáneas" de las masas revolucionarias.

No me explico, sinceramente, el sentido que tiene para ustedes la cita donde Marx dice que "las tesis teóricas de los comunistas [...] no son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos", y no me lo explico por cuanto este breve párrafo de Marx niega precisamente las tesis enunciadas por ustedes.

¿Acaso no dicen que "lo que llamamos crisis del marxismo es más específicamente una crisis teórica"? Y yo pregunto: ¿cómo puede ser una crisis específicamente teórica si Marx, en el texto que ustedes citan, dice que "las tesis teóricas de los comunistas no son sino la expresión de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos"? ¿No sería más coherente con la cita de Marx sostener que la crisis del movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos se expresa en las tesis teóricas de los comunistas?

Ustedes afirman, y en esto no hay discrepancia, que la "opción" por el comunismo (me imagino que se refieren a la opción de la clase) "es bastante anterior al marxismo", y que la opción de Marx y Engels está "basada en un análisis materialista (científico) de la realidad social". Yo, por mi parte, opino que la opción de Marx (y Engels) por el socialismo es anterior al "análisis materialista (científico) de la realidad social"; y más aún, sostengo que es su opción por el socialismo la que le permite explicar el funcionamiento de la sociedad capitalista mediante la exposición crítica de la economía política: si no hubiera tomado esa posición socialista no se puede entender cómo hubiera podido fundar teóricamente el socialismo.

No se trata, por lo tanto, de dos cosas distintas, sino, reitero (aunque a ustedes les parezca una "falacia naturalista" o un "teologismo histórico"), de una globalidad concreta. En tanto ustedes piensan que de una parte existía un movimiento obrero, y de la otra un teórico llamado Marx que se puso de parte de los obreros respondiendo a motivaciones éticas y luego fundó científicamente su toma de posición ética, vale decir que siguió haciendo teoría como cualquier teórico, pero ahora al servicio de la clase, yo pienso que la posición proletaria se expresa teóricamente, a través de Marx o de quien sea, y que el teórico que es teórico orgánico de la clase deja de ser un teórico burgués para ser otra cosa; en otras palabras, no sigue siendo un teórico burgués que se pone por ética al servicio de la clase pero manteniéndose como teórico burgués, sino que es teórico de la clase, con todas las consecuencias que esto implica y que deberíamos analizar, entre ellas la militancia revolucionaria concreta de Marx y lo que ella significó para la constitución de la teoría marxista.

Es cierto, por otra parte, que a la pregunta respecto de la manera mediante la cual el mundo de conceptos marxistas responde a las necesidades sociales de las clases explotadas, la respuesta fuerte de nuestra cultura responde estatuyendo al sujeto como portador originario de la teoría, o al autor, ambas figuras esenciales de la estructura epistémica de nuestra sociedad. Pero la desconstrucción de la idea del sujeto como presencia (como algo sustancialmente existente) fue obra, entre otros, de Marx; no en vano afirma que el hombre es un "conjunto de relaciones sociales"; pero a partir de aquí se inicia un giro completo en la base del pensamiento occidental, un desplazamiento fuera del orden metafísico.

Lo que llamamos Marx es sólo un momento o un stasis de algo que lo trasciende; Marx es también, como todos, ese conjunto de relaciones sociales (lenguaje, sistema de parentesco, formas de producción), relaciones altamente complejas, tanto en su estructura como en su historia, relaciones que conforman una suerte de ovillo donde cada elemento tiene su propia especificidad y se articula y separa de los otros, arrastrando tradiciones, conocimientos, gustos, etc. El peso de este aspecto es el que impide a ciertos marxistas ver desde el otro lado el pensamiento teórico, no sólo desde el lado de la metodología, de la conceptualización en cuanto estructura "científica", sino desde el lado de la fuerza, de las pasiones de la clase en otras palabras.

El abandono del estatuto marxista de lo teórico (el que se articula alrededor de dos ejes principales: por una parte a la posibilidad de pensar de determinada forma, lo que Marx llama

la *abstracción real*, vinculada esencialmente a la existencia del proletariado como clase abstracta, y a la realidad de los conceptos que dependen de la existencia misma del proletariado y de su acción político-social; y por la otra a la práctica revolucionaria realmente existente, la cual plantea necesidades, perspectivas, formas de insertarse en las coyunturas sociales) implicó una reconversión no sólo teórica sino fundamentalmente política, pues la burguesía logró imponer su ideología en el movimiento obrero en este punto preciso. A mi juicio este hecho, repito, no teórico sino político, es fundamental para el análisis de lo que llamamos la crisis del marxismo.

Para terminar, me parece que es equivocado, frente a la ofensiva positivista e idealista en curso contra el marxismo, buscar protección en el campo de la epistemología y de la "ciencia"; y esto no debe ser motivo de escándalo, pues no quiero decir que los marxistas deban ignorar las "ciencias" o dejar de hacer ciencias; lo que digo es que estamos viviendo una lucha política y teórica de alcances históricos: el protagonismo de las clases y sectores de clases oprimidas trata de liberarse del dominio de lo teórico, como si lo real del mundo y de los hombres pudiera subsumirse en algún tipo de racionalidad absoluta, no para someterse a la mera empiria sino para hacer de las teorías, todo lo compleja que ellas sean, formas de esas luchas, formas vivas de un movimiento que, como dice Marx, se desarrolla ante nuestros ojos. Y, es claro, entonces la crisis aparece como lo que realmente es: el resurgimiento de un movimiento sin amos, ya se trate de la teoría que elaboran los burgueses, o su correlato necesario, el Partido como pedagogo y "jefe" de los oprimidos, etc., toda esa nefasta batería del sometimiento.

Frente a los teoricismos de cualquier signo, cuyas raíces en el orden productivo se expresan en los grandes presupuestos que el estado y las corporaciones dedican a las universidades, a los institutos de investigación y al financiamiento de la "horda de oro" (los investigadores de toda laya), creo que se trata, y tal vez con razón ustedes puedan nuevamente acusarme de un deseo piadoso, de volver a las fuentes, vale decir al movimiento real, a la tradición en su conjunto, para criticarlas y volverlas útiles, a las "ciencias" para que sean instrumentos válidos para la desconstrucción de las ideologías reaccionarias, pero reconociendo la existencia de prioridades, de niveles de análisis, pues en caso contrario corremos el riesgo de caer nuevamente en una trampa: la de la racionalidad exangüe del orden puramente teórico que se erige en el sentido del mundo y de la historia, abandonando así la materialidad de las luchas, la existencia real de las clases oprimidas.

Un abrazo



EL JUGLAR

LIBROS

PZA. DE LA RUEDA AVE. REVOLUCION 1915

TEL. 548-26-97

DISCOS

MEXICO 20, D. F.

secciones

méxico • américa latina • marxismo
antropología • historia • feminismo
comunicación • psicología • teatro
literatura • economía • lingüística
poesía • sociología • educación

Unidos y preparándonos*

David Viñas

Lo presiento como algo ineludible: porque se trata de un problema (de un problema "relativo" en sus dimensiones, en tanto me preocupa a mí y a esta primera persona del singular; pero que -por el revés de la trama- es un problema mucho más considerable, en tanto nos involucra a todos -a Ustedes y a mí- en la medida en que precisamente, he sido designado por Ustedes para hablar aquí).

Y digo "ineludible" (hablar un poco "para hacer boca", para sentir que por mi boca pasan las palabras, imprescindibles palabras legitimadas por ustedes, y poner este asunto aquí, sobre la mesa, en escena. . .). Ineludible problema: porque lo he agredido masticando, me he descubierto mascullándolo en voz alta y a solas (yo hablo mucho a solas, discuto a solas conmigo mismo; con el agravante de que, casi siempre pienso contra mí mismo, contra eso que yo llamaba "mis costumbres"; y de que casi pierdo conmigo mismo. . .) e ineludible: porque lo he comentado -a este asunto- fraternalmente, pero quizá de manera incompleta, con algunos amigos que me toleran, de manera generosa, estas expansiones.

Se trata aquí de "tomar la palabra". De hacer uso de la palabra. O, si Ustedes prefieren, de manera subyacente y correlativa: de dar la cara (o de "jetonear" -que ésa es la posible deformación y el problema-; de jetonear, como solía decirse por mis viejos barrios).

Desde ya: cualquiera de Ustedes tendría todo el derecho a señalarme: "Viñas, ese asunto es un problema suyo, individual. Y, sobre todo, subjetivo. Y aquí, Viñas, nos hemos reunido para denunciar la dictadura de Videla, para desenmascarar el autoritarismo y las miserias humilladoras y represivas exacerbadas o inauguradas el 24 de marzo de 1976. Cuatro años de verdugos y de víctimas. . . Para algo objetivo, nos hemos reunido aquí, Viñas". Y, pues bien, frente a esa razonable objeción a mi "subjetivismo" en prioridad respecto de lo objetivo, respondería -quizás y en cuidadosa discrepancia-, que una de las rengueras más notorias de la izquierda en general, y de la izquierda argentina -entre la que pretendo incluirme a partir de mis carencias- de una izquierda que se quiere revolucionaria haya sido, casualmente el haber privilegiado -en mi criterio- de manera unilateral "lo objetivo" en desmedro de lo "subjetivo" (así como, quizás también, y de manera consecutiva y paradójica, esa izquierda -nosotros- hayamos enfatizado en demasía la búsqueda de la identidad, olvidándonos del problema de la alteridad. Esto es: de los otros. . .).

Y por eso -me parece- presumo que "adivino", brotó ese general móldico y engominado llamado Videla. Que ya no actuó como "jefe" musculoso y complaciente sino que funcionó como estructura. Mejor aún: Videla como metáfora, abyecta, pero eficiente metáfora. . . Y sobre todo, que ya no apareció para llenar solamente un vacío de poder, sino un "vacío de clase".

Pero me voy a empecinar -moderadamente- en concluir con lo que pretendía reseñar (para "ir

entrando en materia") sobre ese asunto de tomar la palabra/hacer uso de la palabra. . . Dar la cara/jetonear.

"Jetonear". Quizás sea la reducción al absurdo de dar la cara. El absurdo reducido en tanto presupone la rigidez, el coagulado. La institucionalización de algo que en su origen, era legítimo. Jetonea, en mi parecer, quien da la cara (pero se olvida de que, muchas veces, hay que aprender y decidirse a "dar la espalda"). . . A ponerse frontal y firme dando la cara, sí, pero a ser capaces (recordando el revés de la trama del propio cuerpo, dialectizando el cuerpo) a dar la espalda.

A enfrentarse, sí, desde ya; pero también a escapar, a huir. Salvarse, en fin. Salvar el propio cuerpo (que es lo único sólido con lo que contamos y el concreto soporte de alguien que se pretende revolucionario). Dar la cara/dar la espalda, entonces. Tener valentía, sí, pero también "tener miedo". Saber tener miedo. Que también es dar la cara. . . Nuestras valentías/nuestros miedos. Eso. Que es todo lo contrario de la rígida e institucional "jetoneada".

Y que es la diferencia (lo que tiene que diferenciar) "nuestra palabra" respecto del discurso del poder. Nuestra valentía y nuestros miedos (la valentía de asumir nuestros miedos) de la jetoneada de la dictadura. . . Porque Videla es un "jetón uniformado". Jetonea. Y todo su sistema, si por un lado "saca pecho", por el otro "se arruga. . ." Dado que su fanfarrona pechuga no es más que el "shhh", chitón a sus arrugas. Quiero decir: a sus contradicciones. . .

Vamos viendo: en tanto la dictadura argentina y su autoritarismo son la negación de la dialéctica: ellos son triunfalistas. Por eso. Siempre ganan, siempre se creen protagonistas. . . Sin otros, sin los demás. El hombre, se sabe, es un animal político. Pero si niega la política, se queda en animal. . .

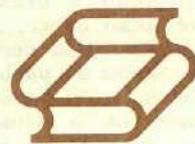
Feroz. Feroces. . . Son la autoridad, el poder arbitrario. Y como fundamentalmente buscan intimidar, solo tienen fachada. . . Sacros, ídolos. . . Por eso, su discurso pretende ser sagrado. Único. De una sola vez. De una sola faz. Pura jeta. Algo definitivo. Eso pretenden: algo para siempre. Terminante. Como apuestan a la eternidad, desconocen la historia. . . De ahí que quieran decir la última palabra en todo. La mía, las nuestras, no son "últimas palabras" ni pretenden. Son tentativas, hipótesis, pronósticos quizás. . . Además las "últimas palabras" están bien para quienes se presienten en estado de agonía, al borde de su muerte, cuando andan escuchando que ya doblan las campanas por ellos. . . Las palabras que nosotros tomamos no son "la última", sino las nuestras. Y porque "hacemos uso" de ellas, las entendemos ágiles, productivas, dramáticas. Y sobre todo, no de fachada. No palabras jetoneadas. No palabras en posición de firmes. No palabras "hunda la bandera y saque pecho. . ." No. Nuestra palabra es una palabra otorgada. Por quienes: por los otros. Por los que el videlato niega. . . Por Ustedes. En nombre y delegación de Ustedes (privilegio y enorme responsabilidad mía al fin de cuentas). Y por todos aquellos sectores del pueblo argentino a quienes la dictadura les quita la palabra. Los acalla. Pretende escamoteársela detrás de su obscena jeta jetona. . . "Escamoteo" que todos hemos visto en la TV española hace muy poco. (Menos mal: intento de escamoteo).

La fachada rígida, coqueta y feroz de la dictadura argentina vino a decirnos en la TV española: "nada por aquí. . . nada por allí. . . Ahora no pasa nada. . . La paz reina en Varsovia. . ." Pero esa paz varsovia hiede. . . Paz argentina hiediosa y camuflada. Y Videla: "yo expreso los millones y millones de argentinos que dicen. . . Yo hablo en nombre de los millones y millo-

nes de argentinos que. . ." ¡No habla en nombre de nadie, Videla! Porque la verdad, el otro rostro de la moneda, la verdadera cara de lo que allá ocurre, la expresó -y todos lo vimos- el pueblo argentino interrogado en las calles: "prefiero no hablar de eso" -se excusaba esa gente. . . "perdón, pero preferiría. . ." (y miraban a los costados, hacia atrás, por detrás de su espalda): "ante un tema así, yo, me parece, si Usted me disculpa. . ." Ese es el auténtico rostro de la dictadura videlona y miserable. . . Mujeres y hombres que con su silencio, con su preferir el silencio, con su no poder "tomar la palabra" estaban exhibiendo -indirectamente- la espalda del videlato. De ese dios prepotente y abollado. De ese Moloch que asegura no tener espalda. No tener contradicciones. . . Mentira: en ese silencio del pueblo argentino, visto por nosotros en la televisión española, se nos estaba diciendo lo que Videla calla. Desde ya el miedo del pueblo. Saludable miedo. Cauteloso miedo. Desde ya, pueblo golpeado, pueblo asesinado, pueblo sin palabras, en silencio. . . Pero también esas gentes estaban formulando el miedo de la dictadura humilladora, de verdugos triunfalistas. Porque el pueblo argentino, aunque por ahora se calle, tiene el secreto de la muerte de los que pretenden erigirse en sus amos. . .

Por todo eso, lo que intenta subrayar: el discurso de la dictadura argentina, en tanto silencio al pueblo, no es legítimo. Discurso pura fachada. Palabras jetonas. Generales pura chaquetilla. Ministros sin pulpa. . . Nuestro discurso, en cambio, se legitima porque apunta la voz de los silenciados. La voz de los (episódica, brutalmente) "vencidos". No una palabra protagónica y solitaria la nuestra (estas palabras), sino la de un episódico e improvisado portavoz de una comunidad. Yo soy hablado por Ustedes (eso pretendo. . .), por un grupo de personas, por algo unido. . .

Unidos: que es lo que más temen los de la murga trágica con galones que tipifica Videla: quebrar nuestra unidad. Unidos: significa reparar, recuperar. . . Atomizar al pueblo argentino, en cambio, es "balcanizarnos". . . Término muy utilizado -casi un lugar común- para referirse, sobre todo, a América Latina dividida frente al imperialismo. Pero que el videlato la utiliza



EDITORIAL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

COLECCION FILOSOFICA

El marxismo y Hegel, Lucio Colletti y Valentino Gerratana.

El marxismo y la crisis del estado, Nicos Poulantzas, Jean-Marie Vincent, Joachim Hirsh, Suzann de Brunhoff y Christine Buci-Glucksmann.

Esencia y apariencia en El capital, Oscar del Barco.

La dialéctica revolucionaria, G. Della Volpe, H. Cerroni, L. Colletti, C. Luporini, N. Badaloni, E. Paci, L. Gruppi, A. Natta, B. de Giovanni.

¿Existe una teoría marxista del estado?, Norberto Bobbio, Humberto Cerroni, Giuseppe Vacca, Valentino Gerratana, Archille Occhetto, Pietro Ingrao.

El problema del estado y la dictadura del proletariado, Nicos Poulantzas, Etienne Balibar, Luciano Gruppi, David Kaisergruber, Georges Labica, Christine Buci-Glucksmann.

El pensamiento revolucionario de Gramsci, Eric Hobsbawm, Cerroni, Lucio Magri, Mich. Notarianni, Rossana Rossanda, Massimo Salvadori y Lucio Colletti.

Teoría marxista de la revolución proletaria, Robin Blackburn, Darío Lanzardo.

Acerca de la naturaleza social de la Unión Soviética, Paul Sweezy, A. Gunder Frank, Ernest Mandel, R. Miliband, Ludolfo Paramio, Bernard Chavance, Enrique Gomáriz.

La crisis del marxismo, Louis Althusser, Lucio Colletti, Christine Buci-Glucksmann, Fernando Claudín, Ludolfo Paramio, Jorge Reverte.

Movimientos populares y alternativas de poder en Latinoamérica, Enzo Falleto, Carlos Franco, Sergio de la Peña, Teresa Lozada, Carlos Perzabal, Américo Saldívar, Adolfo Gilly, Herbert Souza, Ludolfo Paramio, Jorge Reverte, Norberto Lechner, Héctor Bruno, Oscar del Barco.

Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas, Oscar del Barco.

(y nosotros la denunciemos) en tanto divide todo. Todo. Escinde en todos los niveles: balcaniza a los pueblos de América Latina, desde ya (para enfrentarnos a los chilenos o a los brasileños mientras los verdugos sacan sus saldos y sus ventajitas). . . como escinde al mismo pueblo argentino en su conjunto. Balcanizar. . . Como a cada uno de nosotros: en nuestros propios cuerpos: cabeza por un lado, por el otro el tórax, más allá las manos. . . Balcanizar. "Esquizofrenizar". Escindir. Mutilar. . . Eso quieren y hacen el general Videla y el gral. Viola y el general Videla y el gral. Viola y el gral. Harguindeguy y el gral. Menéndez y el gral. Saint Jean y el general Cacciatore (o lo que sea). . . Dividir. "Balcanizar", separarnos. Separar. . . Porque: ¿qué mayor separación que la de llamar loco a otro? A las madres que se reunían en Plaza de Mayo: locas. . . Ponerles encima ese supuesto estigma, ese "out", ese afuera, respecto de la aterciopelada Argentina sin contradicciones que pretendió mostrar Videla en la TV española. . . "¿Locas?" ¿Enfermas? ¿Desde qué salud me habla, general Videla? . . . ¿Acaso desde el escamoteo que al dividir, al balcanizar, lo pone a Videla y a sus generales y demás ralea como cuerdos en oposición a "esas locas"? . . . Ellos, el videlato, los generales, adentro: triunfantes, autocomplacidos, ferrozmente sonrientes. Esas madres: afuera: locas, al manicomio, entonces, al ridículo. O a la cárcel. . . ayer mismo. . . Porque ellas -todos las vimos- expresan otra palabra, la palabra del discurso enloquecido (de dolor) que el videlato no aguanta. . . "Locas" esas madres, los Videla y los Martínez de Hoz y los entorchados, y las caries, el sarro y la oligarquía: "cuerdos. . ." (Menos mal: en este país, en España, nadie se llama a error. No hay confusión aquí. Lo vieron los españoles. Lo recordaron. Lo revivieron. Lo vivieron bajo Franco. . . Tan cuerdos Franco y sus sacristanes y paniaguados y cuñadísimos y archiprestes y carcamales y clientes y virginidades. . . Locos: todos los otros: el pueblo. El pueblo español -nada menos-; las madres argentinas: "locos", "locas". . . Como Don Quijote: loco él/los duques y sus cortesanos: cuerdos. . . Don Quijote, el gran humillado, el entrañable separado, la formidable locura de España: encerrado en una jaula/las madres de Plaza de Mayo: locas, humilladas, castigadas, encerradas. . .

Puestas "fuera": para que no perturben con sus voces. "Afuera". Como los exiliados que estamos aquí: excluidos. O como los exiliados de allá: encerrados, enterrados, acallados. . .

Por todo eso, cuando el general Videla escucha (como lo escuchamos todos) la palabra quilombo (que le formula como pregunta el periodista español), el general se sonríe. Disimula. Condescendiente. Parece perdonavidas: quilombo ("Este periodista español no sabe lo que dice. Pobre. Otro loco sin duda. . .") Quizás, quizás: al general Videla sólo se le ocurre recordar -ante esa palabra- su fofa virilidad inaugurada en uno de esos establecimientos: quilombo: "prostituto". . . ¿O quizás manicomio? (al fin y al cabo, para un Videla, como para un Franco o un Somoza o un Stroessner o un Pinochet, las "putas" también son locas: a encerrarlas en un quilombo entonces. . . Pero lo que no sabe el general Videla (y jamás lo entendería si lo supiese) es que un quilombo, los primitivos quilombos eran los lugares donde vivían los negros que se escapaban de los

ingenios azucareros o de los obreros forestales. De la esclavitud, de la degradación. . . Negros que decían "no" a sus amos. Esclavos que no querían ser esclavos, general Videla. "Cimarrones" en todo el Brasil, Paraguay, Uruguay, Argentina, Cuba. Negros cimarrones. Cimarronaje. "Cimarronaje" en Haití, general Videla. . . Por eso: así como en otros momentos de la historia, el agravio lanzado por el autoritarismo desde "arriba", hacia el pueblo, se convirtió en emblema: ¿Loco Don Quijote, señores duques?, Sea. Loco. . . ¿locas las madres de Plaza de Mayo, general Videla? Sea. "Locas". . . afuera, el manicomio. . . ¿Subversivos los que decían otra palabra distinta a la de ustedes, general Videla? ¿Diferentes de su palabra oficial, canónica, sacramental, palabras untuosas? Sea tam-



bién: subversivos, muertos, asesinos. . . ¿Quilombo lo que no entra en su "norma" ni en su "legalidad", general Videla? Sea, entonces: quilombo. . . Pero no se olvide: que ese quilombo está habitado por los que se niegan a ser esclavos. . .

Pero si usted lo ha dicho, señor general: son sus palabras, es su discurso: podrán expresar a la Argentina, serán argentinos, sólo aquellos que entren en el molde. . . ¿El "molde"? ¿El molde de quién? ¿Quién construyó ese molde? ¿Hecho a la medida de quién está zurcido ese molde? . . . A la de usted, Videla. Por ustedes, general. . . Curioso por muy significativo: un molde en el que no entran, no son, los distintos a usted, general Videla: ni subversivos, ni montoneros, ni "locas" ni marxistas. . . No molde: no argentinos, por lo tanto: muertos civiles, o "muertos a secas". . . Y con eso los Videla repiten (y a cada rato tratan de poner al día) el modelo del general Roca y los hombres más manipuladores de 1880. Cien años. "Y que no son de soledad". . . Fijarse por favor: los gauchos alzados, "cimarrones", no entraban en el molde de entonces: a eliminarlos. . . No entraban tampoco los paraguayos: ¡al genocidio con ellos! . . . Que en la Patagonia, o en el Chaco, los indios también eran "locos", "subversivos" o "cimarrones": a mandarles camisetas con viruela, a liquidarlos en el Chubut (curioso: también, muy cerca de Trelew, entonces) o enjaularlos en la isla Martín García. . . Los paraguayos, el Chacho, Varela, los ranqueles también eran "locos cimarrones" que no entraban en el molde del general Roca y de la oligarquía. . .

1880-1980: y son cien años que vienen repitiendo su discurso. Que insisten en remendar esa palabra que se les desinfla de tan reiterada. . . Y que se les va transfor-

mando en un círculo. Es que ese es su molde: un círculo. Fláccido y cada vez más repetitivo y estrangulado. Cada vez más -ese sí- cada vez más enfermo, "Enfermo de autismo". Círculo vicioso ese molde. Porque yo no sé de "círculos virtuosos". . .

Videla, y todo lo que eso significa, traza un círculo. Curiosamente algo muy parecido a un "labyrintho" (tan borgiano y tan actualizado en el desconcierto actual del pueblo argentino). . . Ese es su plan: tan pretencioso como flatulento. Reiterar, zurcir, tratar de prolongar algo que hace años ya ha llegado a sus límites. Plan chicle. Plan pulmotor. Plan flagelo y preservativo. . . Al fin de cuentas, si Pinedo fue la Celestina en la década infame, Martínez de Hoz es el hijo putativo en esta década obscena. . . Ir tirando. Sobrevivir. Estirar lo que ya no da más de sí. Un videlato para recauchutar lo que se hace agua por todos los costados. Un general para escamotear sus propios agujeros. . . Un ejército de bucheros y revirgos. Un círculo para trazar los límites de una clase y un ministro para trenzar alguna muralla de contención. De defensa. Un círculo, general Videla: ése es su emblema y su molde. Porque si Videla dice: la Argentina está encerrada entre el exceso de libertades, el anarquismo, la demagogia (y los "desbordes" a su propio molde), el ejército sale -debe salir, ha salido, saldrá- para prevenir eso. El ejército es un destino entonces. . . Cada vez que eso ha ocurrido. . . desborde o ejército. Desborde y ejército. Eso es lo que Videla ve en el proceso argentino. Repetición. Dilema que él formula define y manipula. . . Siempre lo mismo. . . No historia sino fatalidad. . . Qué pasa: es que Videla escamotea, precisamente, lo que ese supuesto "desborde" implica: la ruptura del molde. La palabra que sale de su código. La presencia "cimarrona" de las clases populares que le patean el tablero. A eso lo llama "anarquía". Demagogia. Y a su molde, su orden, El Orden. . . Pero su molde señor general, para lo único que sirve es para querer tapar el curso de la historia. Su molde es una especie de tacho redondo y afónico que quiere ocultar el sol. El molde de Videla: una ortopedia fláccida y circular con pretensiones de escamotear a un pueblo. . . Un pueblo "acimarronado" que hace rato se ha puesto en movimiento. . . Y que si ahora parece quieto, o domado en su cuerpo, es porque su pensamiento se mueve como nunca. . . No sirven sus moldes para desviar la historia y la marcha del pueblo, Videla. No, Videla. . . Ni siquiera sirven para jugar con la arena en la playa. Ni para hacer tortas, nos sirven sus moldes tan miserables y redondos, Videla. . .

Tanto es así que si en 1880 fue el general Roca el que logró imponerlo (primer "milagro" latinoamericano) en un momento especialmente favorable al burgués en empuje, en 1930 fue el general Uriburu el que intentó repetir el ademán. Pero ya les dijo alguien entonces: "Uriburu y los suyos ya no son más que hombres a la defensiva". De 1930 a 1980: los "hombres a la defensiva", esos "a la defensiva" de entonces, se han convertido hoy en "hombres a la represiva". En verdugos. Que, o bien acallan a los otros, a los "cimarrones", a las locas, o le extraen la palabra con el único método que conocen (en su peculiar y siniestro diálogo): estrujando el cuerpo subversivo para que la víctima emita su palabra. . . Es lo que ocurre: como la dictadura argenti-

na mata en silencio parece que mata.

Pese a eso: uno de los mayores problemas que tienen Videla y los suyos (en su intento por "blaquear" las tumbas, con un ademán parecido, abyectamente, al "blaqueo de capitales") es la necesidad de maquillarse. El protagonista triunfal y encorsetado necesita ponerse antifaz. "Vestirse de luces". Videla es un dictador travesti. . . así la cosa: ir pagando (que ciertos "asuntos" siempre tienen un estallido donde "hay que ponerse") a los coronales, sargentos, brigadieres, nientes primeros -cuyas mandos de sangre son más vertiginosas, o más misas o más notorias. . . Pagarle para que se vayan. Sórdido y eventual "exilio" ese: "capitán Frenada, ¿a cuántos subversivos liquidó? A dos, mi general, a Rodolfo y a Paco. ¿Cien mil dólares en Ginebra? No. ¿Menos? Más. Nada más que cincuenta mil. Es poco. No, muchacho. ¿Cash? No. En billetes chicos. ¿Si números? Negros. ¿A su nombre? Mejor no. . . Poco. Mucho. Chalanear. Qué pichincha. ¿Cinco ferroviarios? No: doce. ¿Periodistas? Cuatro, mi teniente coronel. ¿Coras? Dos. ¿Por hablar en latín? No hablar. Once abogados. ¿El mi viejo? Silvio, y un pelado. . . y veinte portuarios y tres por la barba: once maestras en Córdoba. ¿Loca teniente? Yeguas, rojas, preñadas: locas, mi coronel. . . ¿A cuántos cimarrones tiró en un basural, alférez Santonia? Siete, una socio. . . socióloga y tres gráficos. ¿Locos? Sí. Decían una palabra que yo no les entendía, mi coronel. ¿Bien al fondo? Bien. ¿Gritaban? Como locos. Es que son locos. ¿Cuánto se paga por liquidar a un loco. . . y a una loca? En un banco de Suiza, me dijo, brigadier? Sí, sí. Poco. Mucho. Y chalanear prosigue. Mucho. Poco. ¿Y el televisor que se llevó, coronel Sassiain? ¿Llevar? No me llevé nada. Botín de guerra: órdenes mi general. Y las órdenes caen desde arriba, general Videla. Vienen del cielo. Como el maná o la inspiración. Como la sacrosanta legitimidad de sus propias palabras, general Videla. . . De su aterciopelado y victorioso derecho a tomar la palabra general Videla. . .

Es que en ese "chalanear" en torno al botín de la victoria, ellos han pasado de la hipocresía al cinismo. ¿Qué es el cinismo? La banalización explícita que se pretende disimular. . . cada vez menos. Videla en 1976 decía "la Patria"; hoy dice "bragueta". . . Trivializar las necesidades más legítimas del pueblo (del pueblo argentino): el juego, el deporte -por ejemplo- espacio de lo imaginativo y creador, hasta en la parábola que traza una pelota de fútbol: burocratizado. El descarnado cabal e imprescindible: santificado o coagulado en confort. Y la suma de todo eso: en la filosofía del consumismo. . . para la franja ocupada por ellos y su cofradía: anfitriones, padrinos, rentistas, corveedores, primeros carnales, becados, escribas, íconos (llámense Borges o Victoria Ocampo, instaurados como "modelos" y moldes de cultura), compadres, cónsules, testaferros, carrievistas, chivatos, soplones, delatores (que hasta rondan por la embajada en Madrid y desde allí proliferan, gangosean, informan, infamian, agazapan, adulan. . .) Consumo. Pero con el agravante que a la mayoría argentina excluida, "loca", no es silenciosa sino silenciada, marginada. "cimarrona", se la pretende convertir en habitantes no de un país sino de un enclave: que consume lo que no produce y que produce lo que no consume.

Ese es el molde. El plan que nos propone la dictadura. Insisto: prolongación o reactualización, en lo esencial, del proyecto oligárquico de 1880. De Roca a Uriburu. Del apogeo al recule. De Pinedo a Martínez. De "salvar a la Patria" a "salvar la ropa". . . Frente al cual, nosotros: entre una derrota y muchas expectativas. Que implican: que sólo volveremos como nos fuimos: porque si algo hemos aprendido es que algunas palabras —burguesas, por ejemplo— al pasarlas por nuestro propio cuerpo, se encarnaban. . . "Fascista", por ejemplo, no sólo hacia Videla, sino hacia el Videla que todos llevamos adentro. . . Por eso, sólo volveremos como nos fuimos. Como los negros cimarrones: a reconstituir un quilombo, general Videla. Precisamente. La izquierda es quilomera, Videla. Los revolucionarios también son quilombos, Videla. Locos, locas. Que quiere decir: no a su plan, no a sus exclusiones, no a su molde, no a su palabra amoldada, no a su voz de molduras, y sí quilombo, Videla. Grabé, si puede, en la frente: un país de "cimarrones" que no quieren ser esclavos. . .

Incluso, rechazando lo que otra vez me animé a llamar la novela del terror. Sobre todo ahora, por ahora: en el exilio: aprendizaje antes, tentación ahora: novela del terror, de no sentir nada más que terror como resultado de la sola y aislada exaltación del presente. De un presentismo exacerbado. De que vivamos así. En un presente absoluto. No, no. Porque ésa es la fórmula, el procedimiento de producción de terror. . . Con lo que implica el terror en el que cualquiera de nosotros puede caer: soledad, insularidad, pura negatividad, deterioro, narcisismo rudimentario, regresivo, pesimismo absoluto, nihilismo correlativo. . . Lo contrario: lo que nosotros proponemos es la recuperación del presente. Pero entre el pasado y el futuro. En dinámica continuidad. En esa triple secuencia. Para conjurar la caída en ese vértigo del "piso que se hunde" o que se nos "saca de bajo los pies" (como en los cuentos de Poe o en las películas que

buscan producir terror). . . Porque el terror en la Argentina es la muerte; aquí, entre nosotros, es el vértigo.

Y contra ese terror, contra ese presentismo absoluto (sin pasado ni futuro: otra típica "balcanización del tiempo" que nos tiende la dictadura) yo propongo aquí la apelación a la violencia. Sí, sí: a la violencia. . . Perdón, coronel, no ando armado. . . le aseguro que no, no llevo nada encima. . . Cachee, nomás, mi sargento. . . Mi apelación a la violencia para conjurar la caída en el terror del presente (sin pasado ni futuro), ahora, es la violencia de la verdad. La verdad es violencia. Provoca violencia con su solo enunciado. . . Como las que se dijeron en el juicio a los asesinos de los abogados de Atocha. . . ¿Cuántas locas golpeó, mi teniente primero, en Plaza de Mayo? . . . ¿Cuántos subversivos que usaban palabras distintas a las suyas, brigadier, hizo liquidar en ese basural? . . . ¿Cuántas casas de tipógrafos ordenó violar, mi general Saint Jean? . . . Son mis palabras. Mis palabras apuntan, solicitan la verdad y al solicitar la verdad provocan la violencia. . . Y por sobre todo, desenmascaran la de ustedes, mis miserables generales argentinos. . .

¿Más violencia, entonces? Sí. La que genera la verdad. Las preguntas que se abran y que los videlos no tengan palabras ni puedan escamotearlas ni estén en condiciones de repetir las ya coaguladas por chochas o banales. Por ejemplo: ¿Qué proyecto tienen para el futuro, general Videla?

De eso quería hablar. En esa dirección: hacia el futuro. Hacia los más jóvenes. Rechazando, desde ya, todo lo que resuene a lugar común de "mensaje a la juventud". No. Hacia el futuro desde nuestro pasado y desde ahora. Hacia el futuro de los más jóvenes, por cierto, pero también hacia el futuro de quienes ya no somos jóvenes.

Y aquí necesito volver —y ustedes me disculparán— a la primera persona del singular. A mí. A mi "subjetividad": necesito hablar, precisamente ahora, en nombre de

mis hijos: de María Adelaida Viñas y de Lorenzo Ismael Viñas. Porque son ellos quienes, en primera instancia, legitiman mi palabra. Yo me limito a tomar la palabra en nombre de ellos. Me permito ese atrevimiento. Al fin de cuentas, lo que yo soy ahora se lo debo a ellos. Yo soy hijo de mis hijos. María Adelaida y Lorenzo Ismael. . . Pero podría decir Horacio, Amalia, Matías, Evita, Esteban, Baltasar o Soledad. Mis hijos, y esto lo sabemos todos, son los hijos de cualquiera de ustedes. . . De aquí o de allá. . . María Adelaida y Lorenzo Ismael tuvieron el privilegio de que se sepan sus nombres. Otros no. Sus nombres —otra vez— no son más que la voz de los que no pudieron tomar la palabra. . . Dije y repito: sin paternalismos ni tutelajes. Porque si yo tengo alguna voz, señor general Videla, a mí no me viene del cielo. De la tierra me viene. De allí abajo. Del humus. O de esa gleba que también —casualmente— hace cien años salió de Galicia, del País Vasco, de Génova, de Barcelona o de Odessa, para mezclarse con antiguos cimarrones de arrabal o de toldería. . . De allí provienen mis hijos, mi voz y la legitimidad que ustedes acuerdan a mi palabra. Repito: de la gleba. De "la sal de la tierra".

Por eso —y en nombre de todos— podría preguntar: general Videla, ¿dónde están María Adelaida y Lorenzo Ismael? . . . General Viola: ¿dónde están Rodolfo, Paco y Haroldo? . . . General Harguindeguy: ¿dónde están Juan y Elsa y Julián y Paloma y Mario y Alberto? ¿Dónde, general Saint Jean? ¿Y dónde están Lucio, y Juana y Elvira y Fermín y Esther y Oscar y Fernando y Ana y Ernesto y Lucrecia y Flora y Román, señor general Menéndez? ¿Dónde?

¿Dónde están, señores generales? ¿Dónde, señores Martínez de Hoz? Contesten ya mismo. ¡Ya! En nombre de toda mi gente me siento autorizado y los emplazo. Porque nuestra exigencia es nuestra verdad, mi única violencia está en mi palabra que les pregunta: dónde, señores generales. Dónde. Contesten. Tendrán que contestar. Lo exigi-

mos. . . No les quepa la menor duda. Ya mismo o mañana mismo. ¿Dónde? . . .

Porque son muchos, señores generales. Somos muchos. Somos la gleba. Los cimarrones. Los que nos fuimos porque no queremos ser esclavos. Muchos: no esclavos aquí (y lo decimos). Y no esclavos allá (allá no lo dicen quizás, pero lo insinúan, nos lo insinúan —en su silencio, como fondo, vibra su palabra— y nosotros lo decimos por ellos. Provisoriamente)... Muchos, general Videla, muchos...

Por eso es que se me ocurre una corrección. Pequeña. Quizás definitiva. Fundamental, quizás. Final. Y última. Y paralela —y antitética— a esos hombres a la defensiva —de 1930— convertidos hoy, 1980, en hombres a la represiva.

Porque si hacia 1930 alguien memorable —habló del argentino del pueblo como del "hombre que está solo y espera"... hoy, ahora, en 1980, me animo a proponer que los argentinos del pueblo debamos ser "los hombres que estamos juntos... y preparándonos".

Juntos y preparándonos, entérese, general Videla.

Y si hay aquí, en este recinto —y esto lo digo apelando a la autorización y a las excusas de esta asamblea— pero es algo lógico y corriente: si hay aquí algún delator de la embajada, que tome nota... Tome nota señor delator: los que estamos aquí le decimos al general Videla y a su runfla: los argentinos, el pueblo argentino, está junto y preparándose.

Tome nota, general Videla, tome nota...

*Con motivo del cuarto aniversario de la implantación de la dictadura militar en Argentina, en Madrid, el domingo 23 de marzo, en un acto organizado unitariamente por el exilio argentino en España, David Viñas pronunció un discurso que fue refrendado por todos aquellos organismos que convocaron al acto: TYSAE, Casa Argentina, Centro Argentino, COSOFAM, COSPA, CADHU, Comisión de Solidaridad con los Presos en Argentina, CAL, Asociación de Periodistas Argentinos en España y Club para la Recuperación Democrática Argentina. De la publicación periódica de este último organismo, *Resumen de la actualidad argentina*, fue tomado el texto completo de este discurso.

Información bibliográfica

Revistas y periódicos

Comunidad núm. 17, 20 de febrero de 1980, Estocolmo (Box 15 128 104 65 Stockholm-Sverige).

Confluencia núm. 0 (junio de 1979), 1 (julio-agosto de 1979) y 2 (octubre-noviembre de 1979), Estocolmo (Poste Restante 101-10 Stockholm, Sweden).

Crítica y utopía latinoamericana de ciencias sociales núm. 1 (Alsina 500-2° piso-1087 Buenos Aires, República Argentina).

Debate núm. 12, año II, Roma, febrero-marzo de 1980 (Piazza dei Massimi 1/A, 00186, Roma, Italia).

Resumen de la actividad argentina núms. 17 (10-III-1980), 18 (24-III-1980) y 19 (7-IV-1980), publicación del Club para la Recuperación Democrática Argentina (N.A.L., CC 150.189, Madrid, España).

Sin censura núm. 3, año I, Washington-París, 10-IV-10-V-1980 (1068 Newton Street, N.W., Washington DC 20010, USA).

Testimonio Latinoamericano núm. 1, Barcelona, marzo-abril de 1980 (apartado postal 32.140, Barcelona).

Información argentino-peruana, publicación del Centro de Información Argentino-Peruana, Lima s/f.

Crítica

Susana Bonaldi, "Oski", en *Debate* núm. 12.

Economía

León Gago, "Perspectiva de inflación con recesión para 1980", en *Sin censura* núm. 2, Washington-París, 10 de marzo 10 de abril de 1980.

Movimiento obrero

Miguel Angel García, "¿Será socialista la clase obrera argentina (diálogo con Armando Jaime, dirigente clasista)", en *Debate* núm. 12, año II, Roma, febrero-marzo de 1980.

TYSAE (Trabajadores y Sindicalistas Argentinos en el Exilio), *Declaración TYSAE-México*, marzo de 1980.

Sociología y política

Guillermo Almeyra, "Argentina: el presente que enfrentar", en *Uno más uno*, México, 14 de abril de 1980.

Roberto Bergalli, "Oposición entre el sistema democrático futuro y la actual legislación penitenciaria en la República Argentina", en *Resumen* núm. 17, Madrid, 10 de marzo de 1980.

EVITA (Equipos por la Victoria Independiente de los Trabajadores Argentinos), "Argentina: la clase obrera conduce la resistencia", en *Confluencia* núm. 0, Estocolmo (Suecia), Junio de 1979 (Poste Restante 101 10 Stockholm, Sweden).

Ernesto Godar, "Crítica del discurso populista", en *Debate* núm. 12.

Andrew Graham-Yooll, "Campos de concentración en Argentina", en *El Universal*, México, 13 de abril de 1980.

Augusto Pérez Lindo, *La crise de l'état et le terrorisme ideologique en Argentine*, Bruselas, Instituto de Sociología de la Universidad Libre de Bruselas, 1979.

Raúl Prebisch, "Exposición introductora sobre interdependencia y desarrollo", en *El Día*, México, 17 de marzo de 1980.

Gregorio Selser, "Argentina: la comedia del diálogo o el diálogo de los comediantes", en *El Día*, México, 27 de marzo de 1980.

Gregorio Selser, "Inviabilidad del diálogo en la Argentina", en *El Día*, México, 24 de marzo de 1980.

Oswaldo Soriano, "Ellos allá nosotros en la vereda" (reportaje a David Viñas), en *Sin Censura* núm. 2.

Oscar Terán, "José Carlos Mariátegui: El socialismo como creación heroica", en *Uno más uno*, México, 16 de abril de 1980.

Declaración de la Comisión Argentina de Solidaridad (CAS)

La Comisión directiva de la CAS, en la creencia de que se hacía cada vez más necesario tener un marco político dentro del cual realizar sus actos, redactó un proyecto de declaración que, por petición de una primera asamblea general realizada en noviembre de 1979, giró a la totalidad de sus afiliados y llamó a una nueva asamblea para su eventual aprobación. El 7 de marzo de 1980, con la asistencia de cerca de 200 personas, se inició la discusión del mencionado documento. La existencia de algunas propuestas alternativas por parte de una minoría de la comisión directiva y, ya en la asamblea, de algunos de los participantes de la misma, motivó una larga y apasionada discusión, que sólo quedó zanjada el 9 de mayo, después de un cuarto intermedio de un mes de duración. Respecto de uno de los temas al que se aludía en el proyecto originario, esto es el tema de la violencia y del terrorismo, seguramente el más complicado por las características y las implicaciones políticas del mismo, se decidió incorporarlo a discusiones especiales que se están programando para el curso del presente año.

La declaración aprobada es la siguiente:

La Argentina se encuentra sometida por una dictadura terrorista al servicio de la oligarquía, los monopolios y el capital transnacional, cuya política reaccionaria implica:

*En el plano político, la anulación de la democracia y la supresión de todos los derechos y libertades, con la instauración de una represión brutal dirigida a quebrar la voluntad de resistencia de nuestro pueblo.

*En el plano sindical se ha orientado a desarticular al movimiento obrero y a anular su capacidad de lucha mediante la intervención a la CGT y a los gremios más importantes, el secuestro de delegados y activistas, la ocupación militar de centros fabriles en conflicto gremial, etcétera.

*En el plano económico-social los resultados más visibles son: el descenso vertical de la participación de los trabajadores en el ingreso nacional; la tendencia a la liquidación de las pequeñas y medianas empresas nacionales; la privatización de organismos del estado; el desmantelamiento de los servicios oficiales de asistencia social y su transformación en sistemas lucrativos que los alejan de las posibilidades populares; la obstaculización del acceso a la educación para cada vez más amplios sectores de la población.

Y los principales responsables de tal situación son las fuerzas armadas en su conjunto, que mediante el denominado Plan Político buscan instrumentar fórmulas continuistas de su actual política antipopular.

Con su firmeza y persistencia, esta lucha ha sabido contrarrestar, en buena medida, la falta de derechos y libertades impuesta por la dictadura. Dentro de este cuadro opositor se inscriben:

*La movilización obrera que se registra a lo largo de todo el país pese a la prohibición legal y a la intervención militar en los gremios más importantes, como lo demuestran la significativa huelga general del 27 de abril del año pasado, organizada por la Comisión de los 25, y la incesante sucesión de huelgas locales, paros y otros fenómenos de lucha por reivindicaciones salariales y democráticas del movimiento obrero.

*La creciente actividad política, tanto de los partidos tradicionales, que en forma individual y en pronunciamientos conjuntos han hecho importantes denuncias democráticas como también de los castigados núcleos, organizaciones y militantes

de izquierda, que desde el primer momento opusieron su resistencia a la dictadura militar. Dentro de este contexto merece destacarse el documento publicado el 30 de marzo último por los partidos Justicialista, Intransigente, Conservador Popular, Socialista Unificado, Cristiano Popular y Socialista Popular, donde definen al gobierno como dictadura militar y reclaman, entre otras cosas, el inmediato retorno al estado de derecho, la libertad de los detenidos políticos y gremiales, el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos y una democracia sin condicionamientos ni proscripciones.

*La persistente labor de denuncia y solidaridad de distintos organismos como la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, la Comisión de Familiares de Presos y Desaparecidos por Razones Políticas, la Liga Argentina por los Derechos de Hombre, el Consejo de Iglesias y la infatigable acción de las Madres de Plaza de Mayo, cuya voz no ha podido ser acallada.

*La mayor severidad de la actitud de algunos sectores de la iglesia frente a la dictadura, tal como se verificó en las condenas contenidas en la alusión del Papa a la vulneración de los derechos humanos en la Argentina y en la declaración del Episcopado sobre la situación económica y social de nuestro pueblo.

Cabe a las fuerzas represivas la responsabilidad ante la historia por la violencia que desde el poder ha tronchado miles de vidas de militantes políticos y sindicales, de intelectuales y sacerdotes, de gente del pueblo en general que ha ejercido alguna forma de oposición antidictatorial, y esa responsabilidad ha de incluir, asimismo, la que cabe por la institucionalización de la monstruosa práctica de castigar a los familiares de los perseguidos políticos.

Desde la perspectiva del pueblo agredido no se trata, pues, de encontrar razones para legitimar la resistencia a un opresor, sino de instrumentar los medios eficaces para revertir la situación. Así, y bajo tales condiciones represivas, toda forma de expresión de las masas que transgreda los estrechos márgenes de lo permitido es positiva; toda reivindicación o reclamo popular que abra brechas en el férreo dispositivo estatal tiene un valor incalculable, y toda manifestación pública cuestionadora del ordenamiento dictatorial es un avance.

Por su lado, la solidaridad internacional para con la situación que vive nuestro pueblo ha desempeñado un destacado papel de apoyo a las luchas populares y de condena a la política represiva de la dictadura militar, debiendo resaltarse la generosa actitud demostrada en tal sentido por el pueblo y el gobierno mexicano.

Consecuentemente con todo lo anterior, la CAS se plantea como tareas importantes de esta etapa:

1] Contribuir con todas sus energías a la lucha del pueblo argentino por el restablecimiento de la soberanía popular y la plena vigencia de los derechos humanos; la aparición de todos los secuestrados y la derogación de la siniestra ley sobre desaparecidos y de toda la legislación represiva; el levantamiento del estado de sitio, la libertad de los presos políticos y la disolución de los tribunales especiales.

2] Bregar por el pleno restablecimiento de la actividad política, sin proscripciones ni exclusiones de ninguna naturaleza, y por la derogación de las inhabilitaciones incluidas en las llamadas actas institucionales. Del mismo modo, la CAS bregará por el cumplimiento del precepto constitucional de la opción para salir del país para los presos a disposición del poder ejecutivo y por el respeto al derecho de asilo. En tal sentido seguirá luchando por el otorgamiento del salvoconducto a Héctor J. Cámpora y Juan Manuel Abal Medina, refugiados en la Embajada de México en Argentina desde hace más de cuatro años.

3] Apoyar la lucha de los trabajadores argentinos por la elevación de su nivel de vida, por el mejoramiento de sus condiciones de trabajo, por la defensa del patrimonio nacional y por el derecho a decidir por sí mismos sobre sus organizaciones sindicales.

4] Contribuir al examen crítico de la experiencia política de los últimos años como un ejercicio consciente, pluralista y democrático, no sólo en torno al comportamiento de los sectores responsables de la dictadura sino también en torno a las políticas sostenidas por el conjunto de las fuerzas políticas argentinas.

Correlativamente, la CAS estimula y promueve todo tipo de actividades que tiendan a ofrecer un ámbito de producción intelectual vinculada a la problemática fundamental del país; asimismo, ofrecerá un campo propicio para la continuidad del trabajo científico, artístico y profesional, que por decisión y responsabilidad de la dictadura ha

sido interrumpido en nuestro país ocasionando un grave daño a la cultura nacional.

5] A la vez y dentro de este marco de acción, es propósito de la CAS ayudar a que se intensifique la solidaridad de todos los pueblos con el nuestro, contribuyendo al aislamiento de la dictadura militar en el plano internacional. Asimismo la CAS apoya y estimula el desmantelamiento de actividades de denuncia a los regímenes antipopulares, a sus aliados internacionales a las expresiones políticas y económicas de carácter transnacional que en todos los ámbitos contribuyen a la reproducción y/o mantenimiento de políticas antipopulares de América Latina. Con igual énfasis, la CAS considera necesario denunciar el caso de gobiernos que sólo permanecen indiferentes ante la represión descargada sobre el pueblo argentino, sino que apoyan a la dictadura. Y ello debe ser condenado ya que es inadmisiblemente que en nombre de intereses económicos o geopolíticos pretenda justificarse la complicidad con las genocidas.

Dentro de su línea de pluralismo y respeto hacia las distintas ideologías, la CAS está interesada en el ensanchamiento constante de su núcleo militante, incorporando a todos los compatriotas que estén dispuestos a sumar su esfuerzo a la lucha del pueblo argentino contra la dictadura y por la democracia. También, para la efectivización de estas líneas de acción, la CAS continuará coordinando tareas comunes con organismos argentinos en exilio y otras entidades afines. Y es claro en tal sentido que la actividad política en el exilio está basada en el apoyo y la solidaridad con los combates que se libran en el país en el estudio y el análisis de experiencias y alternativas, mientras que la formulación de alternativas programadas es tarea de los partidos políticos y de las organizaciones gremiales existentes en la Argentina, así como de los organismos populares de todo tipo que vayan siendo gestados en el mismo proceso de lucha.

Al rendir homenaje a todos aquellos que han sufrido la violencia represiva de la dictadura militar, la CAS expresa su más profundo respeto a quienes con su lucha en el país están forjando la Argentina del futuro y compromete todos sus esfuerzos para el logro de los objetivos del pueblo argentino.

México, 9 de mayo de 1980.

CAS - CEAM próximas actividades

Mayo

30: Mesa redonda: *Papel de la violencia en la lucha de masas.*

Junio

3: Conferencia: *Conflicto de identidad en la cultura popular: cambios en las artesanías y en las fiestas en México, por Néstor García Canclini.*

12: Primera entrevista del Ciclo *Escritores latinoamericanos en México.* Participarán, sucesivamente, Luis Cardoza y Aragón, Ernesto Mejía Sánchez, Alvaro Mutis, José Luis González, Tito Monterroso y Emilio Westphalen.

13: Mesa Redonda: *¿Hubo guerra en Argentina?*

17: Presentación de la Novela *La revolución en bicicleta*, de Mempo Giardinelli.
28-29: *La producción intelectual en Argentina en el exilio: 1] Muestra y feria de libros de argentinos publicados en México, 1974-1980.*

Julio

4: Ballet Teatro del Espacio. Función dedicada al CEAM.

3, 10, 17, 24 y 31: Conferencia: *La novela negra y el cine*, por Rafael Filippelli.
15: Segunda entrevista del *Ciclo Escritores latinoamericanos en México.*